

**UNIVERSIDAD NACIONAL DE LA PLATA
FACULTAD DE PERIODISMO Y COMUNICACIÓN SOCIAL**

**Trabajo de Tesis realizado como requisito para optar al título de
Doctor en Comunicación**

TÍTULO:

**La nación en el cambio de época:
democracia y nuevas ciudadanía.**

AUTOR: Pablo Bilyk

DIRECTOR: Alejandro Kaufman

2014



“Hombre a caballo” Ricardo Carpani, 1976

Agradecimientos

Es muy difícil agradecer a todas las personas que hicieron posible que esta tesis exista. Cada uno de ustedes lo sabe. Aún así, no puedo dejar de decir que sin el amor de Clara y Héctor, sin la luz de de la sonrisa de Lope, de mis hermanos Noelia y Sebastián, de los hermanos del alma Ceci y Hernán. Sin el amor de los amigos esta tesis no hubiese sido posible. A todos ustedes, ¡gracias!

Gracias a la querida y brillante Capitana Florencia que me ha enseñado que lanzarse a soñar el mundo es absolutamente posible.

Gracias al paciente compañero y maestro Alejandro.

Gracias a Nico, Alci, Facu y Lía, que han tolerado las densidades de esta tesis con paciente cariño.

Gracias a Alfredo, José y Juan, acompañantes desde el principio de estas preguntas.

Gracias a todos los amigos y compañeros de la Facultad de Periodismo y Comunicación Social, un lugar dónde nos permitimos soñar y crear las bases de un nuevo mundo, no podría nombrarlos a todos, ¡somos muchos realmente!

Gracias a los compañeros de la “unidad decanato” y la querida Dirección, ahora Secretaría, de Posgrado, todos afectados por los volantazos de este proyecto.

Gracias a la gloriosa Cohorte 2008

Sin cada uno de ustedes estas preguntas no se hubiesen formulado y esta tesis sería sólo una idea...

Para mis viejos
Para unos tiempos históricos que nos hacen creer que la justicia social es nuestro derecho.

Octubre de 2014

INDICE

Capitulo	
1	Introducción 7
1.1	Sobre recorridos y apuestas 7
1.2	Acerca del problema de investigación 11
2	Paradigma indiciario. Discusiones acerca del marco epistemológico 13
2.1	La propuesta 13
2.2	Reflexividad y relativismo cultural como horizontes del trabajo de investigación 15
2.3	Discusión disciplinar y positivismo 18
2.4	El paradigma indiciario. De investigadores recolectores a investigadores cazadores. 21
2.5	La pregunta por los grandes procesos históricos y la totalidad 29
3	Acerca de las significaciones imaginarias 34
3.1	Introducción 34
3.2	El rol del investigador en el abordaje de las significaciones imaginarias 34
3.3	El imaginario radical 38
3.4	Modos de concebir y abordar las complejidades sociales: La perspectiva constructivista 40
3.5	Las respuestas otorgadas por las significaciones imaginarias 41
3.6	Significaciones imaginarias en el mundo moderno 44
4	Nación, nacionalismo y Estado. Discusiones en torno a un significativo vacío. Problematizaciones desde una modernidad en su apogeo. 47
4.1	¿Qué es una nación? Plataformas para situar nuestras preguntas 47
4.2	Nación: inicios del esfuerzo por comprender un fenómeno inaprehensible. Intento de una propuesta anfibia. 50
4.3	La definición, su carácter histórico y los proyectos políticos 54
4.4	Lo territorial, los límites de los mapas y las significaciones imaginarias 60
4.5	Proyectos económicos y nación 64
4.6	La definición como relato colectivo 68

4.7	La nación como significante vacío	75
5	Significaciones imaginarias: la pregunta por la construcción masiva de relatos nacionales	82
5.1	Introducción	82
5.2	La pregunta sobre “lo nacional” en el caso argentino	87
5.3	La nación ante el cambio de época: los festejos del bicentenario (2010)	92
6	Estado-nación, industrias culturales y construcción de relatos.	97
6.1	Introducción	97
6.2	Modos de pensar al Estado. Discusiones y paradigmas de indagación	101
6.3	Identidades, proyecto colectivo y construcciones hegemónicas.	105
6.4	Diversidad	109
6.5	El retorno de la pregunta por la nación	117
7	Crisis de la modernidad: discusiones sobre las miradas de la nación desde el desmembramiento.	126
7.1	Estudios poscoloniales: Bhabba y su relato fragmentario.	126
7.2	Heterogeneidad y armonía	133
7.3	Ante las afirmaciones del desmembramiento	136
7.4	Fanon. Nación y emancipación como proyecto político común	138
7.5	Investigación y denuncia. La re-narración en términos políticos	142
7.6	La nación como elaboración cultural ante el conflicto	152
8	Democracia y nación: los caminos de la democratización	158
8.1	Introducción	159
8.2	Relato posmoderno y democracia consensual	162
8.3	La democracia y la construcción del pueblo soberano	165
8.4	La democracia, la política y lo político como matriz del conflicto.	171
8.5	Democracia, poder y conflicto	179
8.6	La radicalización de la democracia en Laclau	184
8.7	La democracia en Argentina: hacia un proceso de democratización	196
9	Conclusiones	210
9.1	La nación en el cambio de época	210
9.2	Nacionalismo Burgués y nacionalismo revolucionario	215
9.3	Cambio de época, democracia, ciudadanía y Estado Integral.	223
	Bibliografía	232

1

Introducción

"Los movimientos que dejan huella son los que cambian los imaginarios de una nación"

Armando Bartra

1.1 Sobre recorridos y apuestas

Esta tesis es el resultado de un camino recorrido, un camino que se inició con una pregunta. En ese recorrido se podrá ver de qué modo las estrategias de abordaje de esa pregunta cambiaron, una serie de transformaciones que dan cuenta de los trayectos de formación, que también están atravesados por la historia y, por supuesto, por la política. En ese recorrido intentaremos reflexionar, a partir de la idea de nación, para generar aportes que ayuden a pensar desde algunas aristas el nuevo tiempo en América Latina.

Cuando nos referimos a las transformaciones en el recorrido no estamos hablando de cambios regidos sólo por las vicisitudes de la vida (que siempre existen), sino que se trata de los cambios surgidos como producto del viaje que significa la reflexión y la formación. Producto de esa formación, de las discusiones, de los espacios de trabajo, sobrevinieron estas variaciones. Cambios teóricos, metodológicos y epistemológicos que dan cuenta de un tránsito que me interpeló como investigador, como docente, como becario y como sujeto de un nuevo tiempo histórico.

Una serie de variables que estuvieron en juego y en discusión desde el comienzo mismo de la elaboración de este proyecto. Este recorrido se comenzó a gestar en medio del denominado “conflicto del campo”, donde el enfrentamiento entre el gobierno y las patronales agropecuarias puso en evidencia mucho de lo ya conocido sobre las lecturas de la nación, pero también permitió develar matices que nos interesará interpelar y nombrar.

Aquella protesta se embanderó tras una serie de consignas patrióticas de tipo decimonónicas y esencialistas que nombraban a “el campo” como las entrañas de la patria y, por ende, el sentido –único– de la nación. Aquel conflicto planteó un escenario de discusión movilizador que me preocupó aprehender de algún modo, de allí las diferentes estrategias y preguntas.

Todas esas variables estarán plasmadas con mayor o menor claridad en lo que sigue de este documento. Tal vez hubiese deseado un recorrido más “ordenado”, pero no caben dudas de que esta tesis es el producto de un estado de ebullición, de un momento de reflexiones y pasiones que –en muchos pasajes– deberá entenderse por fuera de sus dimensiones meramente “técnicas”. Es una producción que se ve atravesada por las transformaciones políticas y se preocupa por aventurar ideas para pensar ese proceso, más allá de lo riesgoso que esto pueda resultar.

El texto se verá marcado por una serie constante de cambios y vicisitudes, pero mantuvo una constante que no varió a pesar de estos vaivenes. La pregunta inicial: la pregunta por la nación. Un interrogante que podemos decir roza ciertas obsesiones en la persistencia que ha mantenido a lo largo del escrito. Preguntarnos por la nación será preguntarnos por una parte importante de las lógicas de ordenamiento del mundo: sus intentos por conservar los órdenes de injusticia persistentes y, también, los intentos tozudos por subvertirlos. Ambas preocupaciones perviven dentro de ella, de esta manera este interrogante se ha sostenido de manera constante. Desde estas apuestas avanzamos a lo largo de las páginas que se podrán recorrer a continuación.

Otra advertencia que creemos importante asentar es que se encontrará en este texto una serie de elementos de la coyuntura política cotidiana transitando muchos de los párrafos. Asumimos que fue un deseo que así sucediese, con las precauciones del caso, la realidad cotidiana se coló por el escrito. De manera constante la tesis fue tomando sentidos diferentes por las reflexiones que nos disparó la realidad cotidiana de un fenómeno que transcurre y se transforma mientras lo observamos.

Pretendemos indagar, problematizar y conceptualizar un proceso histórico contemporáneo. El verdadero problema epistemológico de este atravesamiento no sería el acto de asumirlo, sino disimular y negar que las condiciones históricas y políticas atraviesan nuestras producciones académicas.

Para eso, el camino que elegimos fue el de las reflexiones que pensaron a la modernidad como un proyecto establecido y un marco de acciones políticas. Mientras que ciertos relatos de la posmodernidad, suponen instancias de desagregación sobre la significación de la nación que aquí nos proponemos desandar. El gesto de extremar las reflexiones sobre la crisis de las instituciones hasta pensar que estas ya no cumplen una función trascendente en la vida cotidiana sostiene un marco de reflexiones que resulta endeble para analizar los procesos históricos con todas sus densidades.

Epistemológicamente cuestionable porque supone que la historia funciona por etapas, que los cambios de esas etapas se dan de manera abrupta y que las condiciones históricas no predisponen potentemente las conformaciones futuras. Más aún, las configuraciones históricas, asimiladas en los cuerpos de los sujetos, no se despojan de manera automática por una transformación de las condiciones políticas. Sin dudas estas transformaciones afectan e interpelan, pero de ninguna manera determinan ni borran. Desde esa premisa, desde esas certezas, intentamos producir un aporte al pensar sobre la nación y la pervivencia de los proyectos políticos emancipadores que se plantean la lucha desde el Estado.

Esta tesis pretende una serie de apuestas en simultáneo:

- a- **Una apuesta por pensar las instituciones de la modernidad.** Nos planteamos reponer una pregunta sobre la nación que luego del momento de crisis de la modernidad fue desechada como inconducente y diluida bajo la idea de que el único modo en que ésta podría pervivir sería como argumento de ventas comerciales.
- b- **Una apuesta epistemológica** porque nos situamos desde el paradigma indiciario como perspectiva de análisis y modo de codificación de nuestro abordaje, intentando abrir preguntas para luego responderlas de modo indisciplinado, buscando nutrirnos de la mayor cantidad de herramientas para abordar una problemática sobre la cual no se podrá dar cuenta con sólo una técnica, un referente empírico y un sólo tipo particular de literatura.
- c- **Una apuesta científico-política.** La tesis completa será un esbozo de discusión con el cientificismo radicalizado que demanda a la reflexión de modo constante sus comprobantes. Aquí se avanzará en reflexiones ancladas en referencias empíricas diversas, pero el sentido de la investigación no será sólo científico-técnico, sino también científico-político. Por ello, el abordaje se nutrirá de las diversas discusiones de las ciencias sociales, pero intentará trabajar con ellas de manera dúctil, cumpliendo el rol de herramientas de análisis, con el objetivo de responder a nuestras preguntas.
- d- **Una apuesta post-disciplinar.** La tesis estará, sin dudas, inscripta en el campo de la comunicación. Sus preguntas provienen de allí y nuestro posicionamiento es el de una mirada comunicacional. La mirada comunicacional implica que no practicaremos un fundamentalismo disciplinar, sino un ejercicio anfíbio que nos lleve a recorrer múltiples caminos, lecturas, perspectivas y géneros que nos permitan dar cuenta de lo que resulta realmente importante: problematizar y responder nuestra pregunta de investigación.

- e- **Una apuesta por la discusión crítica.** Las conclusiones serán esbozos producto de la argamasa de textos y perspectivas que haremos convivir a lo largo del texto. Una posible respuesta a la pregunta de toda la tesis, no el arribo a una verdad absoluta e irrefutable. La apuesta es la de una plataforma de discusión que nos permita polemizar y, desde allí, avanzar hacia nuevas discusiones.

1.2 Acerca del problema de investigación

Nuestras preguntas nos derivaron—necesariamente— hacia la exploración sobre las interpretaciones de la nación, su articulación con los proyectos políticos, la construcción hegemónica y la articulación/reapropiación de la democracia.

Trabajamos constantemente sobre un mismo problema de investigación a resolver y una misma pregunta: la pregunta por la nación. Pero no se trata de una pregunta por la nación desprendida de la historia y de los proyectos políticos como si se tratase de una mirada externa. Sino que se trata de una pregunta por la nación que piensa a la categoría analítica en sus cruces con las discusiones políticas contemporáneas.

Desde allí, desde ese cruce es que nos propondremos un recorrido intentando reflexionar sobre la idea de nación en la actualidad en América Latina. Una discusión sobre las miradas modernas, sobre la crisis de la modernidad y los abordajes desde el desmembramiento. Será al mismo tiempo una apuesta por repensar a la nación, al Estado y a la ciudadanía del cambio de época latinoamericano. En el sentido de lo que marcáramos anteriormente, será una apuesta por repensar a dos de las instituciones e imaginarios pilares del proyecto moderno, y su reconfiguración en un nuevo tiempo histórico.

El problema de investigación que atraviesa y organiza esta apuesta es la preocupación por pensar los modos y las resignificaciones en el cambio social.

Una mirada histórica que observe las discusiones del presente político de América Latina, intentando comprender como ese presente hunde sus raíces en una tradición histórica de luchas por la emancipación, de qué modo esas luchas se reconfiguran en la actualidad y –más importante aún– aventurar hipótesis para pensar los posibles rumbos de ese recorrido político.

Lejos de aquellas afirmaciones que insistían en el fin de la historia y de las empresas colectivas, América Latina vive un momento de reinvención, de recreación de las instituciones, del lugar de los pueblos y su interlocución con los proyectos políticos que comandan el Estado. Por ello, nos preocupamos aquí por encontrar mecanismos que nos permitan mirar y problematizar, desde múltiples aristas, la reconfiguración de lo nacional como proyecto emancipatorio, inscripto en las tradiciones democráticas heredadas del liberalismo que en la actualidad constituyen nuevas tramas de sentido.

Sabemos que esas tramas se tejen con la invención de los nuevos acontecimientos, pero están compuestas de hilos históricos que hacen a las complejidades particulares compartidas. Lo que intentaremos lograr aquí será observar cómo se lleva a cabo ese tejido, qué elementos de lo nuevo se incorporan, cómo eso convive con lo histórico y de qué manera queda conformada esa nueva trama producida: a quiénes contiene, a quiénes no, cuáles son sus modos de articulación y cuáles sus modos de pervivencia.

2 Paradigma indiciario. Discusiones acerca del marco epistemológico

2.1 La propuesta

Héctor Schmucler (1997) destaca que la comunicación carga con las culpas heredadas del racionalismo que se empeña en formular leyes únicas para explicar el funcionamiento de fenómenos plurales. Desde la interpelación de estas culpas, aquí nos proponemos un recorrido reflexivo que permita establecer parámetros y marcos analíticos para la tesis. Una problemática respecto de la perspectiva desde la cual avanzaremos en nuestras reflexiones y, al mismo tiempo, una plataforma de discusión sobre cuestiones referidas al estatuto de lo disciplinar y su diálogo con las técnicas de investigación.

Ante esta problemática, resulta clave fijar una pista inicial sobre la mirada que guiará el trabajo. Nuestro campo de estudios se reconfigura en su anclaje en la cultura que constituye una relación intrínseca, ese gran movimiento que significó lo que Florencia Saintout (2003) comprenderá como la apertura de la comunicación. Aquí se proponemos una serie de preguntas y lecturas desde una concepción de la comunicación como perspectiva de abordaje, un conjunto de preguntas y unos modos de formularlas (Caggiano, 2007), no ya con la intención de abonar a una mirada disciplinar. Avanzaremos en esa tarea.

Una problematización sobre la propuesta metodológica de abordaje es una clara definición teórico-política (si fuese posible dividir las) acerca de nuestras posturas sobre el porqué y el para qué de la investigación social.

Partiendo de concebir a las técnicas de investigación como herramientas que no pueden ser definidas en sí mismas, sino en una relación indisoluble con la perspectiva desde donde miramos el mundo, es decir con la teoría social en la que se encuentra enmarcado el proyecto de investigación. En términos de Bourdieu (2004), se parte de pensar a las técnicas y herramientas como “teoría en acto”, donde la construcción del conocimiento está dada por un juego dialéctico entre datos empíricos-teoría y teoría-datos empíricos.

A partir de la postulada inscripción en el campo de las ciencias sociales, se propone una problematización acerca del abordaje teórico-metodológico con base en el trabajo etnográfico como herramienta de indagación. Un modo de establecer cruces que permitan un diálogo entre las técnicas de investigación, los marcos epistemológicos que las contienen y nuestras definiciones políticas en cuanto al abordaje de las problemáticas sociales.

Partimos de una consideración inicial por la cual se entiende que el cientificismo ha tendido a canonizar ciertas técnicas de investigación. A partir de esta consideración prominente respecto de las herramientas de análisis se les ha otorgado sentido en sí mismas, como una especie de culto a la técnica como fin último de la investigación.

Así, en muchos casos se han convertido en dispositivos de culto, cuyo contacto con las problemáticas sociales –en el peor de los casos– se da en los términos de una necesidad: la necesidad de los objetos de investigación para alimentar el culto a las técnicas y herramientas.

De esta forma se lleva a cabo una inversión de la relación entre técnica y objeto, de la necesidad inicial de técnicas que permitan dar respuestas ante las preguntas que a nuestros objetos realizamos, se pasaría a una preocupación central por la ejecución impoluta de la técnica, trasladando la atención central al cómo por sobre el ¿para qué? o el ¿por qué? de la investigación.

Esta afirmación no desconoce los valiosos y necesarios aportes de estas técnicas a la hora de dar cuenta de los fenómenos sociales, sino que se propone pensar cuáles son las articulaciones de las mismas con nuestros proyectos de investigación. Articulación necesaria para lograr que las técnicas funcionen como tales, como herramientas valiosas de las que disponemos para llevar a cabo nuestros trabajos de investigación.

2.2 Reflexividad y relativismo cultural como horizontes del trabajo de investigación

Nuestras investigaciones serán, inevitablemente, el resultado de la interacción dada entre/con los actores sociales participantes del escenario: los problemas construidos indagados y nosotros como investigadores. Así, cualquier investigación tomará la forma de observación participante, ya que implicará participar en el mundo social en busca de construir nuestras categorías analíticas y, posteriormente, nuestras reflexiones, asumiendo continuamente la reflexión sobre las implicancias de nuestra participación en ese espacio.

Es decir, el actor que participa en la experiencia de la investigación forma parte de todas las investigaciones que decidamos llevar adelante. La decisión sobre nuestros problemas de investigación es el producto de una relación directa entre el investigador y la problemática a trabajar, entre el cientista social y aquello que lo inquieta del mundo, el impulso que lo moviliza a trabajar en el interrogante construido. Es el investigador el instrumento de investigación por excelencia, por lo cual debe ser constante y exhaustiva la indagación hacia nosotros mismos y nuestro rol en las interacciones de las que participamos como investigadores.

Por otra parte, nuestras premisas de trabajo también deben contener las preocupaciones del relativismo cultural como objetivo y deseo de trabajo. Entendiendo por relativismo cultural la necesidad de abordaje de las grupalidades

sociales investigadas desde las pautas y lógicas particulares de funcionamiento de cada una de ellas.

Esto quiere decir que la mirada implica un esfuerzo porque nuestras investigaciones logren pensarse desde los parámetros propios de cada cultura. Se trata de un esfuerzo por no interponer los juicios éticos y morales propios de otros sistemas culturales a los de las grupalidades indagadas, más allá de que este objetivo –en términos absolutos– sea inalcanzable. Por ello, aquí se sostiene una propuesta sobre el relativismo que no descarta su posibilidad, sino que la asume en términos de horizonte.

El relativismo será un horizonte a alcanzar, un deseo: deseamos ser relativistas, pero partimos de la base de conocer que esto resulta imposible. El relativismo es un punto al cual es imposible llegar, porque más allá de nuestros ejercicios en pos de construir una reflexividad aguda e intensa, somos sujetos sociales constituidos por una trayectoria y unas experiencias sociales y culturales que estarán puestas en juego a la hora de construir conocimiento desde cada indagación de campo.

Por todo esto, uno de los elementos centrales para brindarle densidad a la investigación, y plantear una revisión constante sobre la marcha de la misma, será dar cuenta de nuestras subjetividades en la relación a establecer para con las problemáticas con las cuales se plantea la indagación.

El núcleo central de esta afirmación es que, en tanto sujetos sociales, conocemos como sujetos. Por lo tanto, nuestro conocimiento se construye en la interacción con el otro indagado. Es en la interacción donde se construye el dato, y es esa interacción la que nos permite conocer y problematizar el mundo social del otro. El principio fundamental será que es en nosotros donde se da la producción de conocimientos.

En esta tesis será posible encontrar una reconstrucción del modo en que nos inmiscuimos en una trama de sentidos y, a partir de ello, reconfiguramos

nuestras preguntas y premisas. Reconstrucción a partir del lugar en el que nos encontramos involucrados como sujetos sociales, con preguntas acerca de los modos de instauración de lazos, cotidianidades y modos de estar juntos, a los que el interrogante por nuestro problema de investigación nos conduce inevitablemente. Se trata de la relación entre nuestra alteridad y la alteridad del problema de investigación construido.

En esa instancia de cruce es donde se da el momento de nuestro esfuerzo por aproximarnos a una suspensión de los parámetros de juicio de uno para analizar a los otros. A partir del relativismo es posible ver en el otro la capacidad de producir sentidos para sus propias prácticas, el momento de la relatividad es el momento de la afirmación de la positividad del otro.

El objeto de conocimiento será el resultado de una relación construida teóricamente, a partir de la cual se articulen explicaciones sobre una dimensión de lo real. Se tratará de una relación problemática, ya que la misma será producto de una formulación sobre la base de ciertos supuestos, que en esa instancia se establezcan, acerca del funcionamiento de la problemática investigada.

La dimensión trascendente en este punto estará dada por la problematización. Por problematización nos referimos a la introducción de preguntas acerca de qué, cómo y por qué sucede lo que observamos, donde al parecer solo habría una dinámica de funcionamiento “natural” o “normal”. De este modo, llevar a cabo la investigación social se trata de –como plantea Guber (2012)– poner de manifiesto la medida humana que está en juego en los procesos de conocimiento actuantes en la relación con nuestros objetos de estudio.

La siguiente apreciación sería ¿qué nos dice esta indagación sobre el funcionamiento de otras lógicas y estructuras que se encuentran operando en este espacio de sociabilidad?

2.4 Discusión disciplinar y positivismo

En esta instancia de los debates donde se agudiza la crisis de la división positivista de las ciencias sociales, resulta necesaria una revisión que permita dar cuenta de ciertas continuidades y rupturas que afrontamos en nuestros campos de estudio. Un ejercicio para reflexionar sobre nuestras posiciones y el modo en que lo resolvemos.

De aquella estructuración positivista, iniciada en el siglo XIX, que organizó y distribuyó de acuerdo a las disciplinas los objetos de estudio, hoy es posible identificar dos planos. Por un lado, estructuras institucionales que mantienen una lógica de funcionamiento constituida bajo esta matriz; por otro lado, la formación de investigadores que insertos en esas lógicas organizativas generan conocimientos alejándose de estos parámetros.

El positivismo plantea que lo único existente es lo que puede experimentarse por medio de los sentidos, o lo que es susceptible de manipulación experimental. Desde allí se sostiene firmemente que sólo el conocimiento que se ciñe a estas reglas es el conocimiento genuino.

Andrew Balsey (2008:526) definirá al positivismo como “a) Lo que existe realmente es lo que puede experimentarse por los sentidos, o lo que es susceptible de manipulación experimental; b) esta realidad es el tema de la ciencia; c) sólo el conocimiento científico es conocimiento genuino; d) las pretensiones cognitivas no científicas, como las del mito, la religión y la metafísica, son vanas y espurias”.

De este modo, lo empírico adquiere un valor superlativo por sobre cualquier otro tipo de indagación que proponga una reflexión no necesariamente atada a un referente empírico. La verificación de los enunciados propuestos será un punto fundamental en esta estructura de pensamiento

La construcción de variables de medición se torna fundamental para llevar a cabo la comprobación exigida por el cientificismo. La injusticia, la segregación, la violencia social deberán medirse a través de la confección de diferentes parámetros que permitan dar cuenta de ello, la problemática surge cuando estas lógicas impiden denunciar y poner de manifiesto los grandes entramados de poder que generan condiciones de desigualdad insostenibles.

La pregunta sería: ante la existencia de estructuras sociales desiguales sedimentadas históricamente, ¿cabe la necesidad de la comprobación? Aquí consideramos que no. Nuestras técnicas de análisis estarán al servicio de identificar los trazos y las lógicas que den cuenta de cómo se construyen los marcos desiguales, de qué modos se resiste a ellos y cuáles serían los puntos de continuidad y interrupción que podemos observar en nuestras sociedades.

Más allá de que hoy en día no podemos encontrar enunciaciones que de modo ortodoxo defiendan el positivismo como perspectiva o doctrina filosófica, es posible encontrar sus derivaciones e impactos sobre muchas de las investigaciones que hoy en día concentran sus esfuerzos en la mirada sobre el referente empírico.

Esta breve mención pretende aludir críticamente a las características del positivismo, contemplando cuáles serían las limitaciones de esta perspectiva ante nuestra preocupación de volver inteligibles procesos macrosociales. Por ello se pretenden poner en tensión las derivaciones y continuidades que hoy podemos identificar en ciertas perspectivas que se encuentran conectadas a esta matriz de pensamiento.

Ya Bourdieu, en una obra publicada en 1992 junto a Loïc Wacquant¹ planteó la problemática del metodologismo, como la inclinación a separar la reflexión sobre los métodos de su uso real en el trabajo científico y cultivar el método por el método mismo. De esta forma, se reduce el problema de la

¹ Hablamos de “Una invitación a la teoría reflexiva” cuya primera edición en inglés se publicó en 1992 y su traducción al castellano en 2005.

construcción teórica a la manipulación técnica de indicadores y observaciones empíricas.

Del mismo modo que la metodología, la teoría no debería estar separada del trabajo de investigación que le da sustento y función. El trabajo teórico (si existe algo que pueda referirse de este modo inequívoco) es un espacio productor de conocimiento a partir del ejercicio con los conceptos, sólo factible en y desde las relaciones y cruces establecidos por el investigador.

La relación no puede estrecharse de modo que se autonomice de los referentes empíricos. Nuestro trabajo con los conceptos es pragmático y los mismos funcionan como cajas de herramientas que ayuden a resolver problemas. Esto no quiere decir que hablemos de un eclecticismo teórico que admita la convivencia de contradicciones de lo más variadas con un mero fin utilitario, dando lugar a la producción de categorías y afirmaciones que no permitan comprender lo social, sino que lo fuercen a los conceptos que se le imponen.

Se trata de una articulación múltiple que propicie un diálogo entre miradas diferentes, todas ellas enmarcadas en una perspectiva constructivista que permita la ductilidad de detenerse en los intersticios de la cotidianidad para pensar las lógicas de organización de lo social. No una “teoría teorícista” como plantea Bourdieu críticamente, sin que esto implique una sumisión al despotismo empirista, este es el equilibrio que debemos lograr en nuestras producciones.

Los fundamentalismos respecto de la dimensión metodológica, como de la dimensión teórica o conceptual resultan limitaciones y encorsetamientos para nuestra preocupación central que es responder preguntas acerca de la vida social. Aquellos esfuerzos que no se destinen en este sentido serán energías dispuestas a alimentar los diferentes tipos de científicismo que nutren la escisión entre la producción de conocimiento de las ciencias sociales y las problemáticas concretas de la vida cotidiana.

Existe un tráfico en ambos sentidos entre la teoría y las referencias empíricas. Toda actividad de investigación será, al mismo tiempo, empírica y teórica en su operación. Estas aseveraciones constituyen la plataforma para el trabajo posterior de ensamble, la interpretación y problematización serán el espacio de creación donde se dé lugar a este magma que intente abordar ciertos interrogantes.

2.3 El paradigma indiciario. De investigadores recolectores a investigadores cazadores.

Cuando Clifford Geertz dice claramente cuál es el concepto de cultura que propugna, deja en claro el nivel de complejidad y de opacidades que constituyen el mundo social. El hombre es un animal inserto en tramas de significación que él mismo tejió y nunca de una manera definitiva. Ha tejido, continúa y continuará tejiendo. Ese magma y esa indeterminación es la sociedad.

Como plantea Bourdieu (2007) pretender que debe haber reglas a la lengua natural equivale a pretender que las rutas deben ser rojas porque en los mapas están marcadas con este color. Es decir, someter la determinación de la norma a la indeterminación del magma social.

Por ello, nuestro paradigma epistemológico no puede ser una ciencia experimental que busque leyes, sino una ciencia interpretativa en busca de significaciones. Geertz sostendrá que nuestra tarea será buscar explicaciones interpretando expresiones sociales enigmáticas superficialmente. Ante esa problemática, el paradigma indiciario brinda respuestas epistemológico-políticas que aquí consideramos fundamentales recuperar y poner en relación con el campo de producción de saberes de la comunicación.

Ante la contraposición que establece una diferenciación entre racionalismo e irracionalismo, Ginzburg (1999) plantea la recuperación de la idea del paradigma

indiciario como apuesta de abordaje de las ciencias sociales. Ginzburg reconstruirá su propuesta de una serie de artículos realizados por Giovanni Morelli, un estudioso ruso de arte que desarrolló un método para la atribución de cuadros antiguos a sus autores, técnica que hoy en día se conoce como “método morelliano”.

Morelli decía que los museos están llenos de cuadros atribuidos de modo inexacto a diferentes autores, restituir cada cuadro a su verdadero autor y distinguir los originales de las copias es un gran problema. Ante esta dificultad, Morelli sostenía que no hay que basarse en las características más salientes, y por lo tanto más fácilmente imitables de los cuadros. Hay que detenerse en los detalles más descuidados y menos influenciados por las características de la escuela a la cual el pintor pertenecía. Por ello, la mirada estaría puesta en los lóbulos de las orejas, la forma de los dedos, etc. Allí se encontraban las particularidades y regularidades que permitían determinar a qué autor pertenecía cada obra.

Por ello, el autor sostenía que la personalidad debía buscarse donde el esfuerzo personal es menos intenso. Una clara definición de la necesidad de nuestra vigilancia epistemológica, acción atenta por parte del investigador que impulse a una pregunta constante por el sentido de nuestras indagaciones y las mediaciones que atraviesan a los sujetos con los que trabajamos nuestra investigación, concentrando nuestra mirada en cada de uno de los detalles que componen el escenario.

Carecería de sentido la transcripción literal de las respuestas de nuestros entrevistados sin entender que en la instancia misma de la entrevista y el diálogo se da una relación de poder, una relación social donde cada uno juega un rol y adopta una determinada máscara que le permite presentarse ante el otro. La atención y la mirada alerta sobre esas particularidades darán lugar a una reflexión más compleja sobre el entramado social por el cual nos preguntamos.

De otra forma, nos convertimos en mediadores, transcriptores y organizadores de datos. El paradigma indiciario, por el contrario, estimula la acción inquieta y activa del investigador que se pregunta y ensaya respuestas que permitan avanzar en la construcción de conocimiento social.

Ginzburg sostiene que es posible trazar una analogía entre el método de Morelli, el de Sherlock Holmes y el de Freud. Los tres casos se ven unidos por una particularidad: trabajar a partir de las huellas –tal vez ínfimas– que permiten aprehender una realidad mucho más vasta y profunda de la que de otro modo no sería posible dar cuenta. Estas huellas se convierten en síntomas para el caso de Freud, indicios para el caso de Sherlock Holmes y signos pictóricos en el caso de Morelli.

En los tres casos está presente el paradigma médico de diagnóstico. A partir de síntomas superficiales, la posibilidad de dar cuenta de enfermedades cuya determinación se vuelven imposible de otro modo. El paradigma indiciario habilita y permite un rastreo que da lugar a la reconstrucción de problemáticas profundas a partir de indicios. Al mismo tiempo, valoriza las problematizaciones y el rol activo del investigador en esa reconstrucción.

Dice Ginzburg (2013:182) al respecto: “Por milenios, el hombre fue cazador. En el curso de innumerables persecuciones, aprendió a reconstruir las formas y los movimientos de presas invisibles, de huellas en el barro, ramas quebradas, pilas de estiércol, mechones de pelos, plumas enredadas, olores nauseabundos. Ha aprendido a olfatear, registrar, interpretar y clasificar huellas infinitesimales como hilos de baba. Ha aprendido a realizar operaciones mentales complejas con gran rapidez, en la densidad del bosque o en un claro lleno de insidias”.

Malinowski sostenía la idea del investigador como un recolector que se acerca y convive con la comunidad que se propone indagar. La recolección de datos supone una actitud de pasividad, los datos parecen estar allí para ser recogidos, almacenados y luego analizados. El prototipo del cazador es

radicalmente diferente, implica la actitud del rastreo, la búsqueda tras un indicio, la preocupación por encontrarse con algo que se presupone y el desarrollo de múltiples técnicas que permitan llevar a cabo esta empresa.

El paradigma indiciario puede pensarse dirigido hacia el pasado, el presente o el futuro, como lo grafica Ginzburg, en la matriz del paradigma indiciario se encuentra uno de los gestos más antiguos del hombre, el del cazador hincado sobre las huellas de su presa en su búsqueda. Por ello proponemos un punto de partida que se concentre en los indicios para dar respuesta a las preguntas e inquietudes que nos movilizan hacia esta tesis, entendiendo que el conocimiento histórico es indirecto, indiciario y conjetural.

De esta forma, entendemos que es posible el rastreo y la construcción de conocimiento sobre el mundo social, a partir del recorrido y reconstrucción de los datos secundarios o marginales que permiten dar cuenta de las complejas tramas sociales. Así, los datos que al parecer resultarían marginales, se tornan centrales para dar cuenta de una totalidad que resulta inaprehensible.

Como se planteó anteriormente, la vastedad del mundo social lo vuelve una totalidad que resulta intimidante para su abordaje. Las pistas que el método moreliano aporta, adaptado en la interpretación de Ginzburg, nos permiten pensar en la factibilidad de una indagación de este tipo.

En definitiva, la premisa que aquí nos guía es la inquietud que en cada sociedad pervive, la necesidad que tienen nuestras sociedades de distinguir sus propios componentes. La preocupación por preguntarse y poner en cuestión lo dado, la sospecha de las respuestas que el sentido común brinda sin problematizar; como así también las matrices profundas de nuestras estructuras sociales.

Ante esa pregunta constante e inquietante, se presenta el fundamental interrogante por los modos: ¿de qué modo es posible dar cuenta de nuestras

preguntas y construir respuestas? En ello radica el núcleo de la preocupación que aquí trabajamos.

Las preguntas movilizadoras, las grandes preguntas sobre lo social continúan provocando nuestros desvelos. Las preguntas por las clases sociales, por la vida en sociedad, por los modos de organización cotidiana, por las estructuras sociales, por los modos de estar juntos contienen el trasfondo de cada una de nuestras preocupaciones. En definitiva, se trata de la pregunta por la política y por lo político las que continúan siendo ejes vertebradores de los estudios sociales.

En este apartado intensificamos nuestro interés por dar respuesta a esas preguntas, pero ponemos el foco en el cómo (inquietud que, como sabemos, jamás está desvinculada del qué investigamos). Consideramos que es necesaria una instancia de revisión crítica de la investigación social centrada en casos, bajo la delimitación de objetos de estudio. La necesidad de pensar procesos macroestructurales exige abandonar la circunscripción de los elementos de construcción de conocimiento del investigador a lo exclusivamente observable o mensurable.

La dinámica de los procesos sociales que atravesamos en América Latina, donde observamos cómo los movimientos políticos emancipatorios en muchos casos se encuentran muy por delante de las indagaciones de los estudios sociales² marca claramente una necesidad.

Ante esa necesidad sentida, nuestra propuesta es la de una reflexión que, a partir de identificar su preocupación/pregunta de investigación, avance por

² Aquí resulta interesante observar como caso paradigmático “Debates y combates”, publicación impulsada por Ernesto Laclau que da cuenta de esta situación y propone un espacio de reflexión e intervención sobre problemáticas de los procesos políticos latinoamericanos por parte de pensadores de las ciencias sociales. Un caso que resulta paradigmático porque se constituye en un espacio de publicación y reflexión que con el fin de cumplir su objetivo no responde a las exigencias del canon academicista. La presencia de ensayos y entrevistas (entre otros géneros) da cuenta de la necesidad de hacer uso de géneros subalternizados por el canon que resultan necesarios para dar cuenta de las dinámicas de lo social.

diferentes géneros y caminos en busca de dar respuestas complejas y sensibles sobre la motivación profunda que mueve a esta indagación. En ese sentido, el paradigma indiciario como propuesta teórico-metodológica es una respuesta que contiene las preocupaciones epistemológicas y políticas que enmarcan este proyecto.

En palabras de Ginzburg (2013:217), el paradigma indiciario “puede transformarse en un instrumento para disolver las nieblas de la ideología que oscurecen cada vez más una estructura social compleja como la del capitalismo maduro. Si las pretensiones del conocimiento sistemático parecen cada vez más veleidosas, no por ello la idea de totalidad debe ser abandonada. Por el contrario: la existencia de una conexión profunda que explica los fenómenos superficiales, se confirma en el momento mismo en el cual se afirma que un conocimiento directo de tal conexión no es posible”.

La realidad se nos presenta de una manera opaca, contradictoria e inaprehensible, pero existen indicios que nos permiten descifrarla y dar cuenta de ella. No en términos de certezas absolutas, esa pretensión no guía nuestros estudios, sino en el sentido de nudos de discusión que permitan avanzar nuestras reflexiones.

Como vimos anteriormente, una disciplina tan extendida y legitimada como el psicoanálisis se basa en torno a la hipótesis de que detalles que parecerían insignificantes permiten dar cuenta de fenómenos profundos de una importancia decisiva. Una misma matriz epistemológica nos puede dar herramientas para pensar problemáticas sociales macroestructurales.

El cuestionamiento central que debe afrontar el paradigma indiciario es la pregunta que el cientificismo plantea en busca de sostener su lugar de privilegio, la pregunta por la presunta “rigurosidad científica”. Sin dudas esta es una de las problemáticas centrales y fundantes de las ciencias sociales, situación que plantea un dilema para nuestros estudios regidos por el estatuto cientificista: asumir los

riesgos de lo que llamarían un “estatuto científico débil” para llegar a resultados relevantes, o asumir un estatuto científico “fuerte” para arribar a afirmaciones de escaso valor e impacto sobre problemáticas amplias.

Este dilema se resuelve con una decisión epistemológica respecto de cómo afrontar los cuestionamientos que pudiesen surgir de tal decisión. Comprendiendo que la “rigurosidad científica” representa un modelo que –más allá de las críticas factibles de realizarle– permite ciertos modos de problematización y acercamiento a las complejidades sociales. Pero, al mismo tiempo, limita las posibilidades de ampliar reflexiones tendientes a dar cuenta de procesos mayores, podríamos pensar en formas elásticas de vincular herramientas y paradigmas.

Una perspectiva que permita cumplir con el eje central de nuestras discusiones y preocupaciones: dar respuestas. Respuestas aproximadas, respuestas arriesgadas, asumiendo en ese riesgo las discusiones que permitan validar o desechar supuestos y, de este modo, avanzar (por la negativa como por la positiva) en desenmarañar al menos uno de los nudos de la madeja que afrontamos.

Nuestra premisa fundamental no es respetar un método, o hacer culto de una herramienta metodológica por el sólo hecho de respetar las arbitrariedades que (cómo en cada invención social) la constituyen. Nuestra tarea central es dar respuestas que siempre serán aproximadas, cercanas, inexactas, imprecisas, cuestionables, pero que permitirán una plataforma de discusión. Cuestión que implica, indefectiblemente, un avance en el conocimiento social, un desarrollo en aquello que nombramos anteriormente como la inquietud de las sociedades por lograr conocerse.

Michel Serres (1988) en un escrito llamado “realidades”, define a partir de un retrato la importancia de los sentidos al momento de indagar lo social: *“Los sentidos no engañan. El paladar de un fino degustador es más preciso que mil máquinas el mecanismo más delicado es biológico, tal o cual órgano de un insecto*

o de una serpiente percibe mezclas a escala molecular. Jamás se juzga científicamente al empirismo; ¿y si se empezara a juzgar al racionalismo? La duda sistemática practicada por Descartes no fue sólo un ejercicio escolar ni una ascesis solitaria. Fue un inmenso movimiento histórico, y su fuerza se dispersó. Lo visible desapareció, se disipó en lo invisible. Se despreciaron las cualidades, la calidad. Otro invisible se puso ante nuestros ojos. Nadie vio ya el rizo del mar, todo el mundo buscó lo lejano, lo profundo y los hizo sensibles. Puede decirse que se borró lo inmediato. Y el patrón bacaladero no pudo decir nada” (Michel Serres, 1988:87)

La búsqueda constante y obsesiva será por dar respuestas, para llegar a ellas debemos valernos de lo que tenemos, como aquel cazador que Ginzburg retrataba. En la búsqueda de su presa, el cazador se vale de múltiples elementos y capacidades que tiene a su alcance para cumplir su objetivo, pero en definitiva existe un elemento primario que aparecerá complementado continuamente para lograr este cometido: la Intuición.

La pregunta será un elemento originario para la búsqueda que se emprenda. Luego nos valdremos de cada una de las herramientas que nos permitan dar cuenta de lo rastreado, allí las técnicas como el análisis del discurso, la etnografía, la entrevista, serán herramientas válidas para lograr el cometido. Como ocurre con el cazador, iniciamos un recorrido con una preocupación y algunos indicios, luego veremos adonde nos deposita ese viaje.

El positivismo supone la posibilidad de recolectar datos como si el mismo investigador que los rastrea no estuviese implicado en esa interacción. Lejos de la noción de recolector que, proponemos continuar con una reflexión que parta de la figura del cazador que en adelante desarrollaremos. Una analogía que nos permita avanzar, entendiendo las herramientas de análisis y su posible complementariedad con las reflexiones epistemológicas del paradigma indiciario.

Los indicios que nos guiarán en nuestra búsqueda no pueden ser programados, no podrán ser preestablecidos en un esquema. Nuestro plan de trabajo inicial preverá los marcos de la investigación, luego los indicios nos llevarán por múltiples caminos, desde esos caminos derivaremos en diferentes bibliografías, preguntas, conceptos y discusiones.

Un discurso, una entrevista, un gesto, una fecha, una declaración, una manifestación, una producción audiovisual, cada uno de estos elementos puede constituirse en un indicio que nos lleve a pensar las lógicas de organización social que nos preocupa poner en cuestión con nuestro trabajo.

Por ello, resulta factible y productivo un cruce que se proponga pensar desde el paradigma indiciario valiéndonos de la técnica para problematizar los indicios, buscando de esta manera responder a nuestra pregunta por la reconfiguración de la idea de nación en el cambio de época.

2.4 La pregunta por los grandes procesos históricos y la totalidad

Norbert Elias (1987) comienza su imponente obra dedicada a pensar el proceso de la civilización con un manifiesto que es una crítica al mismo tiempo: se abandonaron las investigaciones de los grandes procesos sociales. Esta enunciación es una crítica a los yugos epistemológicos (teórico-metodológicos) que impiden las apuestas por pensar procesos macro sociales por parte de las ciencias sociales.

Los caminos seguidos por las ciencias sociales, ante la crisis de los grandes paradigmas e instituciones, llevaron a una migración masiva hacia concentrar los esfuerzos en la mirada de las microhistorias y los procesos grupales focalizados. Con un sentido de “observación controlada”, las investigaciones realizadas apuntaban adonde sólo era posible hacer afirmaciones de aquello que fuese empíricamente demostrable. Incluso, esas afirmaciones

debían tamizarse de una estela de duda que permitiese abrir un paraguas de indeterminación sobre lo dicho, dando cuenta de las condiciones de producción en este marco de crisis al que nos referimos.

La marca de aquella crisis sobre las certezas sin dudas impactó a la hora de pensar lo social. De este modo, toda enunciación intentó –e incluso hoy intenta– evitar afirmaciones que pudiesen ser refutadas o que se pudiesen someterse al constante movimiento de la historia y de las instituciones. Ante este escenario, la respuesta será una prudencia epistemológica en muchos casos inmovilizadora, que en las ciencias sociales constituyó un estado de observación y crisis permanente sobre lo dicho.

Actualmente podríamos arriesgarnos a decir que ante un cambio de época regional que resitúa aquellas certezas puestas en crisis, las producciones sobre la vida social están en condiciones de discutir sus condiciones y posibilidades de enunciación. Es más, no sólo están en condiciones, tienen la imperiosa necesidad de hacerlo para estar a la altura y a la orden de los tiempos históricos.

Comprendiendo que dicho momento de las ciencias sociales aún forma parte del escenario en el que se inscribe este trabajo, en adelante se propondrá un recorrido teórico-metodológico que colabore en la conformación de una mirada preocupada por pensar las problemáticas macrosociales que –como planteamos– fueron desplazadas de la mirada de los analistas sociales.

Investigar es como tratar de leer e interpretar un texto extranjero, borroso, plagado de elipsis, de incoherencias, de sospechosas enmiendas y de comentarios tendenciosos y además escrito para otros interlocutores, plasmado como una memoria productora de la acción social cotidiana, no escrito para ser leído. Es nuestra preocupación la lectura de esa memoria que acontece, se escribe y reescribe constantemente.

Ante estas inquietudes, la pregunta que continúa es ¿cómo lograrlo? Para ello disponemos de una caja de herramientas que nos brinda los medios. La

pregunta siguiente sería ¿con qué sentido este esfuerzo? Allí, como plantea Franco Berardi –Bifo– (2013) la caja de herramientas es para construir territorios, para construir planos de consistencia, panoramas conceptuales sobre los cuales encaramarse, para proyectar mundos.

Como afirmamos anteriormente, la pregunta subterránea de este texto no es sobre el “¿cómo investigamos?” sino el “¿para qué investigamos?” Definido el para qué nos lanzamos a diseñar los más diversos artilugios que nos permitan dar cuenta de las tramas e intersticios. Una primera gran respuesta a esta pregunta es que nuestro legado será el de integrar las producciones de los estudios sociales, en pos de aportar respuestas que permitan comprender algunos aspectos de la contemporaneidad y así constituirse en herramienta de acción.

Sobrevoló sobre las líneas anteriores una cuestión que no explicitamos de manera concreta: entre los efectos del positivismo se encuentra el de un investigador que se supone externo al mundo, por lo cual lo observa y analiza desde “arriba”, toda una definición política.

En el sentido del abordaje aquí propuesto, la definición política prima y, tal como sostiene Bifo (2013:20): “Los conceptos son una concreción de energía deseante”, nuestra tarea será la de crear conceptos que permitan pensar y poner en palabras los procesos sociales. Ante esa tarea, la técnica será la puerta de acceso al sentido, el glosario que nosotros construyamos para leer esa memoria que se escribe, sin que esa escritura sea para nuestra lectura.

Martín Scorsese escribió una carta a su hija donde le decía: *“hay que recordar una cosa importante: las herramientas no hacen la película, la haces tú. Es liberador coger una cámara, empezar a rodar y juntarlo todo con Final Cut Pro. Pero hacer una película, la que tú necesitas hacer, es otra cosa. Y ahí no existen los atajos. Si John Cassavetes, mi amigo y mentor, siguiera vivo hoy, estaría empleando con toda seguridad todo el equipo que hay disponible. Pero me diría lo mismo que me ha dicho siempre — tienes que estar absolutamente dedicado al trabajo, dar todo lo que puedas de ti mismo, y proteger la chispa de la conexión que te llevó a rodar la película en un primer momento.*

Tienes que proteger esa chispa con tu vida. En el pasado, como las películas eran tan caras, la protegíamos contra el cansancio y los compromisos. En el futuro, tendrás que protegerla de otro factor adicional: la tentación de seguir la corriente y permitir que la película derive, y naufrague. No es solo una cuestión de cine. No hay atajos para nada. No digo que todo tenga que ser difícil. Solo digo que la voz que te da la chispa es tu propia voz – esa es la luz interior, que dijeron los Cuáqueros”.

La carta de Scorsese resulta alusiva respecto de las discusiones que aquí intentamos reponer con el fin de delimitar las orientaciones teórico-metodológicas que guiarán este trabajo. Las herramientas son fundamentales para poder pensar la factibilidad de la pregunta inaugural para que esta investigación pueda pensarse, planificarse y ejecutarse.

Se trata de herramientas que posibilitan llegar a un fin y que tienen sentido en tanto las manipulemos a los fines de nuestro proyecto. No quiere decir que cualquier recurso funcione como una especie de anarquismo metodológico. Sino que la batería de métodos que se pongan en juego deberá corresponderse al problema que enfrentemos con nuestras preguntas.

En ese sentido la analogía respecto del trabajo del director cinematográfico es clarificadora sobre los órdenes de funcionamiento. La importancia de la composición que después realicemos será fundamental, y dará importancia real a la previa existencia de las técnicas y los conceptos que en las líneas que transcurren serán puestas a convivir en pos de responder unas preguntas.

Allí es cuando debemos preguntarnos por la pregunta. Lejos de toda arrogancia epistemológica, la pregunta por la totalidad se constituye un horizonte de trabajo. El paradigma indiciario nos permitirá reflexionar sobre lógicas de funcionamiento social que el cientificismo obtura en su abordaje. La pregunta por la totalidad significa la disolución de aquello que es la parte y su conservación al mismo tiempo, se trataría de mirar el instante mismo del cambio de estado en sus múltiples variables.

Sostiene Franco Berardi (2013:59) *“la totalización es el proceso mediante el cual aquello que se da en su separación es disuelto y subsumido, es decir, traducido en su negación, gracias a la cual este encuentra su alma, su vocación y su verdad”*.

Como ocurre con los cambios de estado en el agua, nuestra mirada estará puesta sobre la sublimación, solidificación, fusión, cristalización, vaporización y condensación; es decir, sobre cada una de las transiciones donde la respuesta al qué de la materia es imprecisa, pero puede ser construida.

En el esfuerzo del interrogante por la totalidad se encuentra latente la inquietud por las grandes preguntas que organizan la vida social y, por ende, permiten comprender los mapas de legitimidades e ilegitimidades que funcionan como marco para la solidificación de las desigualdades. Dar cuenta de estos mecanismos nos aportará las herramientas para alentar iniciativas hacia el cambio de época que la definición político-académica de esta tesis intenta contribuir.

Si la investigación ni siquiera se propone una inquietud y una preocupación por pensar los fines de aplicación pública de los esfuerzos epistemológicos investidos aquí, es porque la concepción sobre la relación ciencia-sociedad las imagina separadas. Una ciencia social emancipatoria jamás podrá pensarse por fuera de la sociedad y del Estado, en todo caso sería una forma de cultivar una cierta convicción elitista de las ciencias mirando desde arriba a los entramados sociales.

La ciencia es para algo, siempre es para algo, para matar, para dar vida, para reproducir el capital, para acumular capital simbólico, para generar reconocimiento, para transformar, para comprender, etc. La ciencia es un proyecto político.

3

Acerca de las significaciones imaginarias

3.1 Introducción

La reflexión y discusión en torno a “lo imaginario” representa para este trabajo un eje central, ya que estructura los interrogantes de indagación y, por ende, sus marcos teórico-metodológicos. Aquí se ahondará sobre las reflexiones y aportes que Cornelius Castoriadis (2007) hace al respecto, y cómo estas lecturas nos permiten pensar los sentidos construidos en torno a la idea de nación.

Se parte de pensar las **construcciones imaginarias** en el marco de un esquema relacional que permita situar, diferenciar y comprender lo imaginario como aquellas significaciones que no se encuentran dentro de lo que podríamos denominar como “lo real” o “lo racional”. Entendiendo:

-Lo real: referido a los hechos y fenómenos relacionados con la percepción, con el conocimiento empírico.

-Lo racional: aquello que se elabora a partir del seguimiento de una serie de procesos lógicos.

De esta forma, podríamos enunciar que la significación imaginaria se encontraría funcionando en un sistema triangular que posee tres ejes: lo real, lo racional y lo imaginario.

La preocupación por pensar, en este proyecto, las significaciones imaginarias por sobre las demás aristas del triángulo enunciado se sustenta en el reconocimiento de que estos ejes no se encuentran equidistantes unos de otros,

funcionando armónicamente. Sino que el peso de lo imaginario actúa fuertemente sobre los demás ejes y, al mismo tiempo, a partir de ese proceso de sedimentación adquiere un peso específico, determinante por sobre los demás.

Así, un gráfico que intentase representar lo desarrollado no podría hacerlo de un modo equilátero (\triangle), brindando el mismo peso a cada uno de los componentes. Lo imaginario, tal como aquí lo entendemos, lograría situarse incluso como más real que “lo real” (Castoriadis, 2007), y de aquí la importancia de realizar nuestros esfuerzos por abordarlo.

3.2 El rol del investigador en el abordaje de las significaciones imaginarias

La indagación sobre las significaciones imaginarias demanda un ejercicio crítico que se preocupe por incluir y reponer en el análisis las dimensiones histórico-político-sociales del fenómeno abordado. La obligatoriedad de esta labor en el trabajo, radica en que no es posible considerar el sentido como un simple “resultado” de la diferencia de signos, ya que una mirada de este tipo erradicaría de la investigación las dimensiones históricas anteriormente planteadas, volviendo inconsistentes nuestros análisis.

Tal como plantea Castoriadis (2007), pensar en términos simples el sentido, como resultado de la diferencia de signos, significa transformar las condiciones necesarias de la lectura de la historia, en condiciones suficientes de su existencia. Se trataría de un proceso de deshistorización del problema de investigación. Por ende, de negación del conflicto y las tramas que a este problema atraviesan.

Sobre estas reflexiones iniciales se torna importante pensar – continuamente– acerca de nuestro rol como investigadores, a la hora de interpelar, indagar y construir conocimiento sobre/desde las significaciones imaginarias. Así,

es posible enunciar que el abordaje de las construcciones imaginarias llevadas a cabo por los sujetos se estaría realizando en un proceso que incluye dos niveles.

-Un **primer nivel** elemental que define la condición humana y brinda la base para la construcción de toda significación imaginaria: El hecho de que **todos los sujetos sociales interactúan y crean sentido en el marco de intercambios simbólicos**. Esta condición se situaría en este primer nivel elemental, ya que nos aporta una reflexión en un grado descriptivo sobre el funcionamiento de la construcción de sentidos, lo cual lo constituye como una condición necesaria, pero no suficiente, para iniciar una problematización profunda sobre las significaciones imaginarias. Es decir, el análisis en este primer nivel nos permitiría sólo generar descripciones detalladas de las definiciones que los sujetos nos aporten sobre la problemática indagada.

-Un **segundo nivel**, que permite la exploración profunda y crítica del investigador, está dado por **los cruces que éste logre establecer entre el primer nivel descripto y la reconstrucción analítica** de las condiciones histórico-político-sociales que se encuentran operando en estas construcciones imaginarias. En definitiva, la preocupación por un abordaje complejo que ponga en juego ejercicios de abstracción sobre la problemática trabajada.

Una indagación sobre “lo imaginario” que se posase sólo sobre el primer nivel de análisis planteado, adolecería del salto cualitativo que representa la mirada del investigador. Se dejaría de lado la reconstrucción conflictiva del problema trabajado, al no poner en dialogo las complejidades histórico-sociales en las que se sitúa la indagación.

De esta forma, las respuestas a las que podríamos acceder desde el primer nivel cumplirían la función de una **fotografía** sobre lo indagado. La figura de la fotografía aquí intenta graficar la idea de un “reflejo fiel” de aquello que es

observado, pero que no logra –y por ende anula– incluir los relieves y los trasfondos que en la escena habitan³.

Por otra parte, la inclusión del segundo nivel se encontraría operando en términos de **retrato**. Entendiendo el retrato como una producción en la cual el artista toma decisiones en cuanto a cómo representar aquello que se encuentra observando. En este ¿cómo representar? se vuelve posible graficar la inclusión de una serie de dimensiones que el investigador debe reponer sobre el problema que se encuentra interpelando.

La necesidad de esta preocupación por complejizar el análisis y reponer las dimensiones conflictivas en juego, responde a la apuesta por asumir una postura epistemológica que admita e incluya la característica más profunda del sujeto sociocultural: Su relativa indeterminación. Esta preocupación responde a un interés por superar el “yugo” estructuralista, yugo que se instala al eliminar el sentido, y por ende, eliminar a los sujetos.

Es en esta diferencia entre las figuras establecidas de la fotografía y el retrato, donde el segundo nivel de análisis se sitúa como el modo de otorgar espesor y profundidad al objeto. Esto sólo podrá ser logrado a través del rol activo del investigador en la reposición –en términos críticos– de la dimensión histórica que imbuye la totalidad del problema abordado.

La preocupación, aquí expuesta, acerca del rol activo del investigador en la indagación sobre las significaciones imaginarias, responde a la complejidad implícita en un trabajo que intenta construir conocimientos a partir de estas preguntas. Esta complejidad se encuentra enmarcada en la perspectiva epistemológica del proyecto, que no concibe al producto de las indagaciones académicas como un “descubrimiento” de algo que se encontraba oculto y gracias al abordaje “aparece a la luz”, como si se tratase de una piedra preciosa. Se

³ Cabe destacar que se comprende que en la fotografía existe un acto de composición, que marca la presencia y las decisiones de quien la toma. En el marco de este escrito, se desestima esto, con el fin de ejemplificar y graficar el argumento desarrollado.

considera que la investigación social implica un rol activo y decisivo del investigador en la construcción de conocimientos, en términos complejos y críticos.

De esta forma, no se encuentra entre las expectativas del proyecto llevado a cabo el “descubrimiento de lo imaginario sobre lo nacional en el cambio de época”. La mirada epistemológica del proyecto parte de la base de que no es factible “captar” el imaginario como si se tratase de un elemento con una preexistencia concreta, que pudiese revelarse a partir de la acción de la indagación académica.

Tal como sostiene Cornelius Castoriadis (2007:228): “En el caso de lo imaginario, el significado al que remite el significante es casi imposible de captar como tal y, por definición, su “modo de ser” es su modo de no-ser”.

En definitiva, la idea de la representación se vuelve inasible como una totalidad. Tal como lo describe Castoriadis, las significaciones imaginarias son infinitamente más vastas que un fantasma y no tienen lugares de existencia precisos. Ante esta derivación, teniendo en cuenta los argumentos anteriormente trabajados sobre la importancia de estas preguntas, la decisión no es el abandono de la preocupación sobre las significaciones imaginarias, sino el compromiso de su abordaje desde una perspectiva compleja y dinámica.

3.3 El imaginario radical

El planteo perseguirá una serie de reflexiones sobre el modo de abordaje y una preocupación por construir respuestas a las preguntas que dieron inicio, y guían esta investigación. Entendiendo que las significaciones imaginarias podrán inferirse y derivarse de manera oblicua, rastreando a partir de diferentes fragmentos las operaciones macro que se encuentran funcionando. En definitiva,

se trataría de la observación de las astillas para pensar y reconstruir el árbol del cual provienen.

De esta forma, los objetivos de investigación, las preguntas a realizar, las cuestiones a observar a lo largo de la indagación, se verán condicionadas por esta perspectiva de abordaje. Entendiendo que las consideraciones “nativas”, no se encuentran denotando absolutamente nada, y si connotan todas las inquietudes que movilizan el abordaje.

Retomando otro concepto de Cornelius Castoriadis, en la construcción de las significaciones imaginarias, es necesario destacar un elemento inherente a la condición humana que permite la construcción y reconstrucción de nuevos órdenes, y hace a la capacidad fundamental de la agencia de los sujetos: el **imaginario radical**.

Con este concepto se hace posible nombrar las creaciones de significaciones imaginarias en torno a aquello que no se nos presenta como “lo real”, la posibilidad de la creación, por ende de la puesta en existencia de lo no-existente⁴.

Este fantasma existe en principio como significación imaginaria y puede luego construirse como núcleo de significaciones posteriores, sobre la cual se apoyen y sedimenten nuevos fantasmas. La indagación sobre lo imaginario radical se vuelve un factor central en el análisis de esta investigación, ya que la reflexión sobre la idea de “lo nacional” pertenece a este plano, funciona como un fantasma que ha sedimentado y sobre el cual se han edificado –constantemente se continúan edificando– nuevas construcciones.

⁴ Puede colaborar en la comprensión de esta cuestión el hacer un ejercicio auto-reflexivo sobre cómo logramos construir una significación imaginaria en torno a la idea de “la montaña de oro”. Si bien nunca hemos visto fácticamente una montaña de oro, nos es posible significarla a partir de dos significantes: Montaña y oro. Es aquí donde operaría el imaginario radical permitiendo significar aquello que no existe y atribuirle determinados pesos simbólicos.

Así, la historia no puede ser comprendida fuera de la imaginación productiva y creadora de esto que nombramos como el imaginario radical. De esta forma, las preguntas sobre/desde el imaginario radical nos permitirán comenzar a conocer los fragmentos que vuelven asible una reflexión sobre la totalidad, sobre las formas en las que se edifican las construcciones hegemónicas, que dan sentidos y estructuran los modos de estar juntos.

3.4 Modos de concebir y abordar las complejidades sociales: La perspectiva constructivista

Continuando con la reflexión sobre la idea de “lo nacional”, es clave lo enunciado por Castoriadis (2007:232) acerca de la constitución de instituciones: “Lo que el individuo puede producir no son instituciones, son fantasmas privados”. Este fragmento desata una nueva reflexión epistemológica que enmarca la postura del proyecto desde una mirada necesariamente constructivista.

Se sostiene como necesariamente constructivista, porque la complejidad social abordada no podría terminar de ser aprehendida con una mera indagación sobre las estructuras (reglas, instituciones, historias enciclopédicas del fenómeno, etc.), ni a partir de relevar los relatos de los sujetos como si se encontrasen desprendidos de una totalidad que los enmarca y, en cierto grado, define. Entendiendo, como se enunció algunas líneas más arriba, que la existencia del imaginario radical pone en cuestión cualquier tipo de absolutización que se intentase utilizar para pensar las problemáticas sociales.

De esta forma, los sujetos no pueden colmar las significaciones desprendidos de toda “exterioridad”, utilizando tan sólo sus “producciones propias”. Sino que construyen los sentidos de modo colectivo, y a partir de la utilización de una serie de significantes sobre los que no tienen una libre disposición. Allí se encuentra la producción de los “fantasmas privados” anteriormente citados.

En definitiva, para que se dé una significación imaginaria son absolutamente necesarios una serie de significantes colectivamente disponibles, a partir de los cuales los sujetos operarán. Así, una de las tareas fundamentales de la investigación sostiene un diálogo entre el rastreo etnográfico, y estos sentidos socialmente disponibles que, en mayor o menor medida, detrás de ellos aparecen “velados”.

Por esto, es ineludible poner en cuestión qué rol cumplen los sujetos y las instituciones en la construcción de estos fantasmas, cuáles son las marcas de los diferentes relatos que se encuentran operando, y de qué modos funcionan en este colectivo las significaciones imaginarias rastreadas.

3.5 Las respuestas otorgadas por las significaciones imaginarias

Como hasta aquí se ha desarrollado, la indagación sobre las significaciones imaginarias resulta trascendental a la hora de aprehender e intentar comprender los sentidos construidos y legitimados, históricamente, sobre la idea de lo nacional. Esto nos invita a formular otras preguntas que resulta importante abordar: ¿Qué función cumplen estos “fantasmas” particular y colectivamente? Un esfuerzo por explicitar ¿qué funcionalidad tienen las significaciones imaginarias sobre lo nacional?

Podríamos decir que cada entramado social, entre otros factores, encuentra su distinción y “especificidad” en torno a las preguntas por ¿quiénes somos como colectividad? ¿Quién es el otro? ¿Dónde se encuentra el otro? ¿Qué nos diferencia de ese otro? ¿Qué queremos? ¿Qué deseamos? Entre tantas otras preguntas que funcionan en la delimitación de una Identidad, en tanto *diferente* de otra.

Para existir, cada entramado social necesita dar respuesta a estos interrogantes, que funcionan otorgándole entidad y existencia al mundo social.

Aquí se encuentra el rol fundamental que cumplen las significaciones imaginarias, ya que es a través de éstas que se les otorga sentidos a las preguntas anteriormente planteadas. Se trata de respuestas que ni “la realidad”, ni “la racionalidad” pueden brindar. Por ende, la construcción de las significaciones imaginarias, de los fantasmas, logran dar definiciones y “certezas” a la compleja pregunta por el “¿quiénes somos?”.

En particular, este proyecto se preocupa y se pregunta por la idea de “lo nacional”, entendiendo que allí se condensan las problemáticas en torno a este ¿quiénes somos? Y por asociación inmediata y necesaria ¿quiénes no somos? Se entiende que es la significación imaginaria, el efectivo modo en que se logra construir un fantasma que establece, define y reduce un colectivo increíblemente heterogéneo en un resumen preciso, acotado y delimitado de aquello que se presenta como “lo nacional”. Es en este acto donde se lleva a cabo un proceso de constitución hegemónico, que logra delimitar y legitimar los escalafones entre quienes se encuentran dentro y quienes se encuentran fuera de la definición identitaria.

En términos de Cornelius Castoriadis (2007), la idea de la nación en las sociedades modernas –desde el triunfo del capitalismo industrial–, cumple una función de identificación, mediante una referencia imaginaria absolutamente poderosa, efectiva y “objetiva”: La construcción de *una historia común*. Esta posibilidad –y capacidad–, de la invención, narración y determinación de una historia común, funcionaría como la base de la constitución de los fantasmas imaginarios, que sostienen las conformaciones hegemónicas establecidas.

En estas características residen las demandas de un abordaje que se preocupe por dar cuenta de las complejidades que pone en juego lo fantasmático. Es decir, que la reconstrucción histórica de las significaciones abordadas, resulta imposible de aprehender como proceso comprensible en términos absolutamente lógicos y racionales, ya que se encuentra constituido en torno al imaginario radical, con la complejidad que esto implica.

Por lo cual, para abordar problemáticas como las aquí propuestas, será tarea necesaria incorporar todas aquellas dimensiones que la indagación demande, para lograr interpretaciones holísticas sobre las preguntas realizadas sobre los colectivos problematizados.

Al mismo tiempo, surge la preocupación sobre los modos en que se torna viable la indagación de estos fantasmas imaginarios. La pregunta sería ¿qué mirar para complejizar sobre el plano de las significaciones? Sin dudas aquí las respuestas son múltiples, y dentro de sus propios marcos, cada una de ellas construye su propia legitimidad.

Nuestras preguntas por lo imaginario se sostendrán en las premisas del paradigma indiciario como herramienta teórico-metodológica que se destaca por la capacidad de construir conocimiento a partir de una ductilidad analítica. Una proximidad que se caracteriza por la pregunta acerca de los sentidos compartidos en torno a las propias prácticas. Al respecto, Cornelius Castoriadis (2007:262) sostiene:

“El historiador, o el etnólogo, debe obligatoriamente intentar comprender el universo natural y social de los babilonios y de los bororos, tal como era vivido por ellos, y, al intentar explicarlo, guardarse de introducir determinaciones que no existen para esta cultura (consciente o inconscientemente). Pero no puede quedarse ahí. El etnólogo que ha asimilado ya tan bien la visión del mundo de los bororos, que ya no puede verlo sino a la manera de ello, ya no es un etnólogo, es un bororo –y los bororos no son etnólogos. Su razón de ser no es asimilarse a los bororos, sino la de explicar a los parisinos londinenses y neoyorquinos de 1965, esta otra humanidad que representan los bororos. Y esto, no puede hacerlo más que en el lenguaje, en el sentido más profundo del término, en el sistema categorial de los parisinos, londinenses, etc.”.

Desde estas reflexiones, la respuesta profunda sobre los sentidos construidos en torno a la idea de “lo nacional”, no será una respuesta literal. El

acceso los modos de comprenderlo se encontrará en la reflexión compleja y crítica que se logre construir a partir de la proximidad analítica con los sujetos. Será en el hacer colectivo donde aparecerá como sentido encarnado. La respuesta a estas preguntas estará en la vida cotidiana donde se dará ese hacer social que no es posible desentramar si no a partir de las preguntas de investigación con las que nosotros las atravesamos.

3.6 Significaciones imaginarias en el mundo moderno

La preocupación de esta tesis gira en torno a la pregunta por la nación como significación y estructura imaginaria que, constituida a partir de la consolidación del proyecto moderno, participa activamente en la conformación de instituciones, modos de estar juntos y sentidos legitimados sobre lo social. Desde esa consideración inicial ponemos en tensión una serie de discusiones que nos aproximarán a las aristas del mundo moderno que perviven y permiten –aún y más allá de las suspicacias sobre el supuesto fin de la modernidad– explicar las tramas de nuestros entramados contemporáneos.

Castoriadis (2007:251) sostendrá que “el mundo moderno se presenta, superficialmente, como el que empujó, el que tiende a empujar, la racionalización hasta su límite y que, por este hecho, se permite despreciar –o mirar con respetuosa curiosidad– las extrañas costumbres, los inventos y las representaciones imaginarias de las sociedades precedentes. Pero, paradójicamente, a pesar, o mejor, gracias a esta “racionalización” extrema, la vida del mundo moderno responde tanto a lo imaginario como cualquiera de las culturas arcaicas o históricas”.

De esta forma, el eje central de lo que podríamos denominar “la racionalidad moderna”, se posa en la centralidad de la racionalidad dentro de los modos de percibir el mundo. Así, el silogismo se establece como razonamiento deductivo imperante, organizando las lógicas de pensamiento a partir de dos

proposiciones como premisas iniciales y una conclusión, siempre derivada como inferencia deductiva de estas.

En una línea de continuidad con estos modos de percibir el mundo, se establece a la economía –desde la producción al consumo–, como la expresión por excelencia de la racionalidad del capitalismo y de las sociedades modernas. Pero, al mismo tiempo, la economía, que se presenta como integra, racional y objetiva, se ve construida, validada y sustentada en el plano de lo imaginario.

Esto ocurre desde el momento en que determinados actores se ocupan de narrarla, dotarla de contenido, esculpirla e inmunizarla de todos aquellos agentes que pudiesen “contaminar su objetividad”. En ese movimiento se lleva a cabo su construcción fantasmática, se desecha a los sujetos del funcionamiento de la economía y se instituye una de las significaciones imaginarias fundamentales de la modernidad liberal: el mercado. Desde allí, todos sus derivados constituidos en creencias místicas –mercado de competencia perfecta, mano invisible, división internacional del trabajo, etc.–.

La dimensión imaginaria, en la economía del capitalismo moderno, ocupa un lugar central, aportando justificaciones disfrazadas de racionalidad y objetividad, ya que estas estructuras económicas no podrían sostenerse si no respondiesen a las necesidades que ellas mismas confeccionan continua y sistemáticamente.

Resulta imposible abordar y comprender lo que fue y lo que es la historia humana prescindiendo de la categoría de lo imaginario. Ésta nos permite nombrar y pensar las identidades, las perennidades y reconfiguraciones en las creencias, los factores unificantes y disociantes. El establecimiento y la fijación de la idea de “un rumbo”, de un sentido de la vida. En definitiva, sin ella, resulta imposible abordar la complejidad de “lo real”.

Así habrá una especie de ‘funcionalidad’ de lo imaginario efectivo como una condición que explicaría la existencia de la sociedad. Esa condición de existencia

de la sociedad como sociedad humana forma parte de la vida cotidiana y adquiere sentido en la acción práctica de la cotidianeidad, gestando y reafirmando sentidos que se transformarán en la base de nuevos sentidos que se establecerán sobre lo sedimentado.

4 Nación, nacionalismo y Estado. Discusiones en torno a un significativo vacío. Problematizaciones desde una modernidad en su apogeo.

“El 83% de los alemanes occidentales creían saber lo que era el capitalismo, el 78% no tenía ninguna duda acerca del socialismo, pero sólo el 71% se aventuró a dar una opinión sobre el ‘Estado’ y el 34% no tenía la menor idea de cómo definir o describir ‘la nación’”

Eric Hobsbawm (2012:199) al citar un estudio de opinión pública realizado en la República Federal de Alemania en 1972.

4.1 ¿Qué es una nación? Plataformas para situar nuestras preguntas

Como sostiene Eric Hobsbawm (1990), los últimos dos siglos de la historia humana son incomprensibles si no se aborda y reflexiona sobre el término nación y el vocabulario que de él se deriva. Sin dudas, la nación como idea, como horizonte y como estructura material y simbólica transformó de un modo sustancial los procesos históricos, los modos de organización colectiva, las acciones de lucha y los procesos de identificación de las diferentes comunidades del mundo occidental.

En adelante se planteará un recorrido que propondrá un modo de reconstrucción de los abordajes sobre la idea de nación. Así buscaremos interrogar y reflexionar sobre sus implicancias y reconfiguraciones en el marco de

las transformaciones que en los últimos años viene atravesando el país y la región. Transformación estructural que aquí entendemos bajo la idea de cambio de época.

Si bien la pregunta inicial de la tesis ha planteado la centralidad de la reflexión sobre la idea de nación, se recuperará aquí la noción de nacionalismo como un derivado que necesariamente debe ser abordado. La intrínseca relación entre nación y nacionalismo no hace que los conceptos compitan entre sí, sino que se complementen necesariamente para poder abordar las significaciones imaginarias que en torno a la idea de la nación y la patria se construyen colectivamente.

A lo largo de este recorrido proponemos reconstruir las lecturas fundantes del campo que brindaron respuestas acerca de lo que Hobsbawm (1990) denomina como “el apogeo del nacionalismo”. Al mismo tiempo se avanzará en las lecturas de la denominada “heterogeneidad” planteada por los estudios poscoloniales, como una reflexión sobre los fenómenos políticos en los que la idea de la nación aparecerá relativizada y colocada en una composición múltiple y heterogénea.

Como plantea la frase de Eric Hobsbawm que recuperamos al comienzo,, la pregunta acerca de qué es la nación nos presenta una ambivalencia desconcertante. Por un lado todos entendemos qué es la nación, pero ante el desafío de definirla nos encontramos con una tarea imposible. Sin que esto signifique dejar de creer que existen y forman parte de nuestra vida cotidiana.

Esa certeza de la percepción y del sentido de la cotidianeidad se esfuma ante el desafío de una definición. Esto ocurre porque se trata de un fenómeno eminentemente histórico, que tiene un anclaje imaginario y simbólico que lo hace pervivir en el tiempo como un elemento central de nuestras identidades. Pero que se encuentra en movimiento y en transformación, por lo que no podremos,

tampoco lo pretendemos así, arribar a una instancia de estabilización absoluta del concepto para imponer una definición definitiva y ahistórica.

Ante el movimiento como elemento constitutivo, aquí construiremos una plataforma desde la cual partiremos y avanzaremos en el análisis. La plataforma será un espacio de solidez provisional que nos permitirá avanzar en el análisis y no quedarnos en un sinfín de reflexiones que nos conduzcan a la conclusión inicial de que no es posible una definición de “la nación”, por lo cual se corre el riesgo de abandonar el interrogante. Resulta valioso y necesario retomar la pregunta por la nación, y aquí nos enfrentamos con esa empresa.

Este recorrido no es un trayecto histórico, lineal y “evolutivo” de las reflexiones sobre la nación. Se trata de una trama densa, contradictoria y plural de perspectivas y conceptos que intentan constituir los marcos de contención de la problemática que nos preocupa en esta tesis: la reconstitución de la relación entre nación y Estado en el cambio de época.

Por las dinámicas sociales, las plataformas políticas, y las características de los movimientos en disputa se recrean y tienen características particulares, propias de la adaptación de los proyectos a los tiempos históricos. Por ello, es fundamental que se piense a la nación del modo intuitivo que el paradigma indiciario nos invita a recorrer. Es decir que el rastreo reconstruirá, a partir de los indicios, los valores del tiempo histórico analizado en articulación con las dimensiones históricas

De esta forma, se realiza una inversión total del sentido con el cual la mirada más convencional analiza a la nación: tomando categorías extemporáneas que en algunos casos son forzadas para adaptarse a la actualidad. Generalmente este es el mecanismo de la narrativa de derecha que toma conceptos de la revolución de mayo y los aplica al siglo XXI sin mediación ni adaptación.

El paradigma indiciario permite la inversión del lugar en el cual se coloca el telescopio. La mirada ahistórica observa desde el pasado el presente, por ello manipula sus relatos a partir del punto de origen de esa mirada.

En cambio, la mirada del paradigma indiciario debe colocar el telescopio en el presente, observar el presente y desde allí buscar los elementos de la historia que explican ese presente. Luego, con otro movimiento, mirar hacia adelante en el sentido de pensar los caminos de emancipación y dar el salto científico-político respecto del para qué investigamos.

¿Qué es una nación? ¿Qué es nuestra nación? ¿Cuáles son los proyectos para nuestra nación? Serán preguntas que se podrán responder sólo y sólo si se analizan con una mirada situada en el tiempo histórico y con la decisión de crear las categorías que sean necesarias para explicarla.

4.2 Nación: inicios del esfuerzo por comprender un fenómeno inaprehensible. Intento de una propuesta anfibia.

Ernest Renan, en un temprano 1882 brinda una conferencia bajo el título “¿Qué es una nación?”, obra que será la piedra fundamental de la reflexión sobre la nación. Sorprende la actualidad de sus reflexiones y, por ende, la profundidad y claridad al momento de pensar un proceso que en ese momento se encontraba en una instancia de ebullición y transformación. Por ello, resulta fundamental partir de este texto como una de las obras fundamentales que intentan dar respuesta a un interrogante que constituye un problema ¿Qué es una nación? ¿Qué sería una nación?

Sin dudas, el interés que nos moviliza a desarrollar este escrito no es el de encontrar una definición terminante y de clausura, ni el de establecer un orden taxonómico que organice una escala de “elementos a tener en cuenta para constituir una nación”. Muy por el contrario, el recorrido se propondrá como un

ejercicio de reflexión sobre las múltiples formas y miradas acerca de este complejo fenómeno, para aproximarnos a los diferentes modos en los que se la ha concebido y ha sido reconfigurado.

Una idea tan potente y múltiple como la de la nación se nos vuelve de una naturalidad imperante en nuestro cotidiano, ya que se encuentra presente en nuestras vidas como una de las definiciones primarias de nuestra identidad. Como ocurre con cada uno de estos elementos de una trascendencia tan potente, sabemos qué es la nación cuando no se nos pregunta sobre su significado, pero no podemos explicarlo ni definirlo muy rápidamente luego de que se nos indague sobre su significado.

Allí radica uno de los ejes fundamentales de esta pregunta. La indagación por la nación implica preguntarse por uno de los elementos simbólicos más importantes en el entramado de configuraciones identitarias. Por ende, una de las claves en torno a las cuales se estructuran los modos de relación, las subalternidades, las distinciones, en definitiva las legitimidades e ilegitimidades.

Renan, con una gran anticipación a las reflexiones que sobre la problemática se harán, da por tierra a todas las explicaciones esencialistas de la creación de las naciones, al afirmar que para esto no basta con la raza, la lengua, los intereses, la afinidad religiosa, la geografía, las necesidades militares, etc.

“Una nación es un alma, un principio espiritual. Dos cosas que, en verdad, tan sólo hacen una, constituyen esta alma o principio espiritual. Una está en el pasado, otra en el presente. Una es la posesión en común de un rico legado de recuerdos; otra es el consentimiento actual, el deseo de vivir juntos, la voluntad de seguir haciendo valer la herencia que se ha recibido indivisa [...] haber hecho grandes cosas juntos, querer aún hacerlas” (Renan 2000:65)

La complejidad (la imposibilidad) que nos significa el desafío de aproximarnos a una definición sobre lo que una nación es, da cuenta de la potencia de este significante nutrido constantemente por diversas interpretaciones.

Más allá de esto, la empresa no es abandonada, sino que necesita ser retomada con más fuerzas y más preguntas. Renan nos proporciona una clave central: la idea de un nosotros, de un colectivo que más allá de sus heterogeneidades se constituye como elemento identitario central en nuestras vidas, marcará nuestro pasado y se conectará con nuestras decisiones futuras.

Ahora bien, el interrogante continúa en torno a la complejidad, la multiplicidad de aristas en las que se manifiesta, se presenta, se define, configura y reconfigura una nación. La pregunta sobre qué es una nación no tiene una única respuesta, no hay respuesta correcta. Existen una multiplicidad de aproximaciones, intentos, acercamientos, sospechas, prejuicios e intuiciones que sin dudas hacen a la explicación de lo que una nación sería, pero ninguna de ellas implica una respuesta global, certera y acertada.

Una nación es lo que las dinámicas sociales son: caóticas, contradictorias, desafiantes, inabarcables y inaprehensibles al mismo tiempo. Por ello es necesario comprender que partimos de un caos que se nos presenta como imposible, pero se pueden construir caminos para dar cuenta de él.

Así como el mar y la imponente de su inmensidad nos intimida con su presencia inabarcable e irrepresentable, la problematización de la nación como idea nos pone ante la misma situación. Sin embargo, los hombres construyen los artefactos necesarios, ensayan y perfeccionan los elementos que le permitan navegarlo, se entrenan y recurren incesantemente a las experiencias que hacen a una tradición de conocimientos sobre el mar, crean las tecnologías para navegarlo, perfeccionan sus mapas y recorridos.

De ese mismo modo, aquí nos propondremos perfeccionar las herramientas necesarias para intentar dar cuenta de ese desafío intimidante que sería pensar la nación. ¿De qué manera? Estableciendo criterios de aproximación y certeza que nos permitan avanzar en las discusiones y problematizaciones que nos ayuden a

pensar cómo la idea de la nación forma parte importante de la construcción de imaginarios y percepciones sobre la vida social.

Tal como sostiene Hobsbawm (1999), ante la imposibilidad de una definición objetiva, se han ensayado intentos de definiciones subjetivas que, de algún modo, den cuenta de lo que una nación es.

Esta definición subjetiva se ha desplazado por dos andariveles, por un lado un intento de **definición subjetiva** pensando lo colectivo. Es decir que –al modo de Renan– se sostendría que la nación es un plebiscito diario, por ello la decisión colectiva se ve unida a la idea de una historia y unos proyectos en común. Por otra parte, una opción **subjetiva individual**, que sostendría la primacía de una libertad particular, por la cual cada sujeto podría optar por una nacionalidad.

Ambas opciones no logran explicar qué sería una nación, sino sumar algunos interrogantes y aristas a la pregunta. Es decir que la limitación de tener que optar entre una u otra mirada nos dará siempre una mirada incompleta.

La opción por reflexionar desde las dimensiones subjetivas reduce la complejidad de este magma sólo a la voluntad de los sujetos. Afirmación que resulta endeble al centrar la mirada sobre el fenómeno a posteriori (sólo se puede pensar a partir de la existencia de naciones conformadas, consolidadas y supuestamente estancas), y con un fuerte peso voluntarista (con la voluntad de pertenecer a una nación, individual o colectivamente, sería suficiente).

Nuestra consideración sobre esta fragilidad radica en la pretensión de una explicación dada exclusivamente por la dimensión subjetiva que quite de la consideración los elementos histórico sociales, asumiendo la posibilidad de una mirada voluntarista, de supuesta “libertad absoluta” del sujeto en sus decisiones. Decisión que encorseta los análisis y no nos permitirá contener en nuestro trabajo las condiciones históricas y los diálogos que enmarcan las identidades.

Tanto los intentos de definición objetivos, como los intentos subjetivos, no logran dar cuenta del magma que una nación es. Dado esto, la opción debe ser una alternativa anfibia, que no absolutice su reflexión desde una única mirada, y que –al mismo tiempo– se valga de las respuestas que ambos abordajes pueden proporcionar para avanzar en una lectura compleja sobre el fenómeno.

La crítica a la visión funcionalista no parte de una aseveración que desconozca que las instituciones cumplen funciones vitales por fuera de las cuales no es posible la existencia de las sociedades. El cuestionamiento se dirige a la pretensión del funcionalismo por reducir la vida social a las instituciones establecidas (olvidando el carácter de constitución social de las mismas), suponiendo que podría comprenderse todo el funcionamiento sólo desde la mirada puesta en las estructuras, dando por tierra la agencia de los sujetos.

Las respuestas que la mirada objetiva y subjetiva dan sobre lo que una nación sería, no resultan incompatibles ni contrarias por definición. Son respuestas necesariamente complementarias, necesariamente complementadas por la mirada del investigador que ponga énfasis en complejizar las tramas con las que debe enfrentarse. Una posición que en Hobsbawm puede leerse como el agnosticismo necesario para investigar.

4.3 La definición, su carácter histórico y los proyectos políticos

Hobsbawm asume que para avanzar con las indagaciones del campo debemos partir de una definición amplia que permita asumir como nación a cualquier conjunto de personas suficientemente nutridas, cuyos miembros consideren que pertenecen a una “nación”. Esta primera afirmación permite establecer una contención general a múltiples y diversas formas de comprender la nación.

Con el fin de ajustar nuestra herramienta analítica, deberíamos sumar a esta tesis primaria una pluralidad de posibilidades que se contendrían en la variable de pertenecer y, también, definirse por la pertenencia a una nación.

La definición primaria de qué sería una nación estará dada por la existencia de un conjunto de personas, lo suficientemente nutrido, que se enlaza e identifica en torno a esta pertenencia. Allí encontramos una coordenada que define el parámetro inicial, la condición primordial que constituye lo que sería la piedra fundamental sobre la cual luego se edificarán, a partir de sedimentaciones histórico-sociales, diferentes capas que le darán estructura y contenido a esta narración.

Por ello, más allá de las motivaciones iniciales y las características de esos iniciadores, la aparición de un grupo de portavoces de alguna “idea nacional” no es insignificante, es la instancia de creación de una idea. Como sabemos, se trata de dinámicas sociales y las mismas se definen por ese carácter fluido: la dinámica, la creación, la invención. Luego, sobre/acerca/desde esa invención tendrá lugar el conflicto en busca de otorgarle sentido a esa idea originaria.

Esta problematización en las afirmaciones de Hobsbawm será clave, porque permite situar el modo y el proceso macroestructural por medio del cual se constituiría una nación. De este modo podemos comprender que la nación no antecede al nacionalismo, sino que sobreviene como producto del núcleo de ideas originarias que podríamos llamar nacionalismo. Es decir que el nacionalismo antecede a la nación en esta instancia originaria de creación que estamos imaginando juntos.

El nacionalismo moderno se constituye de este modo, supone un principio que afirma que la unidad política y nacional debería ser congruente y conlleva una serie de “derechos y obligaciones”. La denominada lealtad a la patria, como principio clave del proyecto moderno, se impondrá a las demás obligaciones públicas de cada ciudadano en su relación con la idea de nación. En los casos

extremos como las guerras, claramente la idea se impone por sobre cualquier otro tipo de necesidades, poniendo en juego las propias vidas particulares por el sostenimiento de esta significación imaginaria.

Aquí nos encontramos reflexionando y reconstruyendo la instancia iniciática de la nación y el nacionalismo en su configuración moderna. Una instancia marcada por la preponderancia del proyecto moderno como organizador de la vida social y, por ende, potente constructor de significaciones imaginarias.

Sentidos construidos sobre las bases más sólidas del proyecto moderno, la convicción de un sentido único y ascendente de la historia, el convencimiento en un progreso absoluto de la sociedad, la consolidada legitimidad y el incuestionable lugar de las instituciones organizadoras de la vida social.

Por esto, debemos comprender que las reflexiones que realicemos para pensar conceptos tan potentes como es el caso de la nación, deberán partir de la ligazón indisoluble de estas reflexiones con las condiciones históricas que lo contienen. La transformación de las condiciones históricas con la crisis profunda del proyecto moderno, esa derivación que podemos nombrar como “posmodernidad”, significó y significa una transformación en las significaciones imaginarias respecto de la nación.

Estas transformaciones reconstituyeron la relación con la nación y el nacionalismo de modos que se ha intentado explicar en diferentes esfuerzos interpretativos, pero en todos ellos no se arriba a una lectura concluyente respecto de la potencia simbólica de esta idea. Uno de los puntos centrales que nos impulsa hacia estas reflexiones es la capacidad de pervivencia de la idea de nación, a pesar de la crisis que indudablemente envolvía a las certezas de la modernidad.

Como ocurre regularmente, se centra en la figura de Francis Fukuyama, y su aseveración sobre el supuesto fin de la historia, como paradigma de aquella epistemología que intentaba instalar la supuesta disolución de la modernidad.

Sobradamente, y con absoluta justicia, esta burda aseveración ha sido impugnada y debidamente desestimada como herramienta para las reflexiones sobre lo social.

En una entrevista brindada por Cornelius Castoriadis en 1992, el autor planteaba el desconocimiento sobre el devenir de la historia universal que se materializaba en la soberbia expresión de Fukuyama. Decía Castoriadis (2006:23): “Si hoy constatamos una atonía, incluso una atrofia de las luchas nadie puede decir que sea éste el estado definitivo de la sociedad. Apenas se había secado la tinta de los textos de Fukuyama cuando su idiotez quedaba ruidosamente demostrada por la historia”.

La segunda definición clara sobre los marcos generales para comprender qué es una nación será su capacidad de transformaciones constantes y profundas. Por ello, una nación deberá ser pensada en su tiempo histórico, con referencia a lo que la nación es en el momento histórico exacto de nuestra investigación.

Nuestra formación epistemológica está dada en torno a la condición fundamental de lo histórico-social cuando comprendemos los fenómenos simbólicos e imaginarios. Por ello, nuestra perspectiva plantea que indefectiblemente los fenómenos sociales se constituyen como creación, a partir de una trama diversa, contradictoria y conflictiva: la trama de la historia. Desde ese peso histórico se crearán los nuevos sentidos que habiten la idea de la nación en el curso de los procesos políticos contemporáneos.

Actualmente podemos hablar del nuevo tiempo latinoamericano, de una re narración de los Estados-nación desde un sentido continental, que se ven contenidos por referencias a ideas como justicia social y emancipación. Esa plataforma es actual, tiene características y matices producto del devenir histórico. Se ve esto en la confianza y revalidación de la democracia como mecanismo de gobierno que legitime las decisiones políticas de este rumbo descripto, en lo que podría ser una alianza de clases irreconciliables, contenida por la legitimidad de los mecanismos republicanos.

Estas características particulares son sin dudas características esculpidas de la piedra de la historia. Las enunciaciones públicas recuperan la condición histórica de estos procesos. El Presidente Hugo Chávez, en el caso argentino, enumera la serie histórica comenzando por Bolívar, San Martín, Moreno, Belgrano, “el che”, Perón, Evita, Néstor y Cristina. En esa enunciación claramente la nación aparece narrada a partir de una piedra que Chávez en este caso continúa esculpiendo.

Esa confección parte de una gama múltiple y heterogénea de colectivos políticos que podrían encontrarse en este elemento común de una tradición de movimientos de carácter emancipatorio. De allí provienen las ideas, proyectos y nortes políticos que configurarán los imaginarios respecto de lo que sería el proyecto de nación. La narración une diferentes momentos históricos bajo un sentido compartido.

Estos imaginarios estarán en pugna constante (incluso hacia el interior de los mismos movimientos políticos) por el significante que complete –en los términos de Laclau– cuál es el sentido legítimo de nación y qué proyecto prima en ese momento histórico tomando las decisiones de los rumbos macro políticos.

En definitiva, se tratará de la disputa por la primacía de un proyecto político para la nación. Esa primacía deberá darse en los términos de una discusión política que –en estos tiempos en los que la salida militar no es una operatoria factible para los sectores dominantes– se salda por la vía democrática.

Cuando hablamos de un proyecto político nos referimos a la configuración múltiple que de modo holístico contiene un proyecto económico, social, productivo con su correspondiente modelo de justicia, expresado en la disputa partidaria de algún modo (partido, frente, alianza, etc.).

El foco de esa discusión estará dado por quién puede tomar decisiones sobre el sentido y la orientación del Estado-nación. Más allá de la matriz pro achicamiento del Estado por parte de los proyectos de tipo liberal que se

encuentran en disputa, estos sectores jamás desestimaron la importancia de manejar los hilos del Estado para asegurar que su proyecto y sus intereses se vean cuidados. El mensaje es claro, el Estado es innecesario si los sectores dominantes no lo tienen en su poder.

Circula con frecuencia en Argentina una afirmación de Héctor Magnetto (CEO del grupo Clarín) donde éste le dice al ex presidente Carlos Menem que la presidencia es un puesto menor para él. Las interpretaciones derivadas de esta anécdota se han orientado hacia una batería de afirmaciones que sostienen que eso cristalizaría un supuesto desinterés de la oligarquía y los sectores corporativos por el Estado, ya que las decisiones macro económico-políticas se tomarían en otros lugares.

Esta derivación es un error de cálculo, ya que las oligarquías comprenden perfectamente el valor del manejo de los mecanismos del Estado. Por esto, siempre ha sido su obsesión manejarlo, de manera directa con sus dirigentes políticos, o de manera indirecta a partir de alianzas estratégicas con representantes políticos que respondan y satisfagan a sus intereses.

Lejos de aquella supuesta apatía y despreocupación por el control formal del Estado, la historia política de América Latina demuestra sobradamente que las elites siempre han estado interesadas y preocupadas por el control del Estado. La proliferación de golpes de Estado y el asedio constante a los gobiernos de corte progresista son indicadores claros de la preocupación por tener el control de los hilos del Estado en su poder.

Más claro se vuelve cuando vemos, en el caso argentino en particular, la presencia de representantes asociados claramente con los sectores corporativos nacionales incorporándose a la disputa electoral. El caso más emblemático será el de Mauricio Macri en la ciudad de Buenos Aires, con constantes enunciaciones sobre una posible presidencia.

La memoria histórica, sin dudas, guía estas preocupaciones. Las experiencias de movimientos políticos que han pugnado por ejercer reparaciones históricas, consolidar marcos de igualdad y justicia social, se valieron en su mayoría de las herramientas del Estado. De hecho, lo hicieron factible. Las experiencias del yrigoyenismo y del peronismo emancipador se forjaron a partir de las herramientas del Estado, por ello tienen una impronta soldada a la dimensión de lo público como elemento fundamental.

En este sentido, se vuelve inevitable la conexión con las últimas dictaduras militares en América Latina que respondieron claramente a intervenir los mecanismos del Estado para frenar el avance y ocupación del mismo por parte de los movimientos políticos de carácter de proyectos políticos emancipatorios latinoamericanos.

4.4 Lo territorial, los límites de los mapas y las significaciones imaginarias

Tal como plantea Hobsbawm (2012), la vinculación entre nación-Estado-pueblo, particularmente la idea de pueblo soberano, se dará indefectiblemente en relación a un territorio. La dimensión territorial será una de las bases de la definición identitaria en cuanto a lo nacional. La articulación simbólica entre nación y territorio será una base del proceso de definición identitaria, ya que establece límites tangibles a la idea que fuese el impulso inicial para la creación de la nación.

Tal como sostuvimos anteriormente, el nacionalismo precede a la nación, esto pertenece al plano de las ideas, en esta instancia la nación sólo existe en la mente de aquellos que la están pensando e imaginando. Imaginación no entendida como iluminación en el plano de la creación, sino como sentido y objetivo político histórico que da origen a este significante que llamamos nación.

La incorporación de lo territorial será el paso siguiente en la concreción de lo que entendemos como Estado-nación. Parte fundamental porque será el

territorio que delimite y marque todo el contenido simbólico que la constitución imaginaria procederá a crear.

Tal como sostiene Edmund Morgan (2006:42) “En los siglos XVII y XIX la ficción de la representación fue en ocasiones explicada y defendida como un medio por el cual todos los diferentes ‘intereses’ económicos o sociales en un país tenían una voz en su gobierno, pero la representación en Inglaterra y Norteamérica nunca se basó en realidad en otra cosa que no fuera comunidades geográficamente definidas”.

Por un lado, el territorio oficiará de límite y arbitro al momento de la definición del “nosotros” en relación directa con esa convención. La idea del límite que divide y –en ese mismo acto– distingue, planteará la consolidación del nosotros por el proceso dialéctico de establecer con claridad la otredad: el otro que constituye y reafirma mi identidad.

En los casos indagados la vinculación político-emocional con lo territorial será fundamental. En términos de relatos construidos desde el Estado, la referencia a lo territorial y al límite es clave. La reconstrucción de las batallas en las fronteras ante el avance de los invasores es fuertemente una cuestión territorial. La defensa por la libertad del continente opera justamente en términos de protección territorial de los derechos consagrados, no como proyecto emancipador universal como en el caso de Estados Unidos y la construcción de su relato del destino manifiesto.

En los casos de producciones audiovisuales sobre Manuel Belgrano⁵ y José de San Martín⁶, la noción continental sobrevolaba como un fantasma y un sueño de los próceres recuperados por estos relatos. En términos efectivos se presentaba como un proyecto y un anhelo esbozado, pero la construcción del relato resume de modo claro que la lucha es una lucha nacional, que la pelea en

⁵Nos referimos a la película “Belgrano” (2010)

⁶Nos referimos a la película “Revolución: el cruce de Los Andes” (2010)

esta instancia estará dada por la protección heroica de lo conseguido como logro para un proyecto de nación.

En la película dedicada a reconstruir la vida de Belgrano el caso resulta aún más manifiesto, ya que incluye la creación de la escarapela y la bandera, paradigmas de los símbolos nacionales. Símbolos establecidos como modo de diferenciación para contribuir a la defensa y afianzamiento del territorio nacional, a través del enfrentamiento con las fuerzas que ya ocupan el rol de “invasoras”.

La relación con lo territorial será una relación histórica, por ende se construirá también, como una relación afectiva. Las identificaciones se edifican de múltiples formas, la dimensión afectiva será un importante elemento a observar, ya que contiene un tipo de lazo perdurable en esta relación territorio-nación.

Con esto queremos decir que no habrá una relación meramente formal y de imposición que explicará la identificación exclusivamente por la diferencia y por otros elementos de las relaciones sociales. Los planes de fomento del INCAA en Argentina estimulan las producciones federales como un modo de recuperar las historias de diferentes territorios que hacen a la nación, intentando horadar el histórico centralismo que en torno a la ciudad de Buenos Aires se ha constituido.

Una de las series producidas, bajo el nombre de “gente de Río” navega el río Negro desde su nacimiento hasta la desembocadura en el Océano Atlántico. En ese recorrido se producirán encuentros con diversos pobladores de las orillas que construyen otros paradigmas culturales compartiendo la necesidad de cuidar el río.

Ese recorrido es, también, un viaje por conectar los diferentes puntos del territorio. Al mismo tiempo, el relato se constituye por la relación afectiva, se trata de la recolección de relatos de personas que aman el lugar donde viven. Por ende, no se trata sólo de un mandato o una definición taxonómica que establece esa relación, se trata de una relación sentimental y afectiva, dimensión que forma

parte del magma en el cual se constituye esto que aquí entendemos como “lo nacional”.

Michel Serres (1988:88) reflexionará sobre la idea de las “realidades”, en ese ensayo reconstruye un diálogo denominado “policía fluvial” que a continuación reproducimos para avanzar con el planteo previo:

“-Usted bromea. Nunca podremos trazar esa carta.

-Ahora mismo diré cómo. Querría hablarle de mi hermano.

-Olvídese de su hermano. Olvide su discurso ¿con qué derecho habla usted así? ¿Tiene algún título? ¿Qué sabe usted de la realidad?

-Mi hermano no conoce el mar, sino el río Garona. Vive de él, con él y en él desde que nació, con un padre que, un día, murió junto al río, tras haber vivido allí cincuenta años. ¿Cree usted que lo conoce?

-¿Tiene algún título? Si no lo tiene, lo despedirán.

-No lo tiene, pero día y noche mí hermano está junto al río, trabaja en el río, conoce todos sus cañizales, sauces y chopos, ha comprobado la situación de los bancos y ha salvado la vida de la corriente impetuosa de las crecidas. Dígame, ¿lo conoce?

-No, lo despedirán de su trabajo y de su vivienda. La administración ya lo ha decidido.

-¿Pero la administración conoce el río?

-Sí, tiene expedientes, cifras, informes. Despedirán a su hermano.

-¿Lo real será el conjunto de esas cifras y esos expedientes? Mi hermano nunca ha visto, a orillas del río, a ninguno de los que hacen los expedientes a ninguno de esos hombres pálidos con lenguaje.

-Son los únicos que conocen, le digo. A veces, los días de fiesta, van al club de vela, a navegar en un fuera-borda. Despedirán a su hermano. Además, antes de irme le diré que la respuesta a la pregunta de Le Monde es clara y sencilla. La realidad es lo que dice la administración. La administración define lo real. Y punto. Y a usted, como a su hermano, algún día lo despedirán de su supuesta realidad. Me irrita usted. No entiende nada de las lenguas ni de sus logros.

-Pero...”

Lo territorial se constituirá en estos intersticios, en las grietas que se abrirán y convivirán entre los mapas que confecciona la administración (el Estado) y los mapas imaginarios que aquellos habitantes de la vera del río construyen en su

cotidianeidad vivida en esos territorios. Los lazos afectivos, las mitologizaciones, las historias capaces de atribuir valor simbólico serán, también, parte constitutiva de la confección del territorio que nace cabalgando entre ambas dimensiones.

4.5 Proyectos económicos y nación

Si reflexionamos sobre los elementos que constituyen el armazón que funcionará como estructura de la nación, la economía será uno de los elementos fundamentales y trascendentales. Dependiendo de nuestra perspectiva epistemológica podremos considerar la diferente centralidad de esta dimensión al reflexionar sobre nuestras naciones. El materialismo histórico no duda acerca de la centralidad fundamental de este elemento, de hecho llega a considerarlo el punto de inflexión que explica todas las dominaciones.

Nuestra concepción sobre lo social admite la importancia y trascendencia de este elemento, pero debemos pensarlo en su articulación con la multiplicidad de factores que hacen a la configuración simbólica sobre la nación. Las relaciones económicas sin dudas serán condicionantes para la configuración de las relaciones de clase, pero esto no quiere decir que puedan explicar la totalidad de los procesos que, al mismo tiempo, operan en la construcción de estos entramados.

Por esto, consideramos fundamental pensar las relaciones económicas, poner el foco en ellas. Pero realizar este movimiento con la atención de reparar sobre cualquier tentación determinista que pueda arrastrarnos a enunciados que desconozcan el peso de lo simbólico y lo imaginario en este tipo de fenómenos. Hecha esta aclaración epistemológico-política, consideramos imprescindible un recorrido por la cuestión económica, ya que esta formará parte esencial del magma en el cual se cruzan los proyectos en disputa.

La misma existencia del Estado implica el monopolio de la moneda y las finanzas públicas, por lo cual su constitución económica es clara. El liberalismo tendrá un importante protagonismo en la configuración de estas características, ya que entenderá prontamente que la fragmentación de la humanidad en naciones será valiosa para organizar lo que luego conoceremos como lógicas del mercado. En este sentido, debemos hablar de la economía nacional como el modo de organización productiva de cada Estado-nación.

Como lo explica Hobsbawm, la nación moderna formará parte de la ideología liberal, podríamos decir que se constituyen juntas, o de la mano una de otra. Como la nación emerge, consolidándose como la novedad y la amenaza a los órdenes existentes, tendrá la oposición de conservadores y tradicionalistas que la rechazarán. Ante ese escenario, la articulación entre nación y liberalismo será condición de existencia de cada una de ellas.

El proyecto económico será central en el debate de proyectos que hemos descripto como constitutivo de la pugna por otorgar sentido a la nación. Hobsbawm deja en claro el origen de la vinculación entre la creación de las naciones y el liberalismo. Sin embargo, como entendemos la dinámica de los procesos sociales, no es posible asumir que esto pueda significar una determinación acerca de las características del modelo económico que contenga cada Estado-nación.

Por ello, cada proyecto político que se constituya y participe de la arena política en busca de darle sentido a la idea de nación, contendrá un proyecto económico que delimitará las características socioproductivas. Proyectos que, sin dudas, se encuentran articulados con las condiciones y tradiciones histórico-sociales. A partir de esa plataforma, cada proyecto político hará las lecturas y proposiciones que consideren estratégicas.

Como ya lo han descripto con claridad múltiples autores, Argentina tendrá como matriz económica preponderante al modelo agroexportador. La primacía de

la oligarquía ganadera, la constitución de una nación que se creaba para un desierto, como afirmara Halperin Donghi (1995), atribuyeron a nuestro país las mismas características que el sistema colonial había impuesto al resto de América Latina: la condición de proveedor de materias primas.

Por las características de sus condiciones naturales, el territorio del Río de La Plata no sufrirá las vejaciones de la extracción sin límites de los recursos naturales de los países del continente. Saqueos perpetrados en relación con las oligarquías nacionales que se iban conformando y sostenían sus lugares de poder cuidando los intereses de las coronas.

Sin embargo, el modelo de división entre países productores de materias primas y países productores de manufactura era un modelo que se impondría, también aquí, de la mano de la oligarquía nacional. El modelo extractivo se constituirá de igual manera, aunque con otros métodos y otros tiempos, pero siempre con los mismos actores protagónicos: las oligarquías agroexportadoras.

Con los comienzos de la constitución de la nación y su andamiaje económico, la característica productiva que se impondrá será la de la defensa del liberalismo en su sentido más agudo. El relato alimentará una naturalización de la condición de proveedor de materias primas como condición natural. Sabemos que el engaño de la homologación de los fenómenos sociales a condiciones naturales será una de las herramientas fundamentales del liberalismo para imponer sus leyes y sus limitaciones como si se tratase de una determinación incuestionable.

Los mejores alumnos de la violencia ejercida por el modelo económico impuesto serán los representantes de la oligarquía nacional. La misma utilizará este discurso esencialista para justificar cada una de sus arbitrariedades y actos de violencia por sobre toda otredad. En términos macro, la discusión sobre el proyecto económico tendrá como primer elemento de discusión la factibilidad del modelo productivo en relación con la historia y tradición nacional.

Los proyectos conservadores mantienen su convicción en la invariable ley natural que determina la producción primaria como único horizonte. Modelo productivo que se basa en garantizar las altas rentabilidades a los propietarios de la tierra. Al mismo tiempo, este modelo posiciona a las oligarquías absolutamente por fuera de la pregunta por la mera supervivencia del resto de la población, cuando su modelo agroexportador genera desigualdades incontenibles,

Los proyectos políticos se constituyen holísticamente, con una matriz económica al mismo tiempo. Por ello, la insistente afirmación de las clases liberales por sostener unas supuestas condiciones naturales respecto del funcionamiento de la economía.

La tendencia hacia la naturalización se encuentra en la misma línea que la construcción de la etnicidad política, un modo de la construcción hegemónica que intenta naturalizar cuestiones que se corresponden con el ámbito de la vida política para, de esta manera, anular la posibilidad de una discusión sobre esto que se presenta como una verdad dada e indiscutible.

El cambio de época tendrá una marcada línea de acción sobre la condición económica. En esta idea del encadenamiento histórico de proyectos emancipatorios, la apuesta productiva y discursiva de los países del cambio de época será por un proceso de industrialización creciente y una marcada tendencia a estimular el consumo local, el acceso a esos bienes por parte de las clases populares y, al mismo tiempo, el incremento de la producción de manufactura desde los países latinoamericanos. Aquí estará en juego una de las dimensiones centrales del proyecto político en su definición respecto del modelo de nación en pugna.

4.6 La definición como relato colectivo

“De lo que se trata es de demostrar cómo el “hombre” ha sido producido en los tiempos modernos; cómo el sujeto ‘humano’ –es decir, el portador de un identidad humana sin distinciones– surge en ciertos discursos religiosos, se encarna en prácticas jurídicas y se construye diversamente en otras esferas. La comprensión de esa dispersión es la que nos puede hacer entender la fragilidad de los mismos valores ‘humanistas’, la posibilidad de su perversión a través de su articulación equivalencial con otros valores y la limitación de los mismos a ciertas categorías de la población”

(Laclau y Mouffe; 2010:158)

La instancia de la construcción de un relato que contenga en su interior la convicción de la edificación de un proyecto político, tendrá una serie de elementos y momentos en su conformación. Constitución que tendrá una íntima relación con la definición de una narración sobre un modo y unas características del “estar juntos”, con su base en una instancia colectiva. En el rastreo de esta complejidad, un elemento central será el núcleo identitario que podemos comprender como “la definición”.

Como planteamos anteriormente, alcanzar una definición que contenga de manera holística las múltiples complejidades que constituyen a la nación no será un deseo ni una pretensión de esta investigación. Lo que podríamos comprender como “la definición” tendrá un lugar preponderante al momento de pensar los modos de constitución del núcleo identitario que conforme una narración sobre lo nacional.

Por “definición” entendemos a la instancia en la que confluyen y se ordenan una multiplicidad de factores. Aquella instancia en la cual, a partir de una historia en común (una serie de procesos histórico-sociales compartidos y asentados simbólicamente) se elaborará una enunciación –en términos de voluntad– que

narre al colectivo a partir de la pertenencia a una nación. En este sentido, será la idea de la nación la que funcione como elemento que define la cohesión del colectivo, y funcionará vertebrando la construcción de relatos identificatorios.

Debemos detenernos en la importancia destacada que la significación imaginaria de la nación tiene en nuestros entramados sociales. La afirmación de una pertenencia nacional forma parte de una **necesidad primaria de constitución identitaria**. La pertenencia a una nación no se presentará como una opción más, al mismo nivel que cada una de las demás identificaciones que nos constituyen, la definición de este carácter ante la mirada del otro será medular.

Esta condición primordial en la configuración identitaria del colectivo constituye una base de certidumbres respecto de las apuestas de esta tesis. Cuestión que nos reconfirma la importancia y la necesidad de retomar las problematizaciones sobre la idea de nación como eje central de nuestras preocupaciones por comprender los modos contemporáneos de construcción de hegemonía.

Las configuraciones identitarias son fenómenos duales. Por un lado, tendrán una impronta persistente de las marcas que desde la estructura tallan lo que una nación sería. Por otra parte, los usos, apropiaciones, reconfiguraciones y narraciones con los que los sujetos (desde abajo, al decir de Hobsbawm) dialogan, participando en la construcción de lo que este magma sería.

Así, los esfuerzos estarán puestos en un tipo de reflexión que ponga en diálogo ambas dimensiones de las construcciones sociosimbólicas que ordenan las percepciones sobre la pregunta de qué es una nación. No es posible reflexionar sobre la idea de la nación observando sólo el modo de la narración, ya que esa configuración discursiva se constituye exclusivamente en el diálogo y en el cruce de ambas dimensiones, en ese cruce estará contenida toda la conflictividad constituyente del magma en el que se configura la idea de la nación.

La problemática estará dada por la relación entre **la institución y lo simbólico**. Todo lo que se nos presenta en nuestra vida cotidiana está indisolublemente tejido a lo simbólico. Esto no quiere decir que sostengamos que lo simbólico prime por sobre lo material, sino que su constitución es la red que los relaciona. Las instituciones y los actos materiales que definen y ordenan nuestras vidas son imposibles fuera de una red simbólica.

Tal como sostiene Castoriadis (2007), las instituciones no se reducen a lo simbólico, pero no pueden existir más que en lo simbólico, resultan imposibles fuera de una red simbólica que les otorga sentido. Esa red simbólica es una red histórica, por lo que cada símbolo se edifica sobre las bases de las estructuras simbólicas precedentes, se vale de sus materiales y, a partir de ellos, reelabora constantemente nuevas significaciones.

En esta construcción histórico-social y colectiva de las significaciones sobre la nación, es necesario comprender que esta creación de nuevas narraciones no tiene la volatilidad de que cada significación sea factible de constituirse de cualquier modo. Será el imaginario radical el insumo que permita la producción de significaciones imaginarias, que funcionen como modos de configuración de ideas movilizantes, que logren ser el insumo para la constitución posterior de un proyecto político.

El imaginario radical permite nombrar las creaciones de significaciones imaginarias en torno a aquello que no se nos presenta como “lo real”. Será, entonces, el lugar donde se permitirá la posibilidad de la creación, por ende de la puesta en existencia de lo no-existente, para luego convertirse en proyecto colectivo.

Este fantasma existe en principio como significación imaginaria, y puede luego construirse como núcleo de significaciones posteriores sobre las cuales se apoyen y sedimenten nuevos fantasmas. La indagación sobre lo imaginario radical se vuelve un factor central en el análisis de esta investigación, ya que la reflexión

sobre la idea de “lo nacional” pertenece a este plano, funciona como un fantasma que ha sedimentado y sobre el cual se han edificado –constantemente se continúan edificando– nuevas construcciones.

Así, la historia no puede ser comprendida fuera de la imaginación productiva y creadora de esto que nombramos como el imaginario radical. De esta forma, las preguntas sobre/desde el imaginario radical nos permitirán comenzar a conocer los fragmentos que vuelven asible una reflexión sobre la totalidad, sobre las formas en las que se edifican las construcciones hegemónicas, que dan sentidos y estructuran los modos de estar juntos.

Como afirmará Cornelius Castoriadis (2007:230) “en el plano individual, la producción de este fantasma fundamental depende de lo que llamamos lo imaginario radical (o la imaginación radical); este fantasma mismo existe a la vez en el modo de lo imaginario efectivo (de lo imaginado) y es primera significación y núcleo de significaciones ulteriores. Es dudoso que pueda captarse directamente este fantasma fundamental; como mucho se puede reconstruir a partir de manifestaciones, porque aparece en efecto como fundamento de posibilidad y de unidad de todo lo que hace a la singularidad puramente combinatoria, de todo lo que en la vida del sujeto supera su realidad y su historia, condición última para que al sujeto le sobrevengan una realidad y una historia”.

En la articulación imaginario/simbólico/real se da la constitución de un discurso capaz de transformarse en una narración sobre lo colectivo. Un cruce en el que lo imaginario funcionará como la capacidad sociosimbólica para formar imágenes, y la posibilidad de establecer lazos de identificación con ellas. En términos de Lacan (1977), lo simbólico como el orden de la cultura y el lenguaje en el que los sujetos se insertan.

Cada una de estas aseveraciones busca situarnos en un punto de partida de lo que podría ser la aproximación a una definición (sin olvidar la imposibilidad constitutiva de esta empresa). Por lo cual, podríamos decir que partimos de

algunas aproximaciones y reflexiones sobre lo que sería una delimitación clara y concisa de lo que la nación “es”. Pero no es nuestro objetivo desembarcar en una definición, sino en un marco reflexivo que permita hacer hablar a la realidad sobre las complejidades sociales, desde la pregunta por la nación, en tanto significación imaginaria vacía a ser completada por la agencia colectiva de los sujetos.

Todo esto nos lleva a pensar que la nación –en sí misma– no es una entidad primaria que funciona en la definición de lo que la nación y el nacionalismo sería. Del mismo modo dialógico en el que se constituye la relación instituciones – símbolos, se desarrolla la dinámica que otorga sentido a lo nacional.

La nación se asociará de manera directa a la moderna invención del Estado-nación, donde las formas primarias de nacionalismo son las que anteceden a las naciones y los Estados. Elementos que, vale aclarar nuevamente, no se explican por una linealidad en sus procesos de construcción, consolidación y transformación.

Como hemos sostenido, la identificación nacional forma parte de una trama compleja y contradictoria de identificaciones. Donde nuestra consideración comprende que este sentido, sedimentado históricamente y refundado constantemente, ocupa un lugar central y estructurante de las identificaciones en nuestras sociedades. Sin que esto excluya al resto de posibles identificaciones, sino que las contiene, amalgama y –en muchos casos– transforma, marcando el diverso amasado que constituye a las identidades.

Al mismo tiempo, dichas identificaciones no se representan con la idea de un panteón donde se almacenan hazañas y próceres, sino que forma parte de un proceso de movimientos constantes, en los cuales priman cambios y desplazamientos por atribuir sentido a ese pasado común.

En torno a estas transformaciones se constituyen las problemáticas de investigación más urgentes y necesarias, ya que –desde nuestro enfoque– allí se ponen en juego las disputas hegemónicas por atribuir sentido a lo nacional y, en el

mismo movimiento, anexionarse como grupos de identificación “los destinos puros de la patria”. En torno a los sentidos sobre “lo nacional” se estarán discutiendo los sentidos sobre el colectivo más amplio que nos contiene.

Benedict Anderson (1993) sostiene que la nación no puede abordarse ni comprenderse a partir de la asociación con argamasas de ideologías políticas conscientemente adoptadas, sino con los **grandes sistemas culturales**, de los cuales el nacionalismo nace. Esta afirmación nos plantea el desafío de no encauzar los caminos de la reflexión sobre la nación a los sistemas de organización ideológica.

En todo caso, la nación y los nacionalismos preceden esta conformación que luego se constituye como relato por parte de los proyectos ideológico-políticos. Primero estará la significación sobre la nación, luego los proyectos políticos con sus lecturas y acciones en pos de una configuración hegemónica.

Esta afirmación nos resulta pertinente para reflexionar particularmente sobre el momento de constitución y emergencia de la nación. La densidad analítica se complejiza al pensar que, a partir de esta base constituida, la nación se presenta como un significante vacío a ser llenado, un imaginario con una potencia simbólica capaz de motorizar los mayores esfuerzos de un pueblo por una causa.

Por esa potencia, sí podremos comenzar a pensar los esfuerzos que los diferentes proyectos políticos harán con la voluntad de auto atribuirse los sentidos de la patria como propios. Dicho de otro modo, expresar los modos en que cada proyecto político contendría el sentido de la nación. Esa disputa será siempre colectiva.

La configuración de lo nacional tendrá una conexión directa con lo colectivo, lo nacional es, en principio, lo colectivo, el nosotros. La nación representará el interés común frente a los intereses particulares, allí radicará el interés por pertenecer a ese proyecto colectivo que se materializa en sus instituciones.

Lo colectivo en el sentido en que el relato, y la matriz a partir de la cual se crea, la idea de una nación es una matriz eminentemente colectiva. Se tratará de sujetos que construyan un relato, interpelando un territorio particular, dentro de ese territorio se contiene a un colectivo muchísimo más amplio que será interpelado por un relato que necesita contenerlos.

Por ello, no podemos hablar de una configuración simbólica particular, sino de una identidad forjada principalmente en torno a lo colectivo. Lo colectivo como una comunidad existente, asentada en los territorios contenidos, y un relato que se preocupa por esos colectivos en múltiples sentidos de la historia.

Por los colectivos que hacen a la historia y ocupan el lugar de lo histórico, los colectivos que en el presente impulsan y tienen la responsabilidad de sostener la nación y, por último, lo que podríamos entender como el proyecto colectivo a futuro. Todos ellos son relatos sobre la nación que interpelan a los colectivos por oposición al fantasma de la disolución. El fantasma sostenido por las dictaduras, la ruptura del orden democrático propiciada por los sectores corporativos serán una intervención violenta con el supuesto fin de “proteger lo colectivo y evitar la disolución”.

Claramente, la amenaza que allí se traduce como disolución, es en verdad la preocupación de los sectores tradicionales de poder, ante el riesgo de no poder definir en sus términos qué es lo colectivo y qué características tendría el colectivo nacional. Ante ello, la intervención violenta se ejerce invocando la defensa de los tres tiempos: pasado, presente y futuro, cuando en realidad se defiende un solo tiempo, el de la invariabilidad sobre quienes nombran a la nación y cuál debe ser el proyecto de la nación.

Para las miradas conservadoras, en ese sentido, no hay historia, la historia debe estar congelada y mantener los mismos valores invariablemente, los valores que los han situado a ellos como ganadores y organizadores de las fichas en el tablero. Todo esto, sostenido en una discursividad que implicaría la preocupación

por el bien común. Una operación discursiva que vuelve universales los intereses particulares, al defender sus intereses relatan que esa defensa es en pos de un supuesto bien común. Los ejercicios de la dominación.

Por esto, será central pensar en qué es lo que genera como sentimiento la nación, qué es lo que los hombres y mujeres sienten en relación con la nación, qué tipo de significaciones imaginarias la componen.

4.7 La nación como significativo vacío

Ernesto Laclau y Chantal Mouffe, en 1985, al desarrollar su obra erigida ante la crisis de la interpretación marxista de los procesos sociales, planteando los límites de su concepto de sujeto unitario y fundante, sostienen la idea del significativo vacío para pensar los actuales entramados sociales. Los autores pondrán el foco de su trabajo en la hegemonía como herramienta y respuesta para las alternativas de superación emancipadora por parte de los movimientos políticos.

Es en este marco en el que desarrollan una serie de herramientas analíticas, necesarias para dar cuenta de un nuevo tiempo histórico que demanda categorías particulares de trabajo. De esta forma plantean un concepto que aquí resultará fundamental para avanzar en la decodificación que sobre la nación realizaremos: la idea del significativo vacío.

Ante las preguntas centrales de su trabajo, los autores desarrollarán una compleja reflexión sobre la construcción de hegemonía como un modo de articulación de los escenarios donde se desarrolla la puja de los diferentes proyectos políticos. En medio de esta discusión sostendrán la importancia de considerar este concepto que será central para su teoría sobre los devenires políticos contemporáneos.

La noción de significativo vacío será importante para pensar las acciones políticas porque, al encontrarse ellos vacíos de todo significado definitivo, darán lugar a la construcción de estructuras hegemónicas. Son, por ello, condición de posibilidad –y, a la vez, de imposibilidad– de la sociedad.

Allí radica la centralidad que venimos planteando, el significativo vacío será la arena de disputa socio-simbólica-institucional en la batalla por nombrar el mundo. Entendiendo que el único modo de nombrar el mundo será a través de la construcción de una hegemonía que logre dar respuestas totalizantes, uniendo los fragmentos del entramado social.

Por ello, la presencia de significantes vacíos es la condición misma de la hegemonía ya que hegemonizar significa, justamente, llenar ese vacío que genera la imposibilidad constitutiva de la sociedad. Y esto no es ni más ni menos que aquello que hace viable la existencia de la política.

Tal como sostiene Laclau, la hegemonía hace alusión a la idea de una totalidad ausente, y los diversos intentos de recomposición que intentarán darle un sentido a las luchas políticas. Dotando de esta forma a las fuerzas históricas de una positividad creadora.

Como nuestras preguntas se sitúan sobre procesos sociales complejos, contingentes y cambiantes, esa totalidad pretendida por la hegemonía es una imposibilidad en sí misma, como proyecto que perdure inamovible. Por ello, los contextos de aparición de la hegemonía serán las situaciones de una falla, en términos geológicos, una grieta que se abre sobre una placa que se suponía sólida y compacta.

Ante esa “falla” y esa “grieta” que se creará, allí se presentará la hegemonía. Tal como sostienen Laclau y Mouffe (2010) la hegemonía no será el despliegue majestuoso de una identidad, sino la respuesta a una crisis. Es decir que al momento de captar la hegemonía y abordarla, no estamos en presencia de una identidad que se aborda en términos holísticos, sino frente a una coyuntura

que marca la dinámica política, los diferentes actores en pugna y la resolución de ese conflicto a partir de la consolidación de un relato.

Un significativo vacío existe en tanto se encuentre habitado por una imposibilidad estructural, siempre y cuando dicha imposibilidad sólo pueda significarse a sí misma como una interrupción (subversión, distorsión, etc.) de la estructura simbólica. Es decir, que los límites de la significación sólo pueden anunciarse a sí mismos como imposibilidad de realizar aquello que está en el interior de esos límites.

Los límites del sistema, por tanto, constituyen la condición de posibilidad y de imposibilidad de un sistema significativo. Los límites de una exclusión son siempre antagónicos y sus efectos se extienden hacia ambos lados del límite. Todo aquello que se encuentra más allá de la frontera de exclusión del sistema se reduce a pura negatividad. Es, por tanto, una exclusión radical.

Aquello que se encuentra excluido del sistema cumple con el objetivo de fundarlo. Esas diferencias positivas lo constituirán, mostrándolas como expresiones equivalentes del principio de positividad. La puja inclusión/exclusión del sistema de símbolos, será la puja constante por llenar de sentido la grieta, será una lucha que pervivirá a lo largo del tiempo y, en determinadas ocasiones, será menos dramática, en función de la capacidad de saldarla por un proyecto político, imponiéndose ante el otro.

Esta cancelación de toda posible diferencia, junto con la identificación de todo lo que se encuentra más allá de la frontera de exclusión, siendo reducido a pura negatividad, es lo que anuncia la posibilidad de un significativo vacío.

El conflicto se constituye a partir del antagonismo: de un lado de la frontera de exclusión, las diferencias se disuelven en sistemas de equivalencias logrando así que el sistema pueda significarse en su totalidad. Del otro, la pura amenaza al sistema, la pura negatividad que, a la vez, es constitutiva al sistema.

De este modo volvemos a la falla constitutiva, a la imposibilidad del sistema que debe ser significado a partir de un significante vacío. De allí la relación entre significantes vacíos y política. Ya que de ello se trata la relación hegemónica que mencionábamos anteriormente, a partir de la cual un contenido "x" pasa a ser significante de la plenitud significativa ausente.

La comunidad creada en torno a este significante vacío –y su expansión equivalencial– será la pura idea de una plenitud comunitaria, más allá de que en términos reales se trate de un recorte que logró imponerse en la batalla por la hegemonía. Así, explica Laclau, en una situación de desorden radical, donde lo que está ausente es el "orden"–por ejemplo– éste pasa a ser un significante vacío, el significante de esa falta, de esa ausencia.

Hegemonizar será entonces llenar ese vacío, completar esa falta, de manera inestable y ambigua. La falta se completará con un sentido que se atribuirá a sí mismo la cualidad de ser un sentido universal y universalizable. Allí, la lucha por la hegemonía se saldará momentáneamente, pero continuará subterráneamente hasta que emerja de nuevo.

Para nuestro abordaje, que se preocupa por pensar los modos en que se completa el sentido sobre la nación, encontraremos en la idea de significante vacío una potente respuesta para explicar la historia social y la puja política constante. Sostenemos que la idea de la nación será una idea a ser completada y, por ende, estará en una pugna constante por parte de los diferentes proyectos políticos que lucharán por atribuirle un sentido. Trayectoria que será en el sentido de su proyecto político, con el fin de construir su **etnicidad política** en los términos de Clifford Geertz (1994).

Laclau y Mouffe (2010:49) sostendrán que: “La historia es, así, la progresiva concretización de lo abstracto, la aproximación a una pureza paradigmática que se presenta como sentido y dirección del proceso”.

De esta forma, la teoría política será la teoría sobre la inestabilidad y la contingencia política, sobre la posibilidad del cambio, sobre las crisis y los reordenamientos de los órdenes sociopolíticos. La teoría política no estará pensando lo dado, sino las posibles fallas de lo dado que explicarán, justamente, las transformaciones políticas y el devenir histórico.

Dada esta condición, la implicación directa será la necesidad de establecer *significantes vacíos* que articulen la pluralidad de significados de la totalidad discursiva con los sujetos sociales. La configuración de significantes vacíos que serán disputados por los proyectos políticos en su búsqueda de establecimiento de una hegemonía, será justamente una condición para establecer un relato que cohesione a la totalidad del entramado social tras un objetivo.

Por ello, para lograr la emancipación a través de la acción colectiva, será necesaria una cierta universalidad que le dé sentido al movimiento político y a la acción colectiva. Ese sentido será atribuido a partir de una articulación que organizará y ordenará lo existente desde un relato unificador, realizando su articulación de sentidos.

La configuración contingente de los sujetos sociales a través de la idea de articulación, será un modo de abandonar la pretensión de la existencia de una clase que podría asumirse como contenedora intrínsecamente de un supuesto sentido único de la patria. Por el contrario, será la condición misma de la configuración de todo proyecto político que se enuncie en tanto colectivo organizado en pos de construir una narración sobre la totalidad de la patria. Narración que se constituirá por la pugna con los proyectos antagónicos que se encuentren en disputa.

Pero esto funcionará como una articulación coyuntural y contingente que podrá emerger por la condición de subterranidad rizomática que desarrollase Felix Guattari. Luego, la capacidad de la narración, será la que permitirá otorgar sentido de continuum en estas luchas por la emancipación.

Esta narración significará la unidad coyuntural de los sujetos sociales a partir de la construcción de puntos nodales que asignen significado parcial a las luchas políticas. Así, para Laclau y Mouffe, la fragmentación de lo social no condena los movimientos sociales a la eterna reivindicación de las identidades particulares, la lucha política es todavía posible pero para ello es necesario que surjan *significantes vacíos* creados por esta articulación hegemónica que le otorguen un sentido emancipador.

De esta forma, para los autores, un significativo vacío designará “la plenitud ausente de la comunidad” en una lucha política, es decir, lo que los agentes sociales no tienen pero necesitan en un contexto político determinado. Un proyecto político que se configure y actúe como tal, necesitará completar de sentido una serie de significantes vacíos que permitan narrar la totalidad. Sin dudas uno de ellos –el que aquí consideramos absolutamente fundamental y trascendente– será la idea de nación y cómo se le atribuye sentido a esta.

Para Laclau, los significantes vacíos son importantes en la política porque proveen de la universalidad necesaria para la emancipación, ya que ésta no puede lograrse sin algún tipo de unidad o una idea de similitud. Antes de la emergencia de un significativo vacío existen límites claros: los sujetos sociales saben quién está excluido (el enemigo) y quién está en la cadena de equivalencia (quién comparte al mismo enemigo), pero no hay una identidad común que los unifique.

A partir del estudio sobre las relaciones de poder coyunturales, la articulación hegemónica reconstruye las identidades de los sujetos en relación al significativo vacío que está asignando significado a la lucha. En resumen, la teoría de la hegemonía establece una nueva forma de comprender lo social, una forma en la que la identidad colectiva se logra con la articulación hegemónica.

Es decir, la posibilidad de unir a un gran número de sujetos en una identidad colectiva nueva y temporal en un contexto histórico determinado. Tal

articulación se logra con la emergencia de un significante vacío, el nombre dado a la totalidad relacional cuyo significado total se establece por esa palabra.

En nuestro caso ese significante será la nación. La nación será la idea que contenga la potencia simbólica capaz de mancomunar y contener tras un significante, con el fin de llevar adelante el objetivo de un proyecto político. Así, como Laclau plantea, la definición constituye –en este caso reconfigura– una identidad que dará sentido a ese significante.

5 Significaciones imaginarias: la pregunta por la construcción masiva de relatos nacionales

5.1 Introducción

La identidad colectiva se constituirá a partir de la articulación hegemónica, en torno a un conjunto de ideas, que construya un relato capaz de interpelar y contener a un colectivo amplio y heterogéneo. Por ello, porque hablamos de hegemonía, hablamos de la producción de acontecimientos de alcance masivo. No se trata de pensar los dispositivos de diálogo con los actores que serían parte constitutiva de ese significativo vacío.

La clave será la masividad de estas intervenciones en el espacio público-político. Podríamos estudiar los discursos y las enunciaciones públicas como una forma más cristalizada y definida retóricamente por los enunciadores. Pero, de esta forma, estaríamos realizando una investigación para pensar a un grupo muy reducido de la población que se interesa y preocupa por la política, que disfruta y se moviliza particularmente de los debates políticos.

Esa sería una investigación muy valiosa porque podría captar y sistematizar un modo de enunciación, en un código directo del discurso, dando cuenta de las enunciaciones literales en las que la nación aparece nombrada. Sin embargo, se trataría de codificar un plano abstracto y performativo del discurso, pero que tiene impacto directo sobre un grupo reducido y selecto.

Al mismo tiempo, como planteamos al inicio de este artículo, la nación como significación imaginaria es una idea que todos comprendemos en su uso cotidiano, pero que se vuelve conflictiva al momento de captarla dentro del modo de una definición.

El esfuerzo por captar esta significación se dará a través de una lectura anfibia que intentará rastrear diferentes manifestaciones en las que la nación aparezca nombrada y puesta en acto. Una mirada que observe las articulaciones con las enunciaciones retóricas formales, inscriptas en el campo de la discusión política con sus reglas y cánones.

En cambio, al pensar las políticas públicas de alcance masivo y universal, junto a las enunciaciones efectivas, es posible leer las relaciones comunicacionales que se dan en la narrativa de la nación. Por ello, en nuestro caso de abordaje existirá una clara relación con las transformaciones sobre los aconteceres cotidianos, aquello que podríamos denominar como transformaciones efectivas.

En este caso nos preocupa aproximarnos a la reflexión sobre el tipo de relación simbólica que se establece entre un Estado que cumple su función de establecer una narración sobre la identidad nacional, constituyendo las bases de una trama hegemónica. Desde la perspectiva de Michel Foucault, el Estado se encuentra materializado en los hechos, es allí donde debe posarse la mirada para indagarlo, y comprender sus lógicas de funcionamiento.

Sostiene Foucault (1996:208): “Como muy bien sabemos el Estado no tiene entrañas, y no solamente en el sentido de que no tenga sentimientos, ni buenos ni malos, sino que no tiene entrañas en el sentido de que no tiene interior, el Estado no es otra cosa más que el efecto móvil de un régimen de gobernabilidad múltiple. De ahí que esta angustia ante el Estado, esta fobia al Estado...deba ser a mi juicio analizada, o mejor retomada para intentar, no tanto arrancar al Estado el secreto de lo que es –del mismo modo que Marx extrajo de la mercancía su secreto–,

cuanto de pasar al exterior y plantear el problema del Estado, de investigar el problema del Estado a partir de las prácticas de gobernabilidad”.

En las manifestaciones públicas en las que el Estado-nación interviene pone de manifiesto con mayor profundidad cuáles son sus matrices como proyecto político social. Ese será el eje que intentaremos problematizar para pensar sus características y las condiciones de posibilidad de su profundización. No podremos entender a este trabajo como un mero esfuerzo por describir lo existente de un modo particular, sin proyectar en este trabajo las expectativas políticas que lo abrigan y alientan como producción de la Universidad Pública.

La complejidad de lo narrado, los límites del discurso oral para expresar de modo acabado una idea fuerza, resultan un límite para la pregunta que nos convoca a esta reflexión. Por ello proponemos la mirada sobre algunas piezas culturales de carácter masivo que nos pueden hablar desde otros lenguajes y otras configuraciones de sentido sobre la nación.

Ante la masividad, ante la multiplicidad de las miradas e interpretaciones, un solo gesto, una referencia a un pasado común, una simple señal logrará conectar con un centro único e indiscutido. Una instancia que resume y brinda sentido a la red de heterogeneidades que habita la vida social. Esos puntos son una clave para pensar los modos en que se dan las relaciones entre el pueblo y lo público, de qué modo se reconfigura la idea de la nación.

Para Laclau, la hegemonía será concebida como la reconstrucción democrática de la nación en torno a un nuevo núcleo de clase. Es en este sentido que comprendemos los múltiples modos en los que la idea de nación es completada y asume nuevos sentidos compartidos; no se trata de definiciones inamovibles ni estancas, sino de configuraciones que marcharán al ritmo de la conformación hegemónica.

Como hemos planteado, al momento de realizar fijaciones de sentidos para consolidar nuevas legitimidades, se realiza una fijación parcial a partir de las

significaciones preexistentes. La idea de la nación establecida en las apuestas del “cambio de época” (como proyecto político emancipador) demandará, necesariamente, de una idea opuesta que sienta las bases de la necesidad de un proyecto político superador y reparador.

Aquí resulta importante detenernos sobre la condición camaleónica de la nación, la posibilidad de una **metamorfosis** que puede transformar a Cenicienta en Frankenstein. Con esto queremos decir que también es factible pensar que la nación podrá ser un significante por el cual se levanten las banderas contra la opresión, como un mecanismo de defensa y protección de las clases populares, levantando sus voces ante los opresores.

Pero, al mismo tiempo, este puede ser un argumento para expulsar y perseguir a quienes sean percibidos como una amenaza para la homogeneidad cultural de la nación. Ante la posibilidad de esa metamorfosis se encuentra todo el tiempo la nación como un significante a ser completado y puesto en acción.

La nación emerge y se constituye como un sistema de significación cultural, como la representación de la vida social y el elemento socio simbólico capaz de amalgamar una heterogeneidad tan amplia y agobiante que parece imposible contener con otro elemento simbólico. Nuestra preocupación radica en pensar las luchas que se dan por esta posibilidad de nombrar y apropiarse del sentido y la significación de la nación. Sin dudas, será la puesta en discusión de los diferentes proyectos políticos que ordenan y entran en colisión en la arena política de cada entramado social.

Hannah Arendt (1958) lo resume como el curioso dominio híbrido donde los intereses privados asumen significación pública, y los dos dominios navegan sin cesar, y sin certeza, hacia cada uno, como olas en una corriente sin fin del proceso de la vida misma.

El ordenamiento neoliberal que se constituye y consolida luego de la disolución de la Unión Soviética ha dado lugar a múltiples interpretaciones que

progresivamente avanzaron sobre una declinación del lugar de la nación. Dicho avance significa una relativización sobre cada uno de los elementos estructurantes del proyecto moderno.

Un determinado clima de derrota y frustración, sumado a una consolidación progresiva del ordenamiento del mercado en todos los aspectos sociales, es un marco demasiado potente para determinar estos abordajes. Sin embargo, aquí se nos presenta un interrogante que se vuelve urgente ¿podemos renunciar tan rápidamente a las estructuras de sentido que han dado forma a las sociedades contemporáneas? ¿No resulta –al menos– apresurado lanzarse en busca de explicaciones escépticas sobre las grandes instituciones que han dado forma al mundo tal como hoy lo conocemos?

Relativizar el lugar de la nación como estructura significativa relevante (creo que también determinante) a la hora de configurar las cosmovisiones de los sujetos, implica una renuncia que plantea una negación absoluta a los paradigmas del materialismo histórico. La pregunta por lo histórico, una pregunta que sólo tiene sentido si es pensada en clave de complejidad. Tal como sostiene Castoriadis (2007:47):

“Si, para tener una teoría de la historia, hay que excluir de la historia poco más o menos todo, salvo lo que sucedió durante unos siglos sobre una estrecha franja de tierra que rodea el Atlántico norte, el precio a pagar es realmente demasiado elevado; es mejor conservar la historia y rechazar la teoría. Pero no estamos reducidos a este dilema. No tenemos necesidad, en tanto que revolucionarios, de reducir la historia de la humanidad a esquemas simples. Necesitamos ante todo comprender e interpretar nuestra propia sociedad. Y esto, no podemos hacerlo más que relativizándola, mostrando que ninguna de las formas de alienación social presente es fatal para la humanidad, puesto que no han estado siempre ahí –en todo caso, de ningún modo convirtiéndola en absoluto y proyectando inconscientemente sobre el pasado esquemas y categorías que

expresan precisamente los aspectos más profundos de la realidad capitalista contra la que luchamos”.

5.2 La pregunta sobre “lo nacional” en el caso argentino

Para comenzar a reflexionar sobre la idea de la nación en Argentina resultan pertinentes las consideraciones de Daniel Lvovich (2006) acerca del nacionalismo. Este autor sostiene que, en un sentido amplio, puede entenderse como un conjunto de proyectos e instrumentos empleados por las elites políticas de los Estados occidentales, con el fin de “homogeneizar” a las poblaciones en cuestión.

Cabe destacar que se comprenden estos procesos como construcciones hegemónicas (1948), con lo cual las consideraciones se complejizan a la hora de comprender los diferentes aparatos ideológicos que intervienen en la creación y legitimación de representaciones.

En este sentido, en el caso argentino⁷ es necesario referirse a la consolidación de sistemas educativos, la elaboración de historias, geografías y gramáticas nacionales, junto a la creación de instituciones académicas que establecieran criterios de verdad.

Al mismo tiempo, la construcción hegemónica se valió –se apropió y transformó– de una serie de tradiciones, hasta ese momento subalternas, como el folclore, las vestimentas, las danzas, etc. Cabe destacar que hasta este momento (fin de siglo XIX, comienzo de siglo XX) las elites criollas en Argentina, desde la matriz que planteaba la dicotomía “civilización-barbarie”, habían sostenido fuertemente su desprecio hacia estas manifestaciones culturales “autóctonas”.

⁷ Debe tenerse en cuenta que con sus diferentes matices, estos procesos comparten lógicas muy similares en la gran mayoría de los casos de la región.

Dicho menosprecio se veía cimentado en un razonamiento que establecía la barbarie como condición natural asociada con un estado salvaje. Aquí resulta viable trazar paralelismos con el pensamiento hobbesiano sobre la condición natural del hombre y la “decisión civilizatoria” de entregar de una vez y para siempre el poder individual a cambio de seguridad (Hobbes, 1980).

Tal como sostiene Cornelius Castoriadis (2007), podríamos plantear que las raíces de estos razonamientos se encontrarían en aquello que, luego de haber suplantado al cristianismo en la sociedad y luego de su secularización, ocupó un lugar trascendental: **El imaginario del progreso**, fuese bajo su forma capitalista liberal o bajo su forma marxista.

Sin dudas, esta concepción moderna, traducida a un imaginario que asocia el progreso a “lo bueno”, “lo impoluto”, “lo conveniente”, etc., se encuentra operando y justificando cada una de las políticas que en adelante brevemente se desarrollarán. En palabras de Castoriadis (2007:179): “Este imaginario y las ideologías que lo han representado constrúan la historia humana como una marcha hacia cada vez más libertad, cada vez más certeza, cada vez más felicidad”.

Desde las culturas occidentales, la oposición entre civilización y barbarie se explicaba por las diferencias entre “la vida rural” y la “vida urbana”. Resulta aquí interesante el proceso dado en Argentina, ya que las diferentes circunstancias históricas han condicionado esta apreciación otorgándole particularidades específicas a las consideraciones sobre “lo civilizado” y “lo bárbaro” en nuestro país.

La dicotomía civilización-barbarie se encuentra basada en un temor (aquí nuevamente podemos encontrar paralelismos con el pensamiento hobbesiano); este miedo está dado hacia la idea de “la descomposición social”, la amenaza de que “los bárbaros” puedan destruir las instituciones, los valores proclamados: La

cultura, la familia, el Estado, la autoridad, la patria, etc. En fin, el peligro de la disolución de la sociedad “como tal” (Svampa, 2006).

En lo que podríamos llamar la etapa inicial de la conformación de esta concepción en Argentina es posible establecer una adaptación muy fiel del marco conceptual brevemente desarrollado sobre esta dualidad. De esta forma, “el bárbaro”, “el otro” se encontraba representado, a grandes rasgos, por los pueblos originarios y la figura del gaucho, como elementos “ahistóricos”, “incapaces” y “apáticos” a “incorporarse al progreso”,

Con diferentes matices, podríamos sintetizar que en ambos casos el principal inconveniente y amenaza sobre “la civilización” –desde la óptica de las clases dominantes- estaba dado por la no adaptación de estos sujetos a los nuevos sistemas productivos que las elites criollas impulsaban en el marco de los proyectos de “progreso” (el capitalismo como sistema socioeconómico)⁸.

Sin embargo, este proceso se encontró con acontecimientos históricos que lo obligaron a reconfigurar sus narrativas. El proyecto de construcción de “lo nacional” en Argentina tomó nuevos rumbos ante la llegada de las grandes masas inmigratorias.

Ante las heterogeneidades que constituyeron la argamasa que daría forma a la nación argentina, se operó sobre la construcción de un nacionalismo de elites que produjo, especialmente a partir de 1910, mitos unificados, manteniendo un mito de una supuesta unidad étnica, donde se instituyó la figura del gaucho como modelo de argentinidad y figura épica.

He aquí una serie de modificaciones trascendentales en los relatos que nos encontramos problematizando. Sin dudas lo más significativo sería esta reivindicación del gaucho como fenómeno cultural y como “expresión autóctona

⁸ Sin dudas, en el caso particular del gaucho, su carácter nómada atentó contra su posibilidad de incorporación a las características de este sistema productivo.

de la argentinidad”. El antiguo enemigo, luego de su extinción⁹, paradójicamente se convierte en el principal argumento para “contener” y “atacar” la nueva “amenaza bárbara” que representan las masas inmigratorias. Podemos ver cómo se mantiene siempre aquí latente el temor de “la disolución social” sobre el cual se sostienen las teorías que entienden la existencia de “la barbarie”.

Un segundo cambio que podríamos marcar con respecto al modelo “puro” de la concepción dicotómica civilización-barbarie, estaría dado por un factor territorial y espacial del sitio donde se vería alojado el peligro (léase “la barbarie”).

En cuanto a la distribución del proceso inmigratorio, durante sus primeros años, la inmigración estuvo orientada hacia la actividad agrícola, pero debido al proceso de concentración de la propiedad de la tierra por parte de las elites criollas, la inserción de los recién llegados en el ámbito rural se vio disminuida. Ante estos limitantes, los espacios iniciales de inserción laboral fueron los conglomerados urbanos, donde estos recién llegados podrían/intentarían vender su mano de obra.

Estas masas inmigrantes, pensadas por la elite como el arribo de brazos – mano de obra– también traían consigo trayectorias y filiaciones políticas, entre otras cosas. De esta forma, a partir de la acción de los inmigrantes, se crearon sociedades de resistencia, asociaciones mutuales, los primeros sindicatos, etc.

Inevitablemente, las intervenciones activas de estos nuevos actores en el entramado social (principalmente la acción de la protesta), fueron dando nuevamente vida –desde los relatos de la elite criolla, por supuesto– al viejo fantasma de la desagregación social. Son todas estas condiciones las que determinan las importantes modificaciones en la construcción de los relatos nacionalistas.

⁹ Principalmente dada a causa del cambio en el sistema productivo y la incorporación del alambrado como elemento de división de la propiedad privada, lo cual quebró definitivamente los medios de subsistencia (el nomadismo como modo de vida).

De este modo, es posible comenzar a desandar los inicios de los relatos creados en torno a la idea de lo nacional, intentando establecer/comprender sus filiaciones, contradicciones y relaciones con la idea de “lo rural” en Argentina. Al mismo tiempo, estas preocupaciones iniciales nos permiten pensar e identificar a los actores encargados de construir estos relatos (las elites criollas) y los destinatarios de turno de los diferentes “estigmas”.

Sobre este último aspecto, en relación a los destinatarios u ocupantes del casillero de “la barbarie”, resulta interesante indagar en torno a qué modos de argumentación se fueron consolidando en este origen del discurso nacionalista. En este sentido es posible hablar de una concepción que entiende “lo nacional” en términos de “lo inherente”, por ende, de “lo puro”. De este modo, podríamos comenzar a pensar y a nombrar estos relatos sobre la idea de “lo nacional” en términos de **concepciones esencialistas**.

Daniel Lvovich (2006: 17) afirma que “a finales del siglo XIX se consolidó una concepción cultural esencialista de la nación –a la que se volcó parte de la elite– que sostenía la existencia de una nacionalidad cuyos rasgos estaban prefijados y establecidos desde los comienzos de la historia patria, como la expresión de un ser único que se expresaba a través de un idioma propio. De allí se derivaba la importancia de conservar y defender la pureza de sus rasgos y su exclusividad”.

Las concepciones esencialistas de nación presentan sus enunciados y premisas como un acto de positividad, de creación, pero en ese mismo movimiento se lleva a cabo un proceso de negatividad, de negación. Negación hacia todo aquello que no logra “encontrar” con lo que se define como “lo nacional”, reduciendo a la nación a **un bloque culturalmente monolítico**.

Hasta aquí se han descrito muy brevemente diferentes procesos y reconfiguraciones hegemónicas en distintos momentos del entramado social argentino. Como se expresó anteriormente, la propuesta que persigue esta

presentación es situar y complejizar una serie de interrogantes en torno a los modos de construcción hegemónica en este espacio, en la actualidad. Como se interroga Castoriadis (2007) al oír alguna frase de sentido común que expresa que “la democracia es el combate para conseguir más derechos”, ante lo cual el pensador se pregunta: “¿Derechos contra quiénes?”.

Afirmación que nos desafía a pensar de un modo complejo la noción de democracia, ya no como un mero sistema procedimental. Durante la etapa examinada nos encontramos ante la constitución de un sistema democrático que acciona por consolidar los procesos de segregación puestos en marcha por las clases dominantes. La noción de democracia demanda ser pensada desde la densidad de lo político para escapar de las definiciones procedimentales y diferenciar los sistemas democráticos emancipatorios de los conservadores.

De esta forma, los interrogantes que guían estas etapas iniciales serían: ¿Cuáles son las nuevas configuraciones de estos discursos nacionalistas? ¿Qué ocurre con las concepciones esencialistas de “lo nacional” en la actualidad? y principalmente ¿qué características se le atribuyen a la idea de nación en la actualidad?

5.3 La nación ante el cambio de época: los festejos del bicentenario (2010)

De nuestra indagación se desprendieron muchas de estas conclusiones, la pervivencia de sentidos asociados a instituciones “tradicionales” nos dan pistas sobre una de las hipótesis iniciales del trabajo: la idea de que en nuestras sociedades la construcción imaginaria tradicional sobre la nación continúa teniendo un fuerte peso y vigencia como significación imaginaria organizadora de los sentidos y la vida juntos.

Las protestas llevadas a cabo durante el 2008¹⁰ por el sector agropecuario nos dieron una pauta clara de esta afirmación. La elaboración de un discurso y

¹⁰ Año en que comenzaba mi recorrido en el Doctorado en Comunicación.

una serie de escenas que vinculaban directamente **nación-patria-interior-campo** nos hablaba de la continuidad de una línea histórica que mantenía las nociones iniciales de la nación vinculada a una esencia que construía su relato desde una idea decimonónica y esencialista que nombraba al campo como las entrañas de la patria y, por ende, el sentido –único– de la nación.

Desde ya que aquí no entendemos ese encadenamiento de sentidos como una lógica que sólo se circunscribe a lo que sería la vida por fuera de las grandes urbes, de hecho, en estos grandes centros se realizaron concentraciones masivas en apoyo al sector agropecuario.

Nuestra perspectiva epistemológica nos hace pensar en los fenómenos sociales en términos simbólicos e imaginarios, por lo cual nuestro trabajo con la noción de clase no se ciñe a los datos estancos de las relaciones sociales de producción de los sujetos, sino a las dimensiones más complejas de su conformación identitaria, una complejidad que se relaciona con pensar la construcción de lazos de socialidad.

Como planteamos, la complejidad de la constitución de la clase no se agota en las condiciones materiales u objetivas de la misma. Sin dudas la condición material es importante, pero esto no la vuelve determinante. Abordar y comprender procesos complejos, de mucha heterogeneidad no nos puede hacer abandonar a la clase como pregunta de nuestra tesis.

Pensando este hecho que describimos, encontraremos relaciones simbólicas que se tejen entre los miembros incluidos e interpelados por la protesta que van más allá de sus particularidades materiales. De esta forma, también se tratará de una manifestación de clase. De clase en términos de defensa de ciertos intereses por sobre otros, de ciertos sentidos legítimos por encima de otros.

Es paradigmática la imagen televisiva del enfrentamiento en la Plaza de Mayo entre Luis D'Elía y Alejandro Gahan –un dirigente ruralista que marchaba también a la Plaza– luego de un sostenido hostigamiento a Luis D'Elía, este reaccionó dándole un golpe de puño. Podríamos pensar, simplificando tal vez, que esa escena de lucha simbólica por la ocupación de la plaza, resume el tipo de

discusión que se estaba llevando en la Argentina y, entendemos, sigue llevándose.

Si hablamos de un triunfo de la hegemonía de la clase dominante en esta disputa simbólica, también hablamos de una disputa política que enmarca un proyecto de nación. Durante esta discusión, durante esa escena que se resume en la agresión física, el proyecto político que había logrado un alto nivel de consenso, a partir de la idea de “el campo”, era la ratificación de la vigencia del modelo liberal. Y, cuando hablamos de modelo liberal, no nos referimos sólo a la dimensión del ordenamiento económico, sino a toda la matriz política, simbólica e imaginaria que eso incluye.

Como veremos más adelante, sería el resumen de la lucha por completar ese significativo vacío que es la nación. Como sostendrá Castoriadis (2007), ese aspecto imaginario será una incesante y, esencialmente, indeterminada creación sociohistórica y psíquica de figuras, formas e imágenes que proveen contenidos significativos y los entretajan en las estructuras simbólicas de la sociedad.

La composición de un escenario en continuo movimiento nos puso ante un nuevo hecho que impactará sobre esta tesis y será retomado para articularlo a los fines analíticos de esta investigación. Nos referimos a una potente manifestación simbólica que da cuenta de una nueva reelaboración de la relación Estado-nación

Identificamos un quiebre de paradigma con la realización de los festejos del bicentenario llevada a cabo durante todo el año 2010, con su punto máximo en las jornadas del 25 de mayo de 2010. Durante los festejos se desarrollaron una serie de acciones organizadas por el Estado nacional conmemorando los 200 años de constitución de la República. Entendemos que aquí se da un quiebre en el paradigma de la narración desde el Estado, y el tipo de interpelación masiva y popular que se realiza al pueblo, a quien se convoca a participar de “sus festejos”.

Los festejos se realizaron en diferentes puntos del país, pero el epicentro de las jornadas de festejos se concentró en las calles de la ciudad de Buenos Aires. Allí se realizó una reapropiación del espacio urbano, principalmente marcada por

la transformación de la Avenida 9 de julio en un pasaje que permitía un recorrido por las diferentes muestras.

Los festejos se caracterizaron por su diversidad, una diversidad que fue desde homenajes al rock y al folclore, pasando por la puesta en valor de las características culinarias (se cocinó un locro distribuido entre más de 10 mil personas); desfiles de colectividades (se interpretaron danzas austríacas, armenias, españolas, danesas, croatas, húngaras, polacas, peruanas, japonesas y bolivianas –entre otras–), las caracterizaciones de las diferentes fiestas provinciales (la ceremonia de la Pachamama, la Fiesta del Sol y la Fiesta de la Vendimia respectivamente. La Rioja escenificó la ceremonia de La Chaya y Río Negro hizo alusión a la Fiesta de la Manzana).

También se incluyeron una serie de referencias a hechos de la historia argentina: el éxodo jujeño, el cruce de Los Andes, la batalla de la Vuelta de Obligado, la llegada masiva de inmigrantes europeos, el surgimiento de los primeros movimientos políticos y sociales, los golpes de Estado, la guerra de Malvinas y la lucha de las Madres de Plaza de Mayo. Todo ello representado con estrategias artísticas masivas variadas, por ejemplo las representaciones de los golpes de Estado, la guerra de Malvinas y la lucha de las Madres de Plaza de Mayo incluyeron recursos como la figura de una Constitución Nacional incendiándose, la caída de una persistente llovizna (en alusión a las primeras marchas de las madres de los desaparecidos) y el sonido de estruendos. Todas estrategias de interlocución y conexión con el público a través de esta performance artística.

Los festejos del bicentenario incluso conectaron con la preocupación inicial de esta tesis, ya que se llevó a cabo una carrera del Turismo Carretera en homenaje a los 200 años de la República Argentina. Además de un partido de la selección Argentina de fútbol que se despidió del público local antes de ir a disputar la copa mundial de Sudáfrica 2010, una selección que tenía a Diego

Armando Maradona como técnico, con lo que esto significa dentro de las discusiones que venimos reconstruyendo.

Simbólicamente se trató de una reconstrucción amplia, extendida y contenedora de la gran mayoría de los elementos que se considera hacen a “la argentinidad”. Una de las novedades más importantes será la incorporación de elementos de la cultura nacional de los más diversos, rompiendo con un relato tradicionalista, decimonónico y estanco de la nación. Para pasar a convertirse en una amalgama compleja y heterogénea que buscaba contener una heterogeneidad, y ya no reducir a la nación a elementos simbólicos que restrinjan la nación a ideas tradicionales, cuestión que ya planteamos a qué proyecto político responden.

Los festejos del bicentenario serán un hito fundamental para pensar todo lo que en adelante se reflexione sobre la nación y su construcción simbólico-narrativa desde el Estado. Allí, el Estado propició una apertura de los festejos nacionales a una participación masiva y popular, se estableció el espacio público como escenario de los festejos y se alentó a la participación ciudadana a partir de los festejos.

Sin dudas, los festejos del bicentenario argentino son uno de los hechos que marcan un momento paradigmático al momento de pensar la reconfiguración del Estado en el cambio de época. En adelante intentaremos pensar este fenómeno como un elemento que nos permita avanzar en discusiones y reflexiones respecto de nuestra preocupación: cómo podemos pensar a la nación en la actualidad.

6

Estado-nación, industrias culturales y construcción de relatos.

“El Estado no es un medio homogéneo, separado por un foso de la sociedad civil, sino un conjunto dispar de ramas y funciones sólo relativamente integrado por las prácticas hegemónicas que tienen lugar en su interior”

(Laclau y Mouffe, 2010:226)

6.1 Introducción

El Estado-nación será la instancia de concreción del nacionalismo inicial como proyecto. Si entendemos que el nacionalismo antecede a la nación, cuando se constituye el Estado con sus estructuras institucionales y su anclaje territorial, nos encontramos ante el avance en la conformación del Estado nacional.

Como plantea Gellner (1988:70) “Las naciones como medio natural, otorgado por Dios, de clasificar a los hombres, como inherente destino político, son un mito; el nacionalismo, que a veces toma culturas que ya existen y las transforma en naciones, a veces las inventa y a menudo las destruye: eso es realidad”.

Hobsbawm sostendrá que la nación para su constitución contará con un punto de intersección entre la política, la tecnología y la transformación social. Estas serían las condiciones materiales reales que permiten la existencia de un Estado y que se dan en el proceso mismo de fundación y posterior institucionalización.

Por ello, las naciones deberán analizarse en términos de las condiciones y los requisitos de las más diversas índoles que permitan el establecimiento del

Estado-nación como superación y concreción de aquella idea inicial que describiésemos.

En nuestro caso, podemos pensar esta dimensión en la actualidad, relacionada con nuestro problema de investigación. Nuestro trabajo con las producciones audiovisuales y artísticas que permitirán indiciariamente aproximarnos a la concepción de nación, forman parte de este elemento fundamental para la construcción de las narrativas.

Es decir, dado el contexto histórico-social en el cual la massmediatización es un fenómeno extendido y arraigado a nivel planetario, sumado a la inserción en la vida cotidiana de la industria cultural, podemos establecer un marco de usos sociales en el cual el Estado-nación se encuentra inserto y actuando.

A partir de ese contexto histórico, un proyecto político que conciba al Estado alejado de sus funciones primarias respecto de la consolidación de la identidad nacional, tendrá a las características de consumo de la industria cultural como un dato accesorio, pero que no será puesto en acción como forma de creación de un relato nacional.

Actualmente asistimos al signo opuesto, los proyectos políticos del cambio de época conciben al Estado como motor de producción de mitos, emblemas y símbolos, como planteara Carlo Ginzburg. Allí, será diferente la relación entre el Estado y las condiciones de consumo de la industria cultural de las grandes masas, la voluntad de interpelación y diálogo marcará acciones de políticas públicas activas en este sentido.

Esto no quiere decir que consideremos que el Estado, durante la crisis profunda de la modernidad, pueda ser pensado con un grado de participación cero en la construcción de mitos, emblemas y símbolos. Pensarlo en términos amplios nos permitirá entender que la decisión del corrimiento, la decisión del abandono, la decisión de no participar en la construcción de aquello que forma parte de sus incumbencias originarias: el relato sobre la nación, sobre el nosotros, es una

definición político-institucional de una fuerte decisión que de ninguna manera se adapta a la idea de pasividad a ese momento del Estado. La decisión de abandonar ese rol es, justamente, una decisión y toda determinación implica una acción.

El cambio de época implica una presencia activa del Estado, decidido a participar produciendo relatos, una narración extendida en muy diferentes soportes, muchos de ellos al compás de las vertiginosas lógicas del avance tecnológico.

La producción nacional de relatos audiovisuales representa un claro ejemplo del modo en que la articulación en términos de condiciones y requisitos políticos, técnicos, administrativos, económicos, entre otros, es parte fundamental de la configuración de una nación. El proyecto de nación que se construye en la pugna que los gobiernos del cambio de época impulsan, necesitan de la producción de relatos propios, pero estos sólo tendrán sentido si están en diálogo con los usos y apropiaciones que hacen a la cotidianeidad de los pueblos.

El auge de los medios de comunicación significó la posibilidad de masificar los mensajes producidos y multiplicar la profusión de símbolos, interviniendo en los modos de vinculación entre el Estado-nación y ciudadanos. Estos medios permitirán y propiciarán una extensión, estandarización y homogeneización de símbolos que se traficarán cargando de sentido la significación sobre la nación.

Así como ocurre en la articulación que se establecerá entre medios de comunicación y deportes, puede pensarse que la nación se construye sobre múltiples y variados soportes. Este cruce, ampliamente recorrido para el caso argentino por Eduardo Archetti (2001) en *El potrero, la pista y el ring* y continuado por Pablo Alabarces (2008) en *Fútbol y patria*, sostiene cómo el deporte implica una herramienta muy poderosa de solidificación y vehiculización de los discursos nacionales.

Ya en 1990 Eric Hobsbawm sostenía que el deporte tendía un puente sobre el abismo que separaba el mundo privado del público; en ese tránsito el deporte se constituyó como un espectáculo de masas. Los representantes nacionales enfrentados en una arena internacional serán (y son aún hoy) un mecanismo de afirmación de un nosotros, que se constituye como tal a partir de diferenciarse de otro que en esa competencia se corporiza y pone en competencia.

De este modo, los deportistas funcionarán como una representación de su nación, en tanto expresiones primarias de sus comunidades imaginadas. La efectividad de este fenómeno radicará en la enorme capacidad de condensación que tendrá respecto de la idea de representación nacional. El establecimiento de las reglas del deporte moderno estandariza y pone en condiciones de supuesta igualdad a las naciones que deban enfrentarse en una contienda de tipo internacional.

De esta forma, la proyección de la comunidad imaginada se tornará más tangible y poderosa cuando observamos de qué modo la traslación representacional nos llevará de la comunidad imaginada, la nación en su totalidad, a un deportista embajador que la representa. El deporte permitirá que, con relativa facilidad, un deportista pueda sostener sobre sus espaldas una monumental complejidad con todas sus contradicciones y conflictos como lo es “la nación”.

Entre esos dos polos fluctuará con gran rapidez el peso simbólico de tamaña problemática. Esa potencia simbólica no es el resultado de su capacidad intrínseca, sino de su articulación espectacularizada con el auge de los medios de comunicación que se constituyen en vehículo y protagonista de la construcción del relato.

Un modo de relación con el fenómeno deportivo que, como plantea Alabarces (2008) vincula al deporte en tanto género mediático, es decir que el deporte en sí mismo no puede explicar esa enorme capacidad simbólica, sino que

constituye esa potencia a partir de la mediación realizada por los medios de comunicación.

Pensar y reflexionar sobre esa triangulación dada entre Estado, industrias culturales y nación aportará una herramienta para dar cuenta de los modos en que se lleva a cabo la construcción hegemónica. Resulta importante identificar los modos de dicha configuración hegemónica, como construcción y consolidación de un consenso sobre el proyecto político.

Incluso será aún más interesante pensar y dar cuenta de los valores que esa construcción legitima, enaltece y fija como parámetros deseables. Considerar esta cuestión será la introducción de su dimensión política, los proyectos políticos no construyen consenso porque sí, bajo cualquier sentido en función de su efectividad. Construyen una matriz de ideas fuerza que marca una clara definición sobre lo social, sobre lo legítimo y sobre lo subalterno.

6.2 Modos de pensar al Estado. Discusiones y paradigmas de indagación

La concepción marxista del Estado lo entiende como un órgano de dominación de clase, surgido a partir de contradicciones irreconciliables entre las mismas. En definitiva, el Estado es pensado como un aparato de opresión de una clase por otra. De esta forma, el poder político pasa a ser entendido como la violencia organizada de una clase para oprimir a otra.

Desde la teoría marxista, por su carácter dominante, el Estado se situaría por encima de la sociedad, es decir que se divorcia de ésta. Marx afirma que por Estado se entiende, en realidad, la máquina de gobierno, en cuanto por efecto de la división de trabajo forma un organismo propio, separado de la sociedad. De esta forma el Estado pasa a convertirse en ficción.

Desde la mirada marxista, Kautsky (1978) sostiene que “el Estado nació de la necesidad de tener a raya los antagonismos de clase, y como, al mismo tiempo, nació en medio del conflicto de estas clases, el Estado lo es, por regla general, de la clase más poderosa, de la clase económicamente dominante, que con ayuda de él se convierte también en la clase políticamente dominante, adquiriendo así medios para la depresión y explotación de la clase oprimida”.

Esta concepción considera al poder desde una mirada instrumentalista, es decir como un objeto que debe ser tomado, donde el Estado es el espacio materializado del poder. Por ende, se entiende que aquellos que no pertenecen al Estado, carecen de poder, y el medio para conseguirlo sería la toma del mismo. Por lo tanto, la liberación de la clase oprimida se lograría por medio de una revolución violenta contra ese poder estatal que separa a la sociedad, donde el poder sería tomado a partir de arrebatarlo a la clase dominante.

Se puede deducir que toda concepción de Estado está ligada a una determinada idea del poder y viceversa. La manera de entender al poder, cómo se consigue, cómo se consolida y demás estará determinando la mirada sobre el Estado y la forma de llegar al mismo; aquí pueden comenzar a pensarse las críticas que Foucault le realiza a la mirada Marxista.

Michel Foucault introduce, al igual que Gramsci, un quiebre en la teoría marxista del poder, ya que intenta desligar a este término de la asociación a un sistema general de dominación ejercida por un grupo sobre otro, como un conjunto de instituciones o aparatos que garantizan la sujeción. Su planteo sostiene que el poder debe dejar de pensarse situado en un foco único, en un punto central, del cual desciende, sino que debe comprenderse desde la multiplicidad de las relaciones de fuerza.

“El poder está en todas partes; no es que lo englobe todo, sino que viene de todas partes: y el poder, en lo que tiene de permanente, de repetitivo, de inerte, de autorreproductor, no es más que el efecto de conjunto que se dibuja de todas esas

movilidades, el encadenamiento que se apoya en cada una de ellas y trata de fijarlas” (Foucault, 1996:112).

Los quiebres con respecto a la teoría marxista son diversos, en lugar de pensarse el poder como un objeto, se sostiene que éste se encuentra en el complejo tejido de relaciones sociales. El poder no se encuentra en la negación sino en la producción, es decir que más allá de actuar represivamente, crea normas, actitudes, comportamientos, etc.

Por otra parte, el poder no debe ser entendido desde un dualismo que separe tajantemente entre dominantes y dominados, siendo estos últimos el “reflejo” de la voluntad de los primeros, sino que existe una mediación dentro de una red de relaciones que van constituyendo el poder. Esto no quiere decir que el dominio sea emergente, sino que es construido, aunque no responda a una causalidad. En otras palabras, el dominio no nace por una relación causa efecto, sino que se dirime y consolida en el seno de las relaciones.

Esta forma de mirar al poder por parte de Foucault le da un mayor protagonismo a la subjetividad, a partir de considerarla parte de esas relaciones, y ya no el simple efecto de un estímulo externo. De esta manera el sujeto representa uno de los puntos de resistencia movibles y transitorios que están presentes en todas partes de las redes del poder. “Es sin duda la codificación estratégica de esos puntos de resistencia lo que torna posible una revolución, un poco como el Estado reposa en la integración institucional de relaciones de poder”.

Aquí es posible ver otra diferencia con la concepción marxista, ya que ésta consideraba que la revolución llegaría de la mano del partido, entendido como un grupo de iluminados que comandaría la acción. Foucault, por su parte, rescata la potencia de resistencia que se encuentra diseminada en la red de relaciones de la cual forman parte los sujetos.

Foucault (1979:143) sostiene, “no considerar el poder como un fenómeno de dominación masiva y homogénea de un individuo sobre los otros, de un grupo sobre los otros, de una clase sobre las otras, sino tener bien presente que el poder, si no se lo contempla desde demasiado lejos, no es algo dividido entre los que lo poseen, los que lo detentan exclusivamente y los que no lo tienen y lo soportan. El poder tiene que ser analizado como algo que circula, como algo que no funciona sino en cadena. No está nunca localizado aquí y allí, no está nunca en las manos de algunos, no es un atributo como la riqueza o un bien. El poder funciona, se ejercita a través de una organización reticular. Y en sus redes no solo circulan los individuos, sino que además están siempre en situación de sufrir o de ejercitar ese poder, no son nunca el blanco inerte o consintiente del poder, ni son siempre los elementos de conexión. En otros términos, el poder transita transversalmente, no está quieto en los individuos”.

Esta manera de abordar la cuestión del poder crea una matriz diferente a través de la cual se observará al Estado. Marx, al sostener una visión instrumentalista del poder, entendía al Estado como un aparato de dominio de la sociedad situado externamente a ella. Mientras que Foucault, a partir de su mirada del poder desvinculada de esa centralidad, pensará al Estado de una manera diferente. Se abandona la percepción del Estado como un órgano externo a la sociedad, para pasar a comprender que éste se encuentra en disputa dentro de la sociedad, en las múltiples relaciones sociales que se negocian, establecen y construyen.

La indagación sobre el Estado deberá realizarse también por fuera del edificio jurídico, es decir que hay que estudiar el poder desde fuera del campo de la soberanía jurídica, ya que el Estado no se ve acotado sólo a esos aparatos institucionales. El poder se encuentra en el interior de los entramados sociales, disputándose y reconvirtiéndose en cada una de sus instituciones (escuelas, clubes, medios de comunicación, familia, barrios, etc.), en cada una de las prácticas cotidianas.

La ruptura con la mirada estructuralista está dada a partir de la concepción de una construcción social del poder, ya no de una imposición como lo planteará cierta lectura de Marx. Es decir, que el poder no sólo será ejercido negando a partir de las restricciones, sino por medio de la construcción de sentidos que den lugar a ese “nuevo orden interior”, generando un tipo de control social, lejos ya de la mera coerción. Se concibe al poder desde sus características productivas, desde lo que éste crea.

6.3 Identidades, proyecto colectivo y construcciones hegemónicas.

Pensar la nación será una doble tarea, implicará una doble mirada inevitablemente: una mirada “desde arriba” y una mirada “desde abajo”. La mirada desde arriba estará dada por mirar la estructura del Estado-nación, la creación de sus relatos, los indicios que nos aporten pistas de cómo es concebida y ejecutada la nación.

Por otra parte, la mirada desde abajo refiere a la nación en cuanto a cómo es vista, cómo es interpretada, cómo es pensada, cómo es imaginada por la comunidad que la constituye.

La doble mirada nos permitirá aproximarnos a los diálogos y discusiones entre ambas dimensiones cruzadas que constituyen el magma de lo social. Cabe aclarar que una aproximación compleja acerca de la configuración de las identidades no comprenderá a la identidad nacional como excluyente de otras, muy por el contrario es parte –importante– de las tramas identitarias que conforman las subjetividades contemporáneas.

De la misma manera que no somos sujetos definidos por una única identidad, cada una de esas identidades se encuentra en movimiento constante, en un continuo devenir, lo cual no garantiza de manera absoluta la permanencia

invariable de ciertos patrones, sino que estos pueden cambiar y desplazarse con mucha velocidad.

Este elemento es el que explica la existencia propia de la dinámica social en su funcionamiento coyuntural e históricamente situado. Por esto, dado que nuestras preocupaciones político-epistemológicas hacen foco en la necesidad de que la producción de conocimiento dé cuenta de los fenómenos contemporáneos en el cambio de época, a fin de aportar a la profundización de los caminos de emancipación, será el foco y la preocupación principal.

La nación se constituye, indefectiblemente, como un proyecto colectivo. Las diferentes matrices ideológico-políticas que forman parte de la arena de debate por la imposición de un modelo de nación asumen que lograrán este cometido sólo si pueden tener la dirección del Estado-nación de algún modo.

Sin embargo, tal como describimos en la crítica de Foucault a la concepción estructuralista del Estado, la dirección política de un Estado no es un elemento determinado ni determinante. Como toda trama marcada por la hegemonía y la construcción de consensos se inscribe en el diálogo con la constante fluctuación de las significaciones imaginarias.

De esta forma, para llegar a tener la dirección político-institucional del Estado-nación, será necesaria la articulación del relato que construya cada colectivo político, con los imaginarios del pueblo. Tarea que sólo puede ser constituida a partir de la construcción de relatos que le den sentido y dirección al proyecto que pretenda completar ese significativo vacío que la disputa política intenta completar. En definitiva, se tratará de una clásica y vigente discusión gramsciana: la discusión por la hegemonía.

La noción de hegemonía posee una capacidad interpretativa superlativa al lograr resumir –mejor que cualquier otro término– la relación entre dominación y liderazgo político como un cruce constitutivo de la vida social. En Gramsci se identifica claramente que la ascendencia económica y política de una clase

determinada estará orgánicamente relacionada con una labor –previa y continua– de conformación de una hegemonía cultural e intelectual.

En el proceso de la conformación hegemónica, los intelectuales orgánicos cumplirán funciones organizativas que le den factibilidad y sostenimiento al proyecto. Una tarea fundamental será la articulación entre la visión de mundo de la clase con el proyecto de nación esbozado.

De esta forma se le da una unidad y una conciencia de sus fines como proyecto: lograr la estructuración de las diferentes instituciones de la vida social en línea con sus fines y, de este modo, constituir las bases de un consenso en torno a las ideas de clase que el colectivo defiende y proyecta.

El cambio en la obra de Gramsci es que este análisis complejo no es entendido sólo como denuncia de lo que se comprendería en la mirada del marxismo estructuralista como los aparatos de dominación. El autor problematiza estas cuestiones para responder su pregunta que será ¿cómo hacer prosperar su proyecto político de la revolución socialista?

Por esto, las factibilidades y las posibilidades de todo proyecto político necesitarán de la acción de los intelectuales orgánicos que permitan ensayar y construir sus condiciones de posibilidad. Condiciones que se darán por el establecimiento efectivo de una aceptación colectiva e institucional de las ideas que motoricen el proyecto emancipatorio.

La clave será el reconocimiento de la dialéctica que siempre existe, y Gramsci repone en su análisis al pensar la relación base – superestructura. Un avance que implica la ampliación conceptual dada por la incorporación de la dimensión cultural, reconociendo el peso superlativo de lo simbólico y lo imaginario al momento de constituir y consolidar proyectos políticos interesados por darle una dirección determinada a la nación.

Roberto Arlt, en 1932, en una de sus crónicas periodísticas describe a la perfección esta problemática: “de cien proletarios 90 ignoran quién es Carlos Marx pero 90 pueden contestarle en qué estilo daba besos Rodolfo Valentino y qué bigote usa José Mojica”.

La clave para transformar el mundo será comprenderlo en primera instancia, pero esa comprensión no debe ser la soberbia del intelectual que analiza lo otro. Sino el del investigador que comprende, y en esa comprensión, logra aprender del pueblo. De aquello que sale de su registro de lengua docta, pero explica de un modo elocuente cuáles son los sentidos que laten en lo popular. La síntesis que el proyecto de Artigas, que buscaba el encuentro entre el campo intelectual a través de sus diálogos con Mariano Moreno, y su sensible vinculación con las culturas populares.

Gramsci continúa siendo una clave teórica fundamental para pensar los movimientos políticos a los que asistimos en la actualidad. La vigencia de su pensamiento está dada por el reconocimiento de la conformación de arenas políticas ampliadas en occidente y un anticipado reconocimiento del impacto que tendrían las democracias representativas como modo de gobierno. Resulta sorprendente por lo adelantado de sus reflexiones y por las condiciones opuestas a las que produce tamaña reflexión.

Como plantea Benedict Anderson (2007:286), “Sin embargo, para los cementerios de Braudel, que se acumulan implacablemente, la biografía de la nación destaca (en contra de la presente tasa de mortalidad) suicidios ejemplares, martirios conmovedores, asesinatos, ejecuciones, guerras y holocaustos. Más, para servir al propósito de la narrativa, estas muertes violentas deben ser olvidadas/recordadas como ‘nuestras’”.

La nación y lo nacional serán, por definición, una configuración mítica, emblemática, simbólica y narrativa sobre un nosotros, sobre un colectivo. Por ello, la definición de “lo nuestro” –de “la nuestra” que Eduardo Archetti reconstruyese

magistralmente en *El potrero, la pista y el ring*– será una de las estructuras para constituir y replicar de manera efectiva y tangible lo que inicialmente se constituye como una comunidad imaginaria.

Luego, ambos andariveles recorrerán sus caminos alimentándose, ya que “lo real” y “lo imaginario” no son posibles el uno sin el otro. Por ello deben ser indagados en esos términos, en ese cruce constante de definición y redefinición profunda sobre el sentido y la forma de la nación.

6.4 Diversidad

La conformación “étnica” será otro elemento central a la hora de pensar las características y composición de la nación. Como plantea Benedict Anderson (1983) en su problematización sobre las comunidades imaginadas, la determinación biologicista no es factible para pensar la composición de las diversidades al interior de una nación.

La base crucial de la grupalidad será de tipo histórico, social y cultural antes que biológica, ya que lo que entendemos como lo biológico en esta materia es eminentemente cultural: las razas no existen como entidad biológica, sino como concepto político que habilita las prácticas de la segregación.

En *Django*, película dirigida por Quentin Tarantino, el señor Candy (interpretado por Leonardo Di Caprio) en un momento disecciona un cráneo para dar una explicación científica de la supuesta inferioridad evolutiva de la “raza negra”. El fundamento “biológico”/“científico” será eminentemente un argumento político que funcionará como herramienta para justificar y ejecutar la violencia, segregación y subalternización ejercida en pos de intereses de clase.

La configuración de esta problemática será diferente de acuerdo a cada territorio nacional en América Latina, tenemos experiencias de lo más variadas en

cuanto a las integraciones étnicas en la integración de afrodescendientes y pueblos originarios.

Hablamos de un tipo de convivencia intrínsecamente conflictiva que en este cambio de época ha encontrado finalmente reconocimientos a pueblos violentados y postergados históricamente.

El caso más paradigmático será la figura de Evo Morales Ayma en Bolivia que representa un cambio radical en la vinculación Estado-nación y pueblos originarios. Transformación que se materializa en un acto de cambio tan radical y profundo como la modificación del nombre de la república: en 2009 Bolivia pasará a llamarse “Estado Plurinacional de Bolivia”, bajo el argumento de que es un Estado con pluralidad política, económica, jurídica, cultural y lingüística.

En Argentina el caso es extremo, la escasa población afrodescendiente tiene, en principio, una explicación económica: debido a las condiciones naturales, la primacía de un sistema de carácter productivo y no eminentemente extractivo, lo cual explica de algún modo la composición con menor cantidad de afrodescendencia.

Por otra parte, los pueblos originarios, con la constitución del Estado-nación sufrieron un plan de exterminio programado, asentando ese proyecto de nación sobre un genocidio. Por lo cual podemos ver allí cómo no puede hablarse de un configuración identitaria que se proponga unir etnicidad originaria, nación y Estado.

Por lo tanto, la narración de la etnicidad como principio constitutivo de la nación no tendrá en nuestro caso un carácter anclado en el argumento biológico. Sino que se asentará sobre la base de la inmigración una cierta característica originaria, en una relación directa con el momento de constitución de la nación. Será la inmigración la base del relato, asentando la empresa que Halperin Donghi (1995) describiese como la tarea de construir una nación para el desierto argentino.

Como sostiene Hobsbawm (2012), el argumento étnico con mayor frecuencia se ha utilizado para señalar o reforzar distinciones entre un “nosotros” y un “ellos”. La definición étnica como particularidad será un modo de diferenciación, no de diversidad. La diferencia es notable y tiene una implicancia violenta. La distancia entre la diferencia y la diversidad es la segregación que una habilita, a diferencia de la otra.

El argumento étnico será un argumento de diferenciación, por ende de segregación y división. Sobran casos que nos permitan dar cuenta de esto en la historia universal, la propia constitución del proyecto moderno occidental se apoya sobre esta base, la convicción de que hay pueblos civilizados y pueblos que deben ser civilizados en función del canon que establece el racionalismo.

La pregunta central de este trabajo se vincula con esta dimensión: la posibilidad de la diferenciación será el habilitante para el ejercicio de las violencias simbólicas, materiales e institucionales. Para ello, los mecanismos de diferenciación serán fundamentales habilitadores. Como planteamos anteriormente, esos mecanismos son eminentemente culturales, por ello implicarán la violencia ejercida por parte de un grupo sobre otro.

Es indudable que la existencia de las diferentes grupalidades da lugar a una necesaria convivencia de colectivos dentro de otros colectivos, la multiplicidad del mundo social así se constituye. La diferenciación se ocupa de establecer una escala en esta diversidad, de esta forma indicará que existen legitimidades e ilegitimidades.

Allí radicará la condición necesaria para luego establecer que ciertas prácticas, como el corte de una calle en señal de protesta, sean para algunos un derecho y para otros una atribución indebida. La forma en que sobre un mismo hecho se establece una tolerancia para el caso de unos y una intolerancia absoluta para el caso de otros no es un fenómeno que se circunscriba exclusivamente a lo simbólico.

Un hecho como este tiene significaciones materiales concretas, la derivación más inmediata que podemos imaginarnos es la posibilidad del ejercicio de las fuerzas represivas sobre ciertas grupalidades, antes que otras. Por otra parte, en términos simbólicos e imaginarios más amplios, significa el establecimiento claro de que existen ciudadanos con determinados derechos que no pueden ser vulnerados y otros que si pueden ser susceptibles de ello.

La posibilidad del acceso al consumo será un elemento diferenciador: quienes tienen la posibilidad material del consumo ingresarán en un marco de legitimidad habilitante. Por caso, en Argentina, el discurso mediático tolerará el corte de calles por parte de usuarios afectados por un corte de luz, pero considerará una excesiva atribución si la misma acción busca una respuesta de ayuda social por parte del Estado a los sectores populares

El argumento biologicista siempre tiene un anclaje cultural, el señor Candy disecciona el cráneo y explica de ese modo por qué los negros no pueden realizar las mismas tareas que los blancos. El argumento es un constructo biológico y la consecuencia de ese argumento siempre será cultural e histórico-social. En definitiva será una respuesta de tipo político.

Como planteamos anteriormente, ese argumento en Argentina no tendría una posibilidad de aplicación efectiva de modo directo si pensamos en la conformación de un imaginario sedimentado sobre la creencia de que negros e indios han desaparecido de nuestras sociedades por diferentes causas. Resulta inquietante pensar en esa recurrencia sobre la idea de la desaparición en nuestra historia política y cultural. Más bien podríamos hablar de un gran proceso de invisibilización.

Como ya sabemos, todo hecho es fundamentalmente un hecho histórico, por ello las alteridades se transforman y mutan constantemente de acuerdo a las diferentes circunstancias históricas. Es decir que la subalternización que los

sectores dominantes realicen no se aplicará siempre del mismo modo y sobre los mismos colectivos.

Algo está claro, siempre la subalternidad existirá, al menos en nuestros modelos de sociedades capitalistas que necesitan consolidar los mecanismos simbólicos de distinción de sus ciudadanos como un modo de reproducción. La cuestión será poder dar cuenta de quiénes son subalternizados, por qué y bajo qué mecanismos esto se logrará.

Para avanzar en esta reflexión resulta interesante recuperar la idea de protonacionalismo que propusiese Eric Hobsbawm. Entendiendo que la nación moderna difiere en tamaño, escala y naturaleza de las comunidades consideradas “originarias” o “iniciales”. La diferencialidad en cuanto a ese núcleo se verá contenida por la constitución de la comunidad imaginada que Benedict Anderson describiese.

La pregunta que sigue a este interrogante es por qué se movilizarían estas ideas que dan como resultado la constitución de una comunidad nacional. Los cimientos de esa comunidad imaginada se constituirán a partir sentimientos de pertenencia colectiva existentes en el imaginario como semillas a germinar. Existentes en los términos de un relato que contendrá un basamento previo sobre el cual se asienta la construcción de un nuevo proyecto hegemónico que narra y proyecta a un colectivo.

La persecución y borramiento de toda expresión cultural prehispánica en el territorio del Río de la Plata anulará la posibilidad de un relato anclado en un origen de vinculación y pertenencia con el territorio.

El núcleo del relato deberá construirse entonces desde la colonia y cobrará forma la idea del patriota como actor protagónico y capaz de amalgamar un relato anudado con los sentimientos de pertenencia colectiva a nivel nacional. Desde esa base iniciática, que tiene el carácter de la construcción de una narración y una

serie de mitos, se constituirá lo que en Hobsbawm se entiende como “protonacionalismo popular”.

El protonacionalismo puede definirse como algunos sentimientos de pertenencia colectiva, establecidos sobre una base simbólica definida previamente, que pueden ser utilizados y funcionar en una escala macro política con el fin de armonizar Estados y naciones modernos. Significará que los protonacionalismos se enunciarán desde el lugar de una condición originaria, con un anclaje en una supuesta condición popular que brindaría la potestad a estos grupos de regir los destinos de la patria.

Pensando la heterogeneidad y la larga tradición histórica que une a las luchas populares, podemos pensar que la disputa sobre el sentido de ese protonacionalismo estuvo desde el comienzo de la conformación del Estado-nación.

En Argentina podríamos observar que la configuración de este protonacionalismo tuvo su núcleo iniciático entre las clases patricias del puerto del Río de la Plata. Un tipo de protonacionalismo que se constituirá en su relato haciendo foco en una etnicidad negativa como pilar de la constitución de aquella comunidad imaginada. Se tratará de un nacionalismo asociado a una idea chauvinista y xenófoba de la derecha, que cargará con un sentido de exclusión términos como “patria”, “patriotismo” y “tradición”.

Sin embargo, esos grupos intelectuales tuvieron una serie de discusiones con diferentes representantes pertenecientes a este sector social, pero con ideas emancipatorias para esa instancia de creación. Esos serán los personajes que se reivindicuen y sobre los cuales el estado del cambio de época intentará construir las bases de un protonacionalismo popular.

La decisión de llevar a cabo producciones audiovisuales que retomen la figura de Belgrano a partir de relatos más “humanizados” implica una transformación. De esta manera se rompe con el aura impoluto impuesto sobre los

próceres de la revolución de mayo como si todos fuesen patriotas abnegados y entregados a la causa nacional, y no los criollos que días atrás mantenían las mejores relaciones con el virreinato.

Esta empresa significará un desafío y una apuesta. La apuesta será la de reconstruir un relato nacional que reivindique un carácter de tipo emancipador e inclusivo en América Latina, en tanto tradición política y serie histórica.

Si el modo de constituir la matriz político-económico-ideológica nacional de las oligarquías fue el de establecer un protonacionalismo conservador y elitista, la respuesta de los gobiernos del cambio de época será reconstruir otro protonacionalismo a partir de valores opuestos. Se tratará de otros relatos que repongan la discusión ideológica originaria que se sostenía en torno al proyecto de nación que se estaba conformando en ese momento inaugural.

Este protonacionalismo no tendrá las características de un tipo de etnicidad negativa, muy por el contrario aceptará y contendrá la multiplicidad cultural. El ejemplo más claro de ese cambio de dirección será el mencionado hecho político del cambio de denominación a Estado plurinacional de Bolivia. En este caso hablaríamos de una etnicidad en términos positivos que, se entiende, debe ser resaltada y celebrada por el Estado-nación.

La reconstrucción de la serie histórica que anteriormente relatamos responde a un valor fundamental del protonacionalismo: este se constituirá en torno a la conciencia de pertenecer o haber pertenecido a una entidad política duradera. La trascendencia del Estado nacional como proyecto colectivo que aglutina en torno a la idea de una comunidad imaginada adquiere densidad en tanto se constituye como una nación histórica.

La perdurabilidad, el relato de un encadenamiento histórico que une, guía y otorga sentido, será fundamental para sostener un proyecto tan trascendente como es el proyecto de nación. Por ello, el relato en disputa deberá valerse de encadenamientos, de cruces de eslabones que le den sentido de serie histórica y

de proyecto que si bien tiene ciertas características coyunturales actuales, es el producto de una tradición histórica emancipadora a nivel mundial, una historia encadenada y de supervivencia rizomática en términos continentales.

Es decir que la reconstrucción de ligazón de hechos y referentes emancipatorios se caracterizará por una reivindicación de las luchas por la emancipación que no se unifican por una ideología determinada. La unificación se dará por valores superiores que funcionarán como significantes contenedores de la multiplicidad de proyectos políticos contenidos.

El desafío y la tarea de esta conformación protonacional será la construcción de un pueblo, la definición de ese pueblo será el fundamento principal para constituir la unidad necesaria que permita establecer la comunidad imaginada que tuviese su origen en el nacionalismo.

Como sostendrá Clifford Geertz (1994), la conformación del nacionalismo consistirá en la confrontación de un denso conjunto de categorías culturales, raciales, locales y lingüísticas de identificación y de lealtad social. Todo ello resumido y puesto en acción mancomunada a partir del establecimiento de un concepto simple, abstracto y deliberadamente elaborado de etnicidad política.

Esa será la clave, la constitución de estos relatos que no se encontrarán cimentados sobre identidades étnicas en términos biológicos o “raciales”, constituirán un núcleo ampliado de etnicidad política. Por ello, como planteábamos anteriormente, los constructores del relato sobre la identidad nacional y una determinada especificidad, antes que estrategias bélicas, eran hábiles, lucidos y profundos actores políticos, construyendo un relato de unificación nacional.

Una clara muestra de esta dimensión, ya en el plano de los relatos desacralizados, será relatada en la película *Belgrano*, donde se muestran las capacidades políticas y diplomáticas de éste en su relación con las clases aristocráticas que deben financiar las batallas contra las fuerzas imperialistas. La participación de Belgrano allí es la de un operador político que cumple con las

pautas culturales de las clases terratenientes, comprendiendo que necesita de esa relación para conseguir su objetivo.

Geertz (2003:206) sostendrá que “los hombres que recogieron este desafío, los intelectuales nacionalistas, desencadenaban así una revolución tanto cultural, y hasta epistemológica, como política. Esos hombres intentaban transformar el marco simbólico dentro del cual los individuos experimentaban la realidad social y, en la medida en que la vida es lo que debe importarnos, transformar esa realidad misma”.

6.5 El retorno de la pregunta por la nación

La posmodernidad aparece como un interrogante dentro de la modernidad, la modernidad no se terminó, no fue superada. La expresión de su crisis fue lo que conocemos como posmodernidad, pero podemos ver como las instituciones que se pensaba estaban en una decadencia irreversible, con una serie de cambios históricos, vuelven a ponerse en escena y a valorizarse las luchas por otorgar sentido a las instituciones que se creía abandonadas como hangares vacíos, despojados de todo deseo de acción colectiva.

Plantea Castoriadis que la modernidad duró aproximadamente dos siglos (entre 1750 y 1950). Según el autor, luego sobrevino la época del conformismo generacional, la modernidad que se había constituido por la rebeldía y el cuestionamiento constante hacia lo establecido (en filosofía, política y arte). En 1992, cuando Castoriadis ofrece la entrevista de donde extraemos estas reflexiones, su pensamiento identificaba el debilitamiento del espíritu cuestionador, pero no se arriesgaba a afirmar que ese debilitamiento implicase la desaparición del mismo.

Podemos entender que los tiempos de cambio que referimos como marco histórico social en el cual se inscribe esta tesis, son una resignificación y

revitalización de las ideas que, en ese momento de crisis histórica, Castoriadis observaba apesadumbrado. El cambio de época significa la renovación de la confianza en las instituciones, particularmente en el Estado como órgano capaz de reparar las penurias infligidas a los pueblos, y la política como la vía para dirimir los proyectos de nación que se ponen en juego cotidianamente.

La nación reaparece, jamás dejó de estar presente y de ser un operador simbólico superlativo en la configuración de las identidades. Podemos entender que la crisis de la idea de nación será la derivación del programa político-económico que el liberalismo extremista provocó al intentar minimizar de un modo brutal al Estado, propiciando una separación entre Estado y nación.

La pretensión del borramiento del Estado derivará en una inevitable crisis sobre el relato de la nación que se constituye a partir del Estado como una unión indisoluble. Pero aquí entenderemos esta cuestión en esos términos, los de una pretensión del borramiento, lo cual dista mucho de ciertas lecturas que se apresuraron a dictaminar y afirmar su muerte.

Comprender a la nación como fuerza histórica implica comprender su devenir en términos también históricos. La conformación del relato sobre la nación será el producto del modo en que se dirima la discusión de los diferentes modelos de nación que en la arena política se verán contrapuestos.

La nación será la garantía que persista cuando la sociedad sea puesta en riesgo. Su carácter de persistencia histórica y la incapacidad de imaginar la posibilidad de su disolución hacen que la nación pueda pensarse –en ese momento histórico– como un significante en crisis, pero continua teniendo su capacidad de articulación social y simbólica activa.

Esta cuestión se verá claramente en los diferentes casos de América Latina en el cambio de época. Luego de crisis económicas, políticas e institucionales profundas, los gobiernos populares que redireccionan los rumbos de sus naciones

y las colocan en una perspectiva continental, hacen esto retomando la idea de nación y actuando sobre ellas.

La nación, la comunidad imaginada configurada para ejercer violencia, segregar a los pueblos y defender los intereses oligárquicos no será entendida por los gobiernos del cambio de época bajo esos signos históricos. Sino que será reactualizada en otros términos políticos radicalmente opuestos a los anteriores. Tomado este camino, el cambio de época demandará –indefectiblemente– la refundación de las naciones.

En 1990 Hobsbawm cierra su fundamental obra “naciones y nacionalismo” planteando que en la actualidad el nacionalismo es históricamente menos importante, entendiendo que ya no es un programa político mundial como lo era en el siglo XIX y principios del XX. Desde esta tesis afirma: “Las naciones y el nacionalismo estarán presentes en esta historia, pero interpretando papeles a menudo bastante insignificantes” (2012:201)

Para Hobsbawm, las preguntas por la nación y el nacionalismo no serían significantes apropiados para analizar las transformaciones históricas en la actualidad, ni los procesos socioculturales que en torno a ellos se desatan. El autor realiza tal afirmación en un contexto de derrota de los movimientos emancipatorios, de profundización de los procesos de globalización y, principalmente, en un contexto de crisis del relato moderno.

El recorrido que en su obra plantea sostiene la indisoluble relación entre el proyecto moderno y el Estado-nación, elementos que serán indisolubles, teniendo su máxima expresión y apogeo entre el siglo XIX y XX.

Sin dudas, las condiciones históricas se transformaron, las tecnologías con el virtual achicamiento del mundo y las distancias reconfiguraron las ideas de ciudadanos del mundo. Al mismo tiempo la consolidación del capitalismo, a través de su expresión fundamentalista en el neoliberalismo, tendrá un impacto devastador y otros tantos miles de procesos históricos estarán en curso alrededor

de esta afirmación de Hobsbawm (incluso muchos de ellos se han visto potenciados exorbitantemente respecto de aquel 1990 en que esto se escribe).

Temprana y lúcidamente el autor identifica una transformación histórica que va a reconfigurar el mundo tal cual lo conocíamos hasta ese momento. Sospecha tan radical ese cambio, tan profunda esa derrota, que se aventura a suponer el fin de las naciones como ideas motoras de las grandes empresas del hombre. Desde esa presuposición, la crisis será sobre todas las certezas que habían organizado y construido el mundo.

El recorrido histórico-social sobre la idea de nación, su surgimiento, consolidación, apogeo y crisis muestra claramente cómo esta idea se constituyó en principio rector y organizador de la vida cotidiana. Efectivamente, será imposible abordar y comprender los fenómenos acontecidos en los últimos dos siglos sin poner un eje en la idea de nación. Una idea que puede llegar a predisponer hombres y mujeres dispuestos a entregar sus vidas por ese ideal, representa un núcleo simbólico-material trascendente para pensar las cotidianidades.

Realizando nuestra lectura desde la actualidad, no concordamos con las afirmaciones que en ese momento realizara Hobsbawm relativizando el futuro lugar de la idea de nación. En diferentes ejemplos y experiencias logramos observar y palpar de qué modo pervive la idea de nación. La nación continúa organizando una estructura simbólica potente en torno a la cual circulan sentidos, sentimientos y sensibilidades que no se han diluido como producto de la crisis de la modernidad, sino que se han reconfigurado y reconstruido por nuevas vías.

Será el mercado, en su alianza permanente con la industria cultural, uno de los lugares en los que se sostenga el relato sobre lo nacional como argumento de venta. La apelación al orgullo, y a las particularidades de “lo argentino”, serán un modo de sostener el relato de una cierta especificidad, ante un mundo hiperconectado que planteará un constante flujo entre interior y exterior.

Dado que esta transformación es, fundamentalmente, una transformación identitaria, la reafirmación de un nosotros con respecto a un ellos será un elemento clave para sostener un sistema mundializado. Afirmamos esto porque si bien alienta una supuesta apertura de las fronteras sin límites, demanda lazos identitarios más estables y duraderos, la nación sin dudas es uno de ellos.

Más allá de estas cuestiones en las que la lectura de Hobsbawm nos parece apresurada y errónea en su proyección a futuro, retomamos la lectura de este pensador porque las pistas de su reflexión sobre la nación están vigentes para pensar procesos actuales, y deben entenderse en el marco del tiempo histórico que lo circunda y lo marca.

Nuestra convicción de que asistimos a un proceso de reconfiguración de lo nacional con nuevos signos y un sentido de la historia diferente, demanda que podamos pensar este cambio de época como una reconfiguración de las naciones. Por ende, debemos pensar en cómo se constituyen y constituyeron aquellos relatos que dieron forma y contenido a nuestras naciones.

El recorrido que, entre otros, realizan Ernest Renan, Eric Hobsbawm y Perry Anderson es una problematización profunda sobre la complejidad de la constitución del nacionalismo y luego de las naciones. Los pensadores que sucedieron a estas problematizaciones, inmersos en la inestabilidad e incertidumbre que la nación como relato planteaba, escogieron caminos más híbridos. Allí, la nación aparecía, en las palabras de Beatriz Sarlo, como una supervivencia pulsátil, como una forma en que la nación incluiría a quienes, de otro modo, abandona.

De esta forma, la pregunta por la nación fue abandonada como pregunta central en medio de la crisis profunda de la modernidad. A partir de esto, observaremos manifestaciones situadas en experiencias más particulares y acotadas, donde lo nacional aparecerá como una cuestión residual que en algunas ocasiones emerge en el magma de otras significaciones que estarán circulando.

Ante las transformaciones estructurales a las que asistimos en este nuevo tiempo histórico en América Latina, consideramos fundamental retomar las preguntas sobre la estructuración de la vida social, ya no asumiendo el fin de la modernidad y sus instituciones.

La propuesta de nuestro abordaje parte de pensar a la modernidad como un proyecto que mantiene su continuidad, en términos de bases profundas de estructuración imaginaria, simbólica e institucional. Esto no quiere decir que pensemos por fuera del devenir histórico, que sin dudas marca transformaciones y reconfiguraciones de las instituciones y los imaginarios indagados.

Resulta claro que esas transformaciones acontecen sobre una base simbólica e institucional que persiste y continúa siendo un campo de disputa para quienes piensan proyectos colectivos, tanto en los sentidos emancipatorios como conservadores.

El cambio de época significa una reconfiguración del sentido que porta el significante nación; la construcción de relatos y el establecimiento de un encadenamiento histórico de luchas, hacen al núcleo central de la disputa por el sentido de la nación. Comprenderemos que las posibilidades de transformación efectiva y extendida sobre las condiciones de vida y de desigualdad se vuelven posibles. De esta forma asistimos a una transformación histórica que retoma la idea de la nación para incluirla en una trayectoria de luchas y reivindicaciones.

Se trata de cambiar el signo y la valencia de la nación como significante en disputa. Por todo esto es que aquí decidimos retomar las preguntas iniciales que se hiciesen para pensar la nación, porque lo que está ocurriendo aquí es que se está creando una nueva nación. Un proyecto de nación que estará indefectiblemente en disputa y en tensión con los otros sentidos de la nación, que intentará ser horadada, que será defendida y que ingresará a las dinámicas continuas de la historia y la política, con los logros y desventuras que implica la dinámica social.

Pero, sobre todo, se trata de la recuperación de una idea que se encuentra indisolublemente ligada a la de nación: el Estado. La conexión de estas ideas es una unión indisoluble y difusa, nunca se podrá saber dónde empieza una y termina la otra. No hay modo de separar ambas ideas, ya que cada una se nutre de la otra, e incluso cada una nace de la otra, se necesitan mutuamente para existir.

Como sostiene Hobsbawm, el nacionalismo será la primera instancia, el momento en el que la idea se constituye y, por ende, comienza a adquirir entidad. Luego vienen una serie de etapas donde se lleva a cabo la institucionalización, y con ello la conformación del Estado moderno como una instancia que permitirá volver efectivo el proyecto de nación que en el plano de las ideas fue pensado y convertido en proyecto político.

El campo de la política será el espacio donde se den las discusiones de proyectos para definir los sentidos del Estado, qué rumbos tomará este Estado y a qué proyecto ideológico-político responderá con sus intervenciones. Se trata de procesos históricos, por ello la disputa de las ideas en la arena política será constante y ninguna victoria será jamás definitiva. Por ello, el trabajo conjunto entre la nación (el proyecto político-cultural) y el Estado (el instrumento de transformación en el sentido de la nación), se encontrarán como parte de los marcos programáticos de los proyectos políticos.

El cambio de época en América Latina se ve enlazado a una serie de triunfos en la arena política, su conservación se encuentra atada a su articulación con el Estado para llevar a cabo las transformaciones efectivas que los proyectos políticos tienen como plataformas.

Con motivo del fallecimiento del poeta Juan Gelman, la Biblioteca Nacional Argentina dirigida por Horacio González (otro claro gesto del cambio de época) publicó una breve semblanza en su honor. Nos parece importante rescatarla aquí como un modo claro de la pervivencia de las palabras en su enunciación y puesta en acto.

En las continuidades de las luchas de Juan Gelman, en el sostenimiento de sus ideales de proyecto político emancipador, podemos ver claramente la continuidad de los grandes relatos que habían guiado esas luchas. Sin dudas transformados por el devenir histórico, pero allí se encuentran las pistas que, sentimos, nos obligan a posicionar nuestra mirada sobre la pregunta por la nación. Dice esta semblanza:

“La poesía de Gelman está escrita y tallada a la vez. Escrita, porque sale del rumor de los lenguajes más arcaicos, en estado de anunciación amorosa. Tallada porque sus imágenes aparecen construidas a veces con la brusquedad del que quiere disimular su ternura. Así surgen frases donde lo lírico aparece como parte de un tratado de física y lo amatorio como si desprendiera partículas de materia que lo hicieran inalcanzable. Detrás de esta eminente poética hay siglos de rezos, antiguos paganismos populares, humor del desterrado, amores perdidos, juegos de absurdo y compasión con las pequeñas criaturas sufrientes. Su muerte nos hace un poco más desvalidos, o nos susurra que hay una desventura más. Pero fue por eso que forjó una de las poéticas más doloridas de la época, y en sus huecos, palabra que le gustaba, dejó que habite la esperanza. Supo hacer de las palabras apenas consideradas un artículo de diccionario o una abstracción con significados aparentemente fijos, individuos flotantes a la búsqueda de cualquier sentido que las renovara. La esencia de la poética de Gelman es la de la palabra que primero está yacente en un catálogo sin significando y sin que se sepa cómo corresponde emplearla, o si contiene algún tiempo verbal, o si alude a un objeto, o si es una abstracción científica. El acto de tomarla como de una pecera incierta es el gesto de Gelman, gesto de religiosidad laica del poeta, que no inventa palabras, toma las ya usadas por la humanidad, desde hace milenios, y les da la chance de convertirlas en objetos vivos, en nuevas metáforas amorosas, así como actos cotidianos, acostarse, olvidar, oleaje, se transforman en actos de la naturaleza u objetos encantados. Lo abstracto se hace concreto y lo concreto abstracto, a veces con una repentina brusquedad que

solo esconde un pudor extremo. En ese péndulo sitúa su poesía amorosa, y quizás su tragedia política. Es el ‘cuchillo brusco’ al que alude Gotán”.

7

Crisis de la modernidad: discusiones sobre las miradas de la nación desde el desmembramiento.

7.1 Estudios poscoloniales: Bhabba y su relato fragmentario.

Ante la crisis de la modernidad que relatamos anteriormente, la duda sobre los alcances de la idea de nación como significación cultural sufrió una disminución en su atención. La pregunta por los grandes relatos se convirtió en un riesgo. Ante estos interrogantes abiertos y sin respuestas, la nación se presentará más como un inconveniente que como una clave para abordar las complejidades de lo social. Bhabba (2010) sostiene que la totalidad de la nación queda confrontada con un movimiento suplementario de escritura y es atravesada por éste.

Frente a la incertidumbre que aquí podemos identificar, pensar a la nación como un significativo vacío y una clave simbólica de abordaje de lo social fue una alternativa dejada de lado en la mayoría de los casos. En los casos más alentadores, la pregunta por la nación fue retomada en tanto elemento a considerar dentro de un mosaico heterogéneo de variables que permiten comprender lo social.

En principio debemos advertir que toda propuesta epistemológica contiene en su interior una definición sobre lo social, sobre sus modos de estructuración, sobre los procesos históricos y sobre el lugar ocupado por las instituciones en estos entramados. Luego comprenderemos que cada propuesta epistemológica contendrá una definición sobre cómo comprender a la nación de acuerdo a las definiciones teórico-metodológicas en las cuales se enmarquen.

Planteado esto, proponemos trabajar sobre algunas consideraciones que Homi Bhabha, teórico contemporáneo inscripto en el poscolonialismo, ha realizado particularmente en sus escritos sobre nación, narraciones, y heterogeneidad en la contemporaneidad de nuestras sociedades.

Su posición desde los estudios poscoloniales hace foco en la pregunta por la nación y, en la actualidad, puede reconocerse como uno de los referentes en la temática a partir de su recuperación de la idea de nación como un elemento simbólico vertebrador. Retomamos esta lectura por la característica anteriormente citada, la definición por sostener la pregunta por la nación vuelve a este autor un interlocutor válido y necesario para pensar esta problemática en la actualidad.

En principio debemos comprender que la pregunta desde los estudios poscoloniales, si bien puede tener algunas características que serían factibles de ser universalizables como preguntas por procesos sociales amplios, se remite a un eje fundamental: el estudio de los efectos de la colonización europea en la mayoría de las culturas.

Esta definición, como manifestación y enunciación política, será una clave que sin dudas interpela y contiene a la gran mayoría de países atravesados por el proceso de mundialización. Sin embargo, en principio, la problemática radicará en la consideración de “efectos” como elemento central de la observación.

Las discusiones al interior del campo de preguntas desde la comunicación ha definido de manera contundente la imposibilidad de pensar la vida social sólo como una sucesión de acciones, y efectos derivados de ellas. De este modo, la mirada estructuralista continuará explicando de qué modo funciona lo social.

Esto no quiere decir que desaparezca la dominación y que la colonización no sea un término apropiado para pensar la vida cotidiana. Sino que se planteará la complejidad de un diálogo entre las condiciones estructurales de la dominación con sus múltiples aristas, y los usos y apropiaciones que realicen los sujetos en estos marcos sociales que los contienen. Una mirada que no permitirá pensar en

términos de “efectos” donde ciertas circunstancias macroestructurales determinan otras condiciones sociales.

El relato desde el desmembramiento que propone Bhabha implica la ausencia de una serie de preguntas trascendentes. Al mismo tiempo, significará la relativización violenta y apresurada de la potencia que la nación presenta como significación imaginaria con capacidad de mancomunar y organizar a un colectivo. Sin dudas la noción de heterogeneidad es una consideración válida para pensar nuestras sociedades. La problemática se dará en el pasaje a la relativización de la nación como unidad estructurante de sentidos, esta afirmación implicará un movimiento que debe ser atravesado por algunos interrogantes.

Para Bhabha (2010), la nación pasa de ser un símbolo de la modernidad a convertirse en el síntoma de una etnografía de lo contemporáneo dentro de la cultura. Este será el movimiento que el autor realizará al pensar la nación; la incluye dentro de un mosaico de diferentes elementos con capacidad de construir identificaciones, relativizando su capacidad de construir relatos colectivos.

Esto no quiere decir que consideremos que la nación será la única significación con capacidad de construir lazos identitarios. Sino que el discurso de la heterogeneidad que propone una igualación sobre los diferentes espacios de construcción identitaria relativiza la potencia de la nación como relato unificador.

En este sentido, Bhabha (2010:397) insistirá al sostener que “la nación ya no es el signo de la modernidad bajo el cual las diferencias cobran homogeneidad en la visión ‘horizontal’ de la sociedad. La nación revela, en su representación ambivalente y vacilante, la etnografía de su propia historicidad, y abre la posibilidad de otras narrativas del pueblo y su diferencia”.

Resulta importante detenernos sobre la referencia de Bhabha que entiende a la nación bajo un carácter “ambivalente y vacilante”. Hacemos foco sobre estas dos características que el autor destaca porque son el modo más claro en el que

da cuenta de su mirada respecto del lugar de la nación en las configuraciones identitarias contemporáneas.

La idea de lo ambivalente y lo vacilante afirma un carácter volátil y débil de la nación como espacio de construcción de sentidos colectivos. Esta mirada desde la heterogeneidad que Bhabba sostiene, profundiza la perspectiva posmoderna que insiste en relativizar la capacidad de articulación colectiva de la nación, y su potencia simbólica como significación imaginaria capaz de albergar y movilizar a los colectivos nacionales. No es casual que ante las crisis institucionales más fuertes que han atravesado los Estados, la respuesta inicial sea el anclaje en la potencia del Estado-nación como punto de encuentro y comunión colectiva.

El autor pone el foco en la nación, pero arriba a la conclusión de que el signo que la define en la actualidad es su relativo peso en la vida social y su disolución como relato aglutinante. Una continuidad de la mirada posmoderna que ve diluirse todo en el aire, plantea ambigüedades sobre una heterogeneidad que explicaría la totalidad como una mezcla de significaciones, todas con peso relativo, que en su vastedad contendrían la respuesta sobre qué es lo social. La problemática es que allí, en el relato de la heterogeneidad, la potencia particular y el peso específico de la idea de la nación se ven relativizados.

Bhabba (2010) no rescata el carácter conflictivo y desafiante de la reconstrucción del sentido de la nación en términos emancipadores. Se muestra preocupado por las grietas que constituyen las instancias de formación de las identidades nacionales, pero no incorpora a esa preocupación la pregunta por el signo político que luego tendrá como impronta ese proyecto político de nación.

El autor enuncia que su interés será el de mirar sólo ciertas tradiciones que han procurado construir narrativas, contribuyendo al imaginario sobre el Estado-nación. Dicho esto como una diferenciación de la apuesta de Fanon por pensar los movimientos nacionales emancipadores en su carácter eminentemente político.

Como si fuese posible dividir la indagación sobre la construcción de narrativas sobre la nación del proyecto político que lo sostiene e impulsa.

En esta línea, el autor afirma que “la narrativa de la cohesión nacional ya no puede significarse, en palabras de Anderson, como “una solidez sociológica, fijada en una sucesión de plurales –hospitales, cárceles, aldeas remotas–, en los cuales el espacio social se encuentra claramente delimitado por tales objetos repetidos, representaciones de un horizonte naturalista y nacional” (Bhabba, 2010:402).

El acercamiento por parte de Bhabba a la problemática de la nación en la actualidad es una aproximación que parte de reconocer la importancia de esta significación imaginaria para la modernidad y para nuestras sociedades. Pero en el mismo movimiento lleva a cabo una relativización de esa potencia que lo atrae inicialmente. La aclaración de la imposibilidad –en sus términos– de una “solidez sociológica” es la afirmación de un límite. Una limitación de la problemática para ser considerada una pregunta de investigación acerca de un gran relato que debe ser indagado.

Identificamos que la limitación que se establece aquí tendrá una relación directa con la ausencia de la pregunta por la dimensión política que atraviesa a la complejidad del pensar la nación. Claramente es imposible pensar o suponer el arribo a una categoría cerrada e impoluta que no se pueda “contaminar” y por ello sea irrefutable, tal como Bhabba interpreta la idea de “solidez sociológica”. Estas contradicciones y conflictos son parte de la condición propia de las dinámicas sociales y sus condiciones de conflictividad política puestas en acto.

Pero esta condición intrínseca de la vida social no puede significar una paralización en el desarrollo de nuestras preguntas destinadas a pensar los sentidos sociales a partir de la pregunta por la nación. Detenemos, como le ocurre a Bhabba, en la indagación sobre la producción de narrativas sobre lo nacional, como un elemento propio de las sociedades contemporáneas y su multiplicidad de construcciones identitarias resulta, al menos, una relativización de la problemática.

Un abordaje de este tipo no puede ser un objetivo deseable para el modo en que concebimos la investigación social y sus expectativas de problematización epistemológica. Tal como se desarrolló oportunamente en el capítulo destinado a problematizar la perspectiva epistemológica desde la cual nos situamos, nuestro interés estará dado por pensar las condiciones de discusión política que enmarcan las dinámicas conflictivas de los entramados sociales, allí estará puesto nuestro eje y preocupación.

Afirmar que la nación es producto y producción de narraciones que le dan entidad, consistencia e identidad, a esta altura de las discusiones de las ciencias sociales resulta una verdad de Perogrullo. Tal como la afirmación de que 'la mano cerrada se puede llamar puño'.

La observación de lo existente es una plataforma para la reflexión, nos permite establecer el punto de partida de nuestras discusiones para plantear los modos de superación de esas preguntas. Que las naciones son el producto de una invención y una narración, ya lo conocemos y lo asumimos desde que Ernest Renan, en un temprano 1882, respondiese a la pregunta sobre ¿qué es una nación?

El conflicto radica en que a partir de esa invención, su continua narración e identificación, los sujetos actúan en los escenarios sociales, tienen convicciones, lazos afectivos e identitarios tan potentes que incluso los llevan a poner en riesgo sus vidas por las causas nacionales. Si bien esa dimensión tiene su origen en una narración, como afirma Castoriadis al pensar los imaginarios, su existencia como significación imaginaria se vuelve incluso más real que lo real, y su solidez, más sólida que lo sólido.

Esto no quiere decir que se trate de una solidez atemporal y perpetua, muy por el contrario, se constituye a partir de sus propias crisis y conflictos. Se trata de la dimensión política de la vida social, en las luchas dentro de ese conflicto será donde se materialicen los proyectos políticos y se pongan en pugna.

Esos cruces e intersticios serán los espacios hostiles en los que se deben alojar nuestras preguntas de investigación. Sin importar la “falta de solidez sociológica” serán esos los lugares en los que se manifiesten los sentidos más profundos acerca de la idea de lo nacional, y qué proyectos políticos orientan las certezas que guíen ese conflicto. Puede que se trate de una dimensión meramente imaginaria y simbólica, pero es en ese plano en el cual se juegan las complejidades más efectivas de la vida social.

Tales afirmaciones de Bhabba responden también a una consideración de continua derrota de los movimientos emancipadores. Por ello sostiene que a partir de la conformación de la cultura de la nación, surge una minoría que a partir de aquella afirmación inicial se consolida en oposición. Esta postura supone –per se– la imposibilidad de que los movimientos emancipadores lleguen a conducir los destinos de los Estados-nación a los que pertenecen, por ello nuestro interrogante sería ¿podría pensarse a Evo Morales, Hugo Chávez, Cristina Fernández, etc. como una posición minoritaria y subalterna en sus países?

Al mismo tiempo, una aseveración de este tipo descarta la posibilidad de que exista una narración en los términos de serie histórica que anteriormente planteásemos. La reconfiguración del cambio de época significa la constitución de narraciones que establecen un origen y una continuidad de lucha –en muchos casos subterránea– de un proyecto emancipador para la patria grande.

No comprenderemos que la afirmación de un proyecto político emancipador se constituya necesariamente como minoría y oposición. Sin dudas durante gran parte del tiempo deben ocupar este lugar, pero nuestra consideración del pensamiento rizomático nos permite entender en términos más complejos y extendidos en el tiempo los fenómenos de la construcción simbólica e imaginaria de la nación.

Aunque, como constitución originaria, los movimientos de luchas populares tengan su inscripción en la resistencia. Desde allí, los movimientos emancipadores

se constituirán de diferentes modos para actuar sobre las condiciones de desigualdad. Si entendemos la complejidad y el constante movimiento de la vida social sabremos que no es posible determinar que esas características de subalternidad serán una marca indeleble de los movimientos políticos populares.

Bhabba (2010:410) continuará su abordaje sosteniendo que “La nación narra su relato disyuntivo precisamente desde esta inconmensurabilidad en medio de lo cotidiano. Comienza –si es que cabe esta palabra– en ese espacio interior dentro del signo arbitrario que perturba el mito homogeneizador de la anonimidad cultural. En los márgenes de la modernidad, en los extremos insuperables de la narración, encontramos la cuestión de la diferencia cultural como la perplejidad de vivir y escribir la nación”.

El autor propone la diferencia cultural como el borramiento de las “totalidades armoniosas de la cultura”. Como si fuese posible que la vida social nos proporcione entramados sociales constituidos por homogeneidades armoniosas. Las sociedades se constituyen en torno al conflicto y no al consenso, aquí habrá una diferencia radical en nuestro abordaje.

7.2 Heterogeneidad y armonía

De la misma manera que Partha Chatterjee (2008) sostiene que en la construcción de las sociedades poscoloniales el nacionalismo se constituyó a partir de la diferencia. Es decir, que entiende la formación de los Estados poscoloniales como una invención sin referentes propios, lo cual para el autor desembarcará en un desencuentro muy fuerte entre el Estado y la sociedad que se traslada hasta la actualidad.

Sin dudas resulta un interesante aporte este de Chatterjee al incorporar la dimensión de la constitución histórica como un elemento destacable a la hora de pensar el modo en que se construyen las naciones. En esta línea realiza una

crítica a Benedict Anderson, señalando que esta sería una descripción “ideal”, una utopía de la razón moderna, por lo tanto estaría ausente la dimensión histórica.

Más allá de estas observaciones, resulta importante sostener que lo que plantea Anderson es un modelo con primeras aseveraciones que no tienen una pretensión totalizadora o concluyente. Si bien para Chatterjee los subalternos imaginan la nación de otra forma, está claro que el ejercicio de la imaginación en torno a la nación existe, y este será el núcleo central de Anderson al sostenerla idea de “comunidades imaginadas”.

Chatterjee publica en 2007 el libro referido en este recorrido, bajo el título *La nación en tiempo heterogéneo*. Allí desarrolla varias afirmaciones desde los estudios poscoloniales, entre ellas las referidas críticas a Benedict Anderson. Pero me interesa particularmente regresar sobre el título que es toda una definición que, en la misma línea que Bhabba, sostiene un relato fragmentado.

Las preguntas centrales para hacerle serían ¿cuándo el tiempo no fue heterogéneo? ¿Cuándo el mundo tuvo un solo relato y la subalternidad no construyó los propios? ¿Es posible suponer que los relatos sobre las primeras naciones constituidas no se hayan establecido a partir de las diferencias? La conformación de la nación es un proceso, no una ocurrencia o un evento fortuito.

Ni siquiera es posible plantear esta noción de armonía como una posibilidad utópica que permita avanzar en nuestras reflexiones. Consideramos esto un ejercicio inconducente, porque niega la condición misma del funcionamiento de las sociedades. Si asumimos que existe algún tipo de posibilidad de esa armonía estaríamos negando el propio funcionamiento de nuestras sociedades, negando el conflicto y –por ende– negando la posibilidad de la transformación.

Por otra parte, Bhabba plantea esta condición de armonía como si se tratase de una condición primaria, ni siquiera como un horizonte de llegada. Es decir, su consideración es que la armonía se encontraría en el estadio inicial de la configuración del Estado-nación, como si se tratase de un origen impoluto y

monolítico. Como hemos afirmado anteriormente, recuperando a Hobsbawm, a las naciones las antecede el nacionalismo, y la definición de ese nacionalismo será el resultado de la puja de los diferentes actores políticos por darle sentido a la nación. Nada menos armonioso y calmo que esta condición originaria.

De esta forma, Bhabba (2010:412) afirma que “la diferencia cultural ha de hallarse allí donde la ‘pérdida’ del significado ingresa, como un filo cortante, en la representación de la plenitud de las exigencias de la cultura”. La hipótesis de la pérdida del significado es la matriz de la afirmación sobre la finitud de los sentidos atribuidos al Estado-nación.

La visión fragmentaria de Bhabba y de Chatterjee al pensar la significación imaginaria de la nación se conecta nuevamente con la idea de amalgama que antes analizáramos críticamente. La afirmación de una diversidad caótica que rodea a la pregunta por la nación, impidiendo que se logre establecer la armoniosa estabilidad que desease Bhabba implica la negación de las dinámicas sociales y el borramiento del poder.

Si la representación sobre las relaciones de poder que se desarrollan y disputan en torno a la idea de la nación es la de una amalgama, no quedan claros los lugares de los opresores y los oprimidos en esas relaciones de fuerza.

La amalgama como una mezcla de cosas de naturaleza contraria o distinta, no enuncia quiénes de esos componentes son los opresores y quiénes los oprimidos; esta noción quita la dimensión conflictiva de la vida social y, por ende, anula la pregunta por la política, y la disputa entre los proyectos políticos en pugna.

Desde estas afirmaciones, Bhabba (2010:421) sostiene que vivimos en un tiempo de “diseminación transnacional de la cultura” y que será la ciudad el espacio para materializar las identificaciones emergentes y los nuevos movimientos sociales. Afirmación que no reconoce la potencia imaginaria y simbólica de lo

nacional como una idea movilizadora más allá de la condición territorial en la cual se pueda desarrollar.

Nuestra afirmación es que la nación, como idea y como proyecto político, no será una significación apolítica y folclórica armónica. Tampoco entenderemos la disolución de la idea de nación por una supuesta heterogeneidad cultural, que en estos tiempos históricos diluiría todas las certezas que podríamos considerar como afirmaciones del proyecto nacional. La nación pervive como idea motora de la acción social y las luchas por atribuirle sentido demuestran el valor superlativo que continúa teniendo en nuestra vida cotidiana, a pesar de que Bhabba sostenga que la disolución de su centralidad sea reemplazada por una amalgama.

7.3 Ante las afirmaciones del desmembramiento

Sobran ejemplos que dan cuenta del modo en que las dimensiones más subjetivas son el motor de acción de múltiples y diversos movimientos sociales. O acaso no puede considerarse una variable de análisis el odio de clase, los odios raciales, los odios homofóbicos y todos aquellos odios que promueven acciones colectivas en pos de condiciones de mayor desigualdad.

Un ejemplo paradigmático se dio ante la aprobación de la ley de medios, en esa instancia el multimedio Clarín titulaba “TN puede desaparecer” como denuncia a lo que consideraban “un atropello a la libertad de expresión”.

En ese titular no se apela a una argumentación acabada del liberalismo más ortodoxo que detesta todo tipo de intervención del Estado, se apela a los lazos sentimentales que unen a los públicos con esta señal de cable, comprenden que la dimensión dramática y sentimental es más potente que la discusión racional de proyectos políticos.

Se tratará de una discusión que ocurrirá por fuera de los términos formales en los que se encasilla a “la política” tradicionalmente. Ni más ni menos que la distancia que existe entre la consideración formal y los modos en los que la discusión política se da de manera efectiva. Por ello será fundamental poner el foco de nuestros esfuerzos en el plano de las sensibilidades, donde se ponen en juego los sentidos profundos de “lo nacional”.

En otra ocasión, ante el avance del poder ejecutivo por reglamentar e implementar la Ley de Servicios de Comunicación Audiovisual, el grupo Clarín comenzó a circular un spot bajo el título “todavía se puede elegir”. El spot sostiene en su argumentación múltiples afirmaciones: por un lado, sostiene que “el grupo Clarín es un diario que empezó de cero y tuvo la impertinencia de crecer porque la gente lo elige, no hay otra forma de crecer”.

El spot continúa afirmando que el grupo Clarín es una radio, un canal, “un grupo de jóvenes que decidió ofrecerte productos de calidad”. Y continúa: “no hace falta una ley para que deje de existir, depende de vos”; “vos decidís con un botón”. Por último, sostiene “Clarín es el diario más vendido (mejor dicho, el más comprado), y eso lo hace nacional y popular”.

Tamaña apelación a la relación cotidiana establecida por el multimedios con sus públicos nos permite reafirmar la convicción de que las dimensiones subjetivas juegan un rol fundamental en la batalla simbólica y discursiva. La argumentación es profundamente política, pero su conexión es sentimental con los públicos y ¿qué hay con mayor – en los términos de Bhabba– “fragilidad sociológica” que las dimensiones sentimentales? Pero, la pregunta que debería responder a este interrogante sería ¿no es en el plano de las sensibilidades compartidas donde se edifican los sentidos sobre la nación?

Pero esto no hará que esta dimensión sea menos movilizadora y potente en las configuraciones imaginarias que los movimientos del mercado de capitales. Ambas dimensiones hacen a la vida social y, aquí, consideramos que los

elementos subjetivos tienen un valor superlativo a la hora de pensar los conflictos políticos de la cotidianeidad. Ante este spot puesto en funcionamiento por el grupo Clarín, Florencia Saintout publicó una nota denunciando estas cuestiones, donde afirma:

“El grupo sabe que los públicos se hacen, que no nacen. Y que ellos han participado monopólicamente durante años en la construcción de públicos a los que les ofrecieron besos, shows, música, entretenimiento, caras con las que crecimos y la mayoría de las veces quisimos y queremos. Caras que tuvieron como única posibilidad de trabajo esos canales y esas pantallas. Y utilizan esa historia de conformación de los públicos para generar complicidad, pero lo hacen como siempre de una manera cuasi mafiosa, extorsionándonos y ocultando la verdad: ellos tienen esos besos porque se los robaron, se los apropiaron, y con ello hicieron negocios para sus propios beneficios. Nada les importa lo público porque para ellos los públicos sólo son consumidores”.

Del mismo modo, ante el desarrollo de los festejos del bicentenario argentino, los encargados del pronóstico del tiempo en esta señal de noticias solicitaban a sus públicos no acercarse a la zona de los festejos por las condiciones climáticas y de transporte. Allí no se trata de argumentos elaborados en bases sólidas que le den sentido a tales afirmaciones. Los sentimientos como el miedo, el temor, lo extraño, lo oculto, serán los principales ejes de una discursividad que apelará a la dimensión emocional como parte central de sus argumentos.

7.4 Fanon. Nación y emancipación como proyecto político común

Franz Fanon verá a la nación como una herramienta para la descolonización, en busca de un orden posnacional marcado por la unidad de los oprimidos como etapa inicial. Al igual que el modo en que se han forjado las mejores tradiciones marxistas (el origen mismo de *El capital* se forja desde esta

matriz) la construcción teórica enuncia claramente su objetivo político de emancipación.

Esta será una definición respecto del lugar de la producción académica y del rol del intelectual en nuestras sociedades marcadas por la desigualdad y la opresión. De esta forma, la cultura y la producción intelectual deberán aportar a las luchas por la liberación como condición y sentido de su existencia.

La definición política (que aquí consideramos central) será una clave para la comprensión de la problemática que nos encontramos abordando. Nuestros problemas de investigación no son problemas de laboratorio, netamente empíricos que demandan de la intervención de un “especialista” que logre “descifrarlos”.

Así, autores como Homi Bhabba reniegan de la condición contradictoria y “confusa” que tiene la nación, reniega de su condición intrínseca de conformación. Por esto recuperamos la obra de Fanon, por su inscripción histórico-política y la persistencia en sostener los interrogantes sobre las significaciones de la nación y construir herramientas teóricas que le permitan dar cuenta de sus múltiples aristas.

Esta lucidez proviene del modo de formulación de la pregunta: generalmente las preguntas por lo nacional intentan encontrar (al modo del descubridor) el intersticio exacto en el que se crea la nación y la regla general que explica ese fenómeno. De esta forma, la indagación se paralizará en ese esfuerzo por descubrir la veracidad o no del relato, pero esto no le permitirá mirar más allá de esa trampa. No importa la veracidad del relato, sino los mundos posibles y habitables que ese relato construye, porque esos serán los mundos de lucha en los que se concentra Fanon.

Por ello, la pregunta de Fanon no es la nación en sí misma. La nación es la manifestación a observar y transformar porque es el mecanismo más poderoso, con capacidad de organización de los demás mecanismos, que contiene los modos de estructuración social.

La profunda preocupación de Fanon será la desigualdad y los modos de transformar la realidad dominada por opresores. En definitiva, guiará su trabajo la pregunta por la política, en la pregunta por la política estará contenida la pregunta por la historia, la economía, la desigualdad, las clases y el sentido de la patria.

Como sostendrán Laclau y Mouffe (2010:67): “Para la ortodoxia el problema era claro: el Estado era un instrumento de la dominación de clase y la socialdemocracia sólo podía participar en sus instituciones a los efectos de difundir su ideología y defender y organizar a la clase obrera. Su participación, por tanto, estaba signada por la exterioridad. Bernstein ve el problema desde el ángulo opuesto: el incremento del poder económico de la clase obrera, el desarrollo de la legislación social, la ‘humanización’ del capitalismo, están conduciendo a una ‘nacionalización’ de la clase obrera; el obrero ya no es tan sólo un proletario: pasa a ser también un ciudadano. Por consiguiente, las funciones de organización social dentro del Estado pesan, según Bernstein, cada vez más respecto de las de dominación de clase; la democratización del Estado lo está transformando en un Estado ‘de todo el pueblo’. Nuevamente Bernstein ha comprendido mejor que la ortodoxia un hecho fundamental: que la clase obrera ya está en el terreno del Estado y que es un estéril dogmatismo pretender que se mantengan con este último relaciones de exterioridad”.

En este sentido podemos conectar ambas obras que mantienen un hilo conductor en sus lecturas: reflexiones la producción académica pensada en relación a los proyectos políticos. En esos términos se llevará a cabo la producción de estos autores que están pensando en las condiciones de posibilidad de transformar la realidad.

Ante tamaño desafío sus preguntas perseguirán el interrogante por la nación, entendido como un elemento constitutivo central en las configuraciones imaginarias. Pero la pregunta no es por la veracidad o no del relato nacionalista, sino que será sobre la capacidad de ese relato de amalgamar, construyendo sentidos y sensibilidades sobre la vida cotidiana. Por ende, sobre lo político que

será un insumo fundamental para dar sentido y encauzar las posibilidades de la lucha por la transformación.

En la película *El gran pez*, dirigida por Tim Burton, la pregunta central del protagonista ante la agonía de su padre es saber si eran reales las historias fantásticas que este le había contado desde su niñez y aún continuaba contando a todos sus allegados. El personaje se ve ofuscado por considerar que nada de lo que su padre le contó en su vida es real; le molesta pensar que todas las historias que escuchó y creyó de niño son sólo inventos de su padre.

La película nos muestra como la pregunta por la veracidad de esas historias es errónea y genera en el protagonista un sufrimiento innecesario. Las historias que parecían ser falsas siempre tienen algún elemento de realidad, por lo que ese binomio mentira-realidad no da lugar a opciones constitutivas de los enunciados. Lo verdaderamente importante será el modo en que esas historias construyeron un mundo, lo llenaron de personajes que se conectaron entre sí y le otorgaron sentido a ese universo.

Fanon comprende esto que Will Bloom (el hijo preocupado por las historias de su padre) experimenta sobre el final del film. La pregunta central no será por la veracidad de esas historias que nos constituyen, sino por los modos de estar juntos que se generan a partir de estas historias.

Los insumos de esas historias provienen de “la realidad” pero eso que consideramos “realidad” se encuentra mediado por cada uno de nuestros actos. Por lo cual buscar ese origen divino e impoluto es, lisa y llanamente, una incongruencia para nuestros objetivos profundos de investigación.

La obstinación por el descubrimiento nos llevará a equivocar las preguntas. Por ende, brindar respuestas erróneas a nuestra preocupación por comprender de qué modos la idea de la nación puede constituirse en ese relato. En definitiva lo que se persigue es el objetivo político inicial que planteara Fanon, comprender los

tiempos históricos y sus constituciones imaginarias para dar fin al triunfo de los opresores, y lograr la liberación de los pueblos.

Como sostendrá Franz Fanon (2009:227), “Si el hombre es su obra, afirmaremos que lo más urgente actualmente para el intelectual africano es la construcción de su nación. Si esa construcción es verdadera, es decir, si traduce la voluntad manifiesta del pueblo, entonces la construcción nacional va acompañada necesariamente del descubrimiento y la promoción de valores universales. Lejos de alejarse de otras naciones, la liberación nacional es la que hace presente a la nación en el escenario de la historia. Es en el corazón de la conciencia nacional donde se eleva y se aviva la conciencia internacional. Y ese doble nacimiento no es, en definitiva, sino el núcleo de toda cultura”.

7.5 Investigación y denuncia. La re-narración en términos políticos

Fanon (2009:188) inicia su capítulo número cuatro de *Los condenados de la tierra* diciendo que cada generación, dentro de una relativa opacidad, tiene que descubrir su misión, cumplirla o traicionarla. Luego continúa “Nuestra misión histórica, para nosotros que hemos tomado la decisión de romper las riendas del colonialismo, es ordenar todas las rebeldías, todos los actos desesperados, todas las tentativas abortadas o ahogadas en sangre”.

Un escrito que se inicia con tamañas afirmaciones de principios y de posicionamiento político no podrá jamás ser una mediada relación con los fenómenos desarrollados alrededor de la idea de nación. Las preguntas tendrán un objetivo primordial y primario que es la acción que la sucede, no la acreditación. Esa dirección de las preguntas permite aproximarse de un modo más complejo y certero a los sentidos sobre la nación y los modos en los que se construye esa significación imaginaria.

Por ello, leemos en el transcurso de las páginas de *Los condenados de la tierra* una denuncia constante del autor. La reflexión es indagación y producción de conocimiento sobre el fenómeno que nos moviliza, pero al mismo tiempo un mecanismo de denuncia y manifestación pública para transformar en algún sentido lo observado.

Por ello, la producción de conocimiento mantendrá su rigurosidad, pero no cederá ante los formalismos y encorsetamientos de las reglas del campo académico que impiden ciertas aseveraciones por considerarlas “subjetivas” o “fuera del género y las reglas del campo.

En este sentido, afirma “Dentro de los partidos políticos, casi siempre lateralmente a éstos, aparecen hombres de culturas colonizadas. Para estos hombres, la reivindicación de una cultura nacional, la afirmación de la existencia de esa cultura representa un campo de batalla privilegiado. Mientras que los políticos inscriben su acción en la realidad, los hombres de la cultura se sitúan en el marco de la historia”.

El campo intelectual y el campo político deben ser campos en relación directa, porque eso implicará que el intelectual manifieste su proyecto político y, por ende, el proyecto político que sostiene su investigación.

El trabajo de Fanon se condice directamente con la propuesta epistemológica que planteáramos anteriormente. El paradigma indiciario tiene una conexión directa con las grandes preguntas de la totalidad y su correspondiente conexión con las problemáticas sociales de sujeción que deben ser transformadas. Las arbitrariedades de las redes del metodologismo y teoricismo –en términos de Bourdieu– no pueden ser una limitación para llevar adelante las preguntas de investigación que nos movilizan a perseguir respuesta respecto de ellas.

Para el autor, el colonialismo no se contentará con apretar al pueblo entre sus redes, sino que además, por una especie de perversión de la lógica, se orienta hacia el pasado del pueblo oprimido, lo distorsiona, lo desfigura, lo aniquila. Es

decir que la tarea de la colonización, como imposición hegemónica, será la de construir un relato hacia el futuro, pero principalmente sentar unas bases sólidas en el pasado que les permita justificar el ejercicio de su violencia sobre el pueblo.

En Argentina resulta clara esta operación en los acontecimientos de protestas masivas a raíz de la medida impulsada por el gobierno para incrementar los impuestos a la soja –conocida como “la 125”¹¹–. Ante ese conflicto, emergió un apoyo masivo a los sectores rurales concentrados, más allá de no ser parte afectada directamente por la medida.

Fueron multitudinarias las marchas en los centros urbanos contra el poder ejecutivo y se observaban en las calles múltiples manifestaciones de apoyo “al campo”. Expresiones públicas llevadas adelante por ciudadanos que no eran propietarios, ni parte afectada en la cadena productiva, de hecho se trataba de muchos de los potenciales beneficiados con la medida redistributiva.

El anclaje en esta ocasión será la conexión con una supuesta tradición por la cual la Argentina es una tierra agrícola y debe cumplir con su rol asignado: ser el granero del mundo. Una especie de destino manifiesto, pero un manifiesto redactado por la oligarquía, un destino naturalizado pensado con el único objetivo de proteger los intereses de las clases dominantes.

Ante esta problemática que manifiesta una conflictividad profunda en términos de las significaciones imaginarias sobre qué sería lo nacional, nos preguntamos e indagamos los modos en que esa historia se intenta narrar nuevamente.

En este sentido podemos leer la producción de las películas *Belgrano* y *Revolución: el cruce de los Andes* como dos acciones impulsadas en este sentido de re-narrar. El elemento destacable es que estas producciones se impulsaran,

¹¹ Resolución que planteaba una reestructuración en las cargas impositivas a algunos cultivos en Argentina, principalmente la producción de soja, medida que activó una feroz oposición de parte de los sectores propietarios de la tierra, a la cual se plegaron de los más diversos sectores sociales en apoyo a la causa del “campo” como se denominó a este colectivo en esta oportunidad.

desde el poder ejecutivo, con el objetivo de reconstruir una tradición de luchas emancipadoras. Mientras que en la continuidad de ese relato conectado con los procesos políticos actuales, los actores principales serán artistas luego muy vinculados con el modelo económico-político del gobierno y tendrán manifestaciones públicas en apoyo.

Al mismo tiempo, las figuras de estos próceres serán reivindicadas, pero ya no de un modo folclórico y santificado, se dejará de lado la idea del busto, de aquella personalidad inmortalizada en el mármol, sin fisuras. Una relación con los próceres que hacía parecer un pecado cualquier manifestación que pudiese ser una crítica o algún modo de descrédito de esas figuras. Podemos ver ese tipo de relación como un modo de beatificación, cuestión que se alimentaba con una enseñanza folclorizada y decimonónica de la historia.

El modelo de esta construcción discursiva será más parecido a una caricatura que intenta destacar los elementos positivos y negativos del retratado. Diferente de la pieza de mármol tallada y posada, en este caso encontraremos imperfecciones y contradicciones en el relato sobre los próceres. Del mismo modo que el cine de Hollywood, de la mano de Steven Spielberg, compone un retrato sobre Abraham Lincoln que lo pone en el lugar de mandar a comprar votos para abolir la esclavitud.

Un acto de corrupción –con toda la carga negativa que pesa sobre este tipo de comportamientos de la clase política en la actualidad– es relatado por una película que tendrá un impacto mundial, y esto no genera un conflicto de proporciones. Aquella figura no es beatificada, es presentada como un ciudadano de convicciones dispuesto a entregar su vida por la causa que encabeza, pero que es –antes que cualquier otra cosa– un político.

En esta conformación encontramos indicios de las bases autoritarias que ha debido sufrir nuestro continente. Los relatos de próceres contruidos por las elites se centraron en las cualidades bélicas de los libertadores, no en sus cualidades

políticas. En casos como el de Sarmiento se destacará su aplicación y obstinación en torno a la preocupación por la educación, pero no se destacará su condición y su rol político como presidente de la república, aun siendo un representante de los discursos oligárquicos y elitistas que regían los patrones económico-político-culturales.

Como sostiene Fanon (2009:227), “No puede avanzarse resueltamente sino cuando se toma conciencia primero de la enajenación. Todo lo hemos tomado del otro lado. Pero el otro lado no nos da nada sin inclinarnos, por mil desviaciones, en su dirección; sin atraernos, seducirnos, apresarnos a través de mil artificios, de cien mil astucias. Tomar es también, en múltiples planos, ser tomado”.

La decisión de construir narraciones que destaquen la condición humana y las destrezas políticas de los próceres será una forma de abonar la construcción de un nuevo relato sobre los próceres nacionales. De esta forma se los comprenderá como parte de un proyecto continental emancipador que conecta todas estas luchas.

Un camino de reapropiación de símbolos nacionales, ya no en un sentido decimonónico y folclorizado, sino en un sentido de politización explícita, construyendo el camino de un relato nacional que excederá a un partido político. El impacto de estos nuevos relatos será en los términos de una política de Estado, con acciones que permitan la posibilidad de cambiar los sentidos existentes sobre el Estado.

El lugar de la historia en la construcción de cualquier relato sobre lo nacional será un lugar central y fundamental al momento de configurar la narración nacional. Hobsbawm (2000:173) sostiene: “los historiadores somos al nacionalismo lo que los cultivadores de amapola en Pakistán son a los heroinómanos: proveemos la materia prima esencial para el mercado. Nación sin pasado es un término en sí contradictorio. Lo que hace a una nación es el pasado, lo que justifica a una nación ante las otras es el pasado, y los historiadores son las

personas que lo producen. Por ello, mi profesión, que siempre ha estado mezclada con la política, se torna un componente esencial del nacionalismo”.

La historia será la piedra fundamental de la construcción del relato, por ello observamos de qué modo se hace presente como narración continua y propia en el cambio de época. Aquellos Estados que en el abandono de sus funciones, durante la crisis de la modernidad, abandonaron también la producción de relatos y sostuvieron un balbuceo folclorizado sobre la historia de la nación, desestimaron la importancia del relato sobre lo nacional, dejando sin sustento la producción de sentidos en torno a esta idea.

En este sentido, fueron la máxima expresión –como corriente político-ideológica– del denominado proyecto de la posmodernidad, el abandono mismo de la base fundamental de la existencia y funcionamiento de las naciones tal cual las conocemos. Por ello, ante la crisis profunda, violenta y terminal de ese modelo de Estado-nación, lejos de la idea de la disolución nacional, se afianzó una identificación nacional como refugio de las tramas identitarias afectadas por tamaña crisis.

Allí la sociedad falló, entró en una crisis profunda, y cuando la sociedad falla, la nación aparece como la última garantía en su resguardo, en el resguardo de la cohesión del colectivo. Resulta claro, para profundizar esta afirmación, recuperar aquella enunciación de las diferentes manifestaciones de clases históricamente antagónicas bajo el lema –efímero pero potente– de “piquetes y cacerolas, la lucha es una sola”.

Claramente las luchas de ambos no eran las mismas, dadas las configuraciones históricas y los antagonismos por definición, pero sí había un punto en común: ante la profundidad de una crisis institucional inimaginable e irrepresentable: el riesgo de la disolución era una causa común de los más diversos actores y movimientos sociales. Ante el riesgo de la continuidad institucional, ante el peligro de la disolución, la expresión política del resguardo fue

la de unir expresiones políticas antagónicas. De hecho, en cuanto aquel riesgo de disolución desapareció, el entramado cultural volvió a ordenar y enfrentar, en función de su antagonismo de clase, las diferentes manifestaciones de los distintos sectores sociales.

En la producción de estos relatos y sentidos, encontramos una definición previa propia de la configuración de los principios de nacionalidad. La nación es asumida como dada en el relato, incluso en las condiciones más hostiles como en el caso de América Latina, donde las bases sobre las que se edifican son un territorio colonizado y una población originaria perseguida. Aun así, la construcción discursiva de la nación se sentará sobre la idea de una existencia que antecede y constituye las bases del proyecto político que se está gestando en pos de constituir la nación.

Si el nacionalismo antecede a la nación como sostiene Hobsbawm, la construcción de los relatos y la narración de la historia antecederá al nacionalismo. Para ello, será fundamental la ligazón que permite lograr lo que podríamos llamar “la etnicidad”. La etnicidad –entendida como fenómeno cultural, resultado de la construcción de relatos, no de un fenómeno biológico– será una forma definida de expresar un sentido de identidad grupal que vincule a los miembros de “nosotros” porque enfatiza las diferencias con un “ellos”.

Ante una complejidad étnica de tamaña diversidad como la que ocurre en América Latina, particularmente en Argentina, la resolución no será por la vía de una respuesta biológica esencialista que pueda sentar las bases exclusivamente en la relación con la tierra y el ecosistema. Sino que será una construcción del relato desde los ideales, desde las ideas que es necesario reivindicar y defender. En este sentido, será una configuración fuertemente moderna, donde la idea y el proyecto antecederán y primarán por sobre los demás factores.

Más allá de que la respuesta no sea étnica en términos biológicos, funcionará en ese sentido de construcción de cohesión y amalgama configurando

un nosotros que pondrá en valor esa diversidad. La diversidad que sería una limitación per se para constituir una nación, gracias a la capacidad del relato – unido a un proyecto político– se convertirá en un elemento de cohesión en lugar de un argumento de segregación y separación. Así como sabemos que las razas no existen como definición biológica, conocemos que las naciones existen a partir de la construcción de un relato que permita establecer una narración y una respuesta a la pregunta por el “nosotros”.

Es decir que los constructores del relato no serán los constructores de un mero relato, sino que serán los arquitectos en la construcción de una comunidad política que definirá una etnicidad política primaria. En la definición política de esa etnicidad, el concepto central será el de la libertad, por lo que el nacionalismo llegará a ser pura y simplemente el deseo y la exigencia de la libertad.

Podemos pensar que en aquella instancia primaria no se podría definir claramente el para qué de esa libertad perseguida por los actores políticos que la vuelven el horizonte primario de sus luchas. Obtenida esa premisa que mancomunaba una serie de actores antagónicos unidos por un objetivo común podremos hablar del comienzo de una nueva etapa.

De esta manera, los relatos sobre el sentido emancipador de la nación tendrán como objetivo el acceso al gobierno propio de esos pueblos. En este devenir, los nacionalistas harán el Estado y el Estado hará la nación. La conflictividad estará dada por la definición de quiénes serán los que narren y le den sentido a esa nación.

La pregunta central en esta etapa será el cuestionamiento por quiénes somos. En el cambio de época al que asistimos en América Latina, podemos hablar de un proceso de redefinición del quiénes somos, ya que esta no es una respuesta que se dé de una vez y para siempre.

Incluso cuando la violencia de las oligarquías clausuró ese debate e impuso su voluntad, las narraciones emancipadoras de la nación no desaparecieron.

Podemos entender que la concepción de un proyecto continental de nación mancomunada o “Patria Grande”, se encuentra disponible y abierta a la posibilidad de un nuevo relato que las pusiese en el centro de la escena, dispuestas a establecer un nuevo sentido a la nación. Ante esa puja de relatos nos encontramos en la actualidad. Ese sentido será el de un relato de un “nosotros” ampliado, que tienda a la elaboración de un nosotros como totalidad, por fuera de diferentes sectarismos.

Por ejemplo, en esta nueva etapa uno de los lemas principales del gobierno nacional argentino en lo que podríamos llamar la “publicidad oficial” será “Un país con buena gente” al momento del cierre de cada pauta que resuma logros y políticas públicas del Estado nacional.

La enunciación de “un país con buena gente” es una enunciación totalizadora, inclusiva y no excluyente. En esta instancia el Estado y el proyecto político se enuncian en términos de inclusión y de construcción de un relato contenedor de la totalidad, desde los parámetros del proyecto político que los enmarca.

La manifestación es la de un país al que se le atribuye una cierta condición, ya no son las características de un partido, o las características de los electores que decidieron por un determinado proyecto político, se interpela a una totalidad.

La construcción del relato de próceres entendidos como actores políticos preocupados por la libertad, pero no por cualquier tipo de libertad, sino por la libertad de pueblos oprimidos se anuda directamente con la afirmación de “un país con buena gente”. La condición de la “buena gente” será la de una etnicidad política que se vea asociada con la reivindicación de la memoria, la verdad y la justicia, la reivindicación de los derechos humanos, la inclusión y la reconfiguración de lo nacional –en perspectiva latinoamericana– como identidad y proyecto político común. Será esta etnicidad política la que marque el relato colectivo y se constituya en pugna con los relatos tradicionales.

El nosotros responderá a una conformación que sostenga la existencia de un cuerpo de “gente” unida por una gran cantidad de factores que definirán un “nosotros” de elementos en común: “una forma de vivir” forjada en conjunto con las imposiciones y pujas características de todo entramado social, y un territorio común de existencia en el cual vivimos, cuyo paisaje será familiar y reconocible, construyendo una serie de lazos afectivos con él.

Si el nacionalismo, como fenómeno social, debe observarse con las herramientas de la teoría política, las configuraciones culturales como las etnicidades, demandarán de las respuestas que puedan brindar la sociología o la antropología. Convencidos de que aquí el objetivo fundamental será responder nuestra pregunta de investigación desde una perspectiva comunicacional, nos valdremos de los aportes de ambos campos para avanzar en las respuestas que ensayaremos para pensar las configuraciones sobre la nación en el cambio de época desde una perspectiva indiciaria.

La forma de la articulación de estos múltiples saberes es ordenada al trabajar en torno a una pregunta de investigación que guíe y organice nuestras reflexiones. Como sostiene Fanon (2009:202), “El lenguaje del dominador erosiona con frecuencia los labios. Reencontrar a su pueblo es algunas veces, en esta etapa, querer ser negro, pero no un negro como los demás, sino un verdadero negro, un perro negro, como lo quiere el blanco. Reencontrar a su pueblo es hacerse bubu, hacerse lo más autónomo posible, lo más irreconocible, es contarse las alas que se habían dejado crecer”.

Más allá de que comprendemos la imposibilidad de ese extrañamiento, y lo rechazamos como exotividad planteada en la investigación. Es importante rescatar aquí esta afirmación, porque conociendo la imposibilidad, debe continuarse en el esfuerzo y la preocupación por conocer los sentidos desde los sujetos, desde los pueblos, intentando captar sus sensibilidades para romper con nuestro etnocentrismo.

Esto es un giro epistemológico porque implica abandonar la imposición de una respuesta a la pregunta que nos realicemos sobre la nación, intentando dejar de obligar a nuestras reflexiones el responder y legitimar aquella pregunta impuesta. Esa pregunta sólo se puede componer en el diálogo con los símbolos que componen la trama de la cotidianeidad.

“La verdad nacional es primero que la realidad nacional. Tiene que llegar al núcleo de ebullición donde se prefigura el saber” (Fanon, 209:205).

7.6 La nación como elaboración cultural ante el conflicto

Ante esto, nuestra propuesta será la de la mirada atenta en las pervivencias e imposiciones de los sistemas de dominación en la vida cultural de nuestras sociedades. La mundialización y la globalización como procesos paralelos tendientes a diluir todas las certezas, todas las respuestas existentes, se esforzará por negar la importancia de lo nacional como significación imaginaria constitutiva, y la mostrará como un mero instrumento de la continuación de la dominación.

Sin embargo, del modo en que se planteó anteriormente, aquí no se renuncia a pensar que la estructura garantizará dominación per se. Muy por el contrario, como nos encontramos reconstruyendo en este trabajo, la imposibilidad de restringir a un solo sentido la idea de la nación será una condición más que suficiente para pensar que no existe una sola respuesta sobre qué es la nación.

No existe una sola respuesta, no por la heterogeneidad de miradas y posibilidades de responderlas, sino porque es una significación imaginaria que, por lo tanto, será el fruto de una composición en el devenir histórico. Las configuraciones de lo histórico social vuelven imposible la posibilidad de afirmar una supuesta clausura sobre esta idea y, al mismo tiempo, abre la significación a múltiples posibilidades a ser compuestas por los proyectos políticos en sus múltiples composiciones.

Hablamos de proyectos políticos y no de colectivos en términos genéricos. Sin dudas serán los colectivos, quienes apelando a la construcción de relatos y a la conexión con sentidos históricos de lo nacional, constituyan la variabilidad incontrolable que significa pensar las ideas sobre la nación. Sin embargo, esto no explica en sí mismo la existencia y puja por otorgar sentido a la nación, la existencia de un colectivo adquiere un carácter activo en tanto y en cuanto proyecto político en pugna por nombrar qué es la nación y cuáles son sus destinos.

Durante el conflicto por la resolución 125 en Argentina, el entramado colectivo conservador que le atribuye a la nación sólo un sentido, se manifestó de manera clara y explícita. Como lo hemos planteado anteriormente, a grandes rasgos, ese imaginario cuenta con un proyecto económico centrado en la producción de materias primas, como sostenimiento del liberalismo más originario y ortodoxo.

En una relación directa con esto, se sostiene una oposición a cualquier proyecto industrialista, que para su sostenibilidad requiera de una derivación de divisas a la explotación de los recursos naturales que este tipo de esquema productivo contiene. Oposición que se tornará más radical aún si se piensa en un tipo de redistribución que contribuya a paliar las desigualdades sociales a través de políticas públicas.

Podemos pensar que estos elementos permiten explicar de qué modo la concepción del Estado será en línea con la definición ortodoxa del liberalismo. Una tradición histórica, anclada en modelos de nación históricamente constituidos, se solidificará en torno a una serie de relatos en tanto proyecto político.

Por ello, entendemos que las disputas por el sentido de la nación serán dadas por los proyectos políticos, no por la existencia de los colectivos. Serán los proyectos políticos los que lleven adelante las discusiones ideológicas en busca de imponer un determinado modelo económico-político-social.

Los colectivos, sin dudas participarán de esa discusión, pero en tanto no se constituyan en proyectos políticos activos y participes, no transformarán los modos de constitución de la nación y sus relatos. En el caso del conflicto por la resolución 125 podemos ver con claridad el modo en que se da ese pasaje, un bagaje y unas significaciones imaginarias que otorgan sentido a la nación existente, se volverán participes y activas en la transformación de un conflicto social, en tanto se articularon para actuar en pos de un objetivo.

Hasta tanto esto ocurrió, los relatos y consideraciones imaginarias formaban parte de los repertorios de acción, pero no se encontraban en una disputa por otorgar sentido al significante vacío de la nación. Ese salto se dará al desarrollar acciones propias del funcionamiento de otro proyecto político, y sus respectivas acciones por ponerlo en vigencia a la hora de tomar decisiones sobre el sentido de la patria.

Si bien aquí afirmamos encontrarnos ante un cambio de época, jamás esas transformaciones son absolutas; se tratará de cambios en contextos adversos que tendrán por delante sus peleas en el marco de la disputa por la hegemonía.

Encontramos aquí otro claro ejemplo, en el sentido opuesto a las características emancipadoras que podríamos identificar en el cambio de época, donde la nación muestra su capacidad aglutinante a la hora de la discusión política. Durante este conflicto, la nación fue un lugar central de la discusión, no un cuadro más en el mosaico que compone la vida social, sino el mosaico fundamental de la problemática.

Esto no quiere decir que el resto de los mosaicos y variables deba ser desestimado o pueda ser relativizado, sino que los mismos encuentran como base de esa estructuración el mosaico de la nación, la pregunta acerca de qué es la nación y cuál es el proyecto para la patria que en este se alberga.

Al mismo tiempo, podemos identificar de qué modo no puede existir una consideración definitiva al respecto, sino que la comprensión será una definición

histórica. No basta con dar cuenta de los elementos históricos que componen ese mosaico, sin la dimensión histórica-coyuntural no logrará explicarse.

Esto en el sentido de la supervivencia de los proyectos emancipadores, como la posibilidad de reemergencia de estructuras conservadoras, no habrá batallas finales ni conquistas absolutas, cada una se defenderá en cada ocasión y, en el mejor de los casos, sedimentarán una sobre otra volviendo el bloque de conquistas o derrotas más o menos factible de ser defendido/dilapidado.

La idea de la nación es el producto de un devenir ambivalente, transitorio, vacilante e indeterminado, que hunde sus raíces en historias y tradiciones que le dan sentido a estas construcciones. Las historias tradicionales que intentan la clausura suponen que la interpretación se basa en el recorrido de acontecimientos históricos, a través, y entremedio de estas significaciones sociales, se construirá el campo de significados que le dé sentido a lo nacional.

Nuestra propuesta es recuperar la reflexión sobre la centralidad de la idea de nación en las luchas políticas, en las cuestiones trabajadas a lo largo de estas páginas. Logramos identificar cómo ciertas afirmaciones de la posmodernidad sobre un supuesto fin de los relatos, es –en sí mismo– un gran relato que pone en evidencia la centralidad de las instituciones que le han dado forma a nuestros entramados sociales y las luchas llevadas a cabo por darles sentido.

Los referentes marxistas, superadores de las miradas deterministas, de los estudios poscoloniales como Franz Fanon sostenían que las luchas antiimperialistas serían organizadas necesariamente sobre la base del modelo del Estado-nación. Por ello, la necesidad de abandonar una mirada lineal y esquemática que mire al nacionalismo sólo con el signo de la conservación y perpetuación de las clases dominantes, como cada trama de la vida social, se constituye alrededor de los antagonismos.

En esos antagonismos la idea de la nación será un eje vertebrador y unificador de las luchas en pos de un determinado modelo de Estado-nación, ya

no entendiendo al Estado sólo como una máquina de sojuzgamiento y opresión; esa misma máquina puede ser una herramienta de liberación.

El viraje propuesto es el de los conocimientos que cultivamos desde los estudios culturales, donde los proyectos políticos no se pueden pensar y luego concretar si sólo existen en abstracto. El indispensable conocimiento de las dimensiones imaginarias que constituyen los sentidos sociales sobre la cotidianeidad nos muestra la centralidad de la idea de nación. Por lo cual este será un elemento de disputa y de lucha para cada proyecto político.

La identidad y el lenguaje serán una condición histórico-social de partida para cualquier análisis y proyecto emancipador. Entendiendo que la identidad y el lenguaje no son algo cerrado y estático sin posibilidades de ser transformado, sino más bien como algo performativo, híbrido y de constitución en/desde los conflictos.

En “Preguntas de un obrero que lee”, Bertolt Brecht pone claramente en perspectiva el imperio de los relatos que han explicado el devenir de la historia desestimando a los verdaderos protagonistas de ella:

*“¿Quién construyó Tebas, la de las siete Puertas?
En los libros aparecen los nombres de los reyes.
¿Arrastraron los reyes los bloques de piedra?
Y Babilonia, destruida tantas veces,
¿quién la volvió siempre a construir?
¿En qué casas de la dorada Lima vivían los constructores?
¿A dónde fueron los albañiles la noche en que fue terminada la Muralla
China?
La gran Roma está llena de arcos de triunfo. ¿Quién los erigió?
¿Sobre quiénes triunfaron los Césares?
¿Es que Bizancio, la tan cantada, sólo tenía palacios para sus habitantes?
Hasta en la legendaria Atlántida,
la noche en que el mar se la tragaba, los que se hundían, gritaban llamando
a sus esclavos.
El joven Alejandro conquistó la India.
¿Él solo?*

*César derrotó a los galos.
¿No llevaba siquiera cocinero?
Felipe de España lloró cuando su flota Fue hundida. ¿No lloró nadie más?
Federico II venció en la Guerra de los Siete Años
¿Quién venció además de él?
Cada página una victoria.
¿Quién cocinó el banquete de la victoria?
Cada diez años un gran hombre.
¿Quién pagó los gastos?
Tantas historias.
Tantas preguntas”*

Pensar a la nación como una forma de elaboración cultural será una perspectiva que abandone la mirada determinista y restrictiva de pensar a la nación en el único sentido de un aparato de dominación. Tal como sostiene Said (2004), la cultura ocupará un lugar de producción constante e intensa para discutir los sentidos atribuidos a la nación como proyecto colectivo que nos amalgama.

Así, los proyectos emancipadores verán su capacidad de transformación directamente relacionada con la nación como signifiante y herramienta para cumplir con las premisas políticas de la liberación en términos continentales. Como afirmara Franz Fanon (2009:226): “La conciencia de sí no es cerrazón a la comunicación. La reflexión filosófica nos enseña, al contrario, que es su garantía. La conciencia nacional, que no es el nacionalismo, es lo único que nos dará una dimensión internacional”.

8

Democracia y nación: los caminos de la democratización

“El sueño más peligroso de la izquierda ha sido precisamente esta idea de algún tipo de democracia directa, inmediata, transparente en la que finalmente la gente se librerá de todas las formas alienadas y se organizarán directamente ellos mismos. Enséñenme uno, sólo un ejemplo donde esto haya funcionado, durante más de dos o tres meses [...] No me gustan esos momentos de entusiasmo: ‘oh, durante dos meses la gente tiene el poder’, ¿y entonces qué? Entonces te encuentras un año más tarde en una cafetería y tienes recuerdos nostálgicos ‘Que maravillosos fueron esos meses’[...] Quiero que la izquierda ofrezca una alternativa real para la vida diaria después de que el entusiasmo se haya acabado. Quiero que la izquierda sea capaz de cambiar las cosas al nivel de la más común vida diaria. No puedes tener todo el tiempo esta movilización entusiástica de democracia participativa. Seamos sinceros: yo no quiero estar movilizado políticamente todo el tiempo. Quiero un poder anónimo que, sin corrupción y de manera relativamente eficiente haga su trabajo. Estuve en Latinoamérica, conozco la situación, hablé con Linera, que es una pena que no esté aquí, él es mi amigo; y él me lo dijo claramente, me dijo que, con todas estas autoorganizaciones locales que tienen en Bolivia, me dijo que su gran lección es que para tener una democracia directa local que funcione realmente necesitas un Estado muy bien organizado detrás que provea una seguridad básica, todo el sistema educativo, etc. Ahora, no estoy diciendo que debemos mantener el viejo Estado burgués, digo que debemos reinventar también estos mecanismos estatales de gran escala”.

(Conferencia de Slavoj Žižek)

8.1 Introducción

Slavoj Zizek, en el marco de la conferencia citada sobre los diferentes movimientos sociales que protestaron contra los planes de ajuste tomados por diferentes países europeos entre 2010 y 2013, sostiene que la alternativa real de transformación emancipadora de nuestras sociedades ocurrirá sólo a través del Estado. De este modo pone en discusión los discursos referidos a las microrresistencias y a las manifestaciones que en la línea de la antipolítica sostienen el establecimiento de modos de organización alternativas a nuestras instituciones “tradicionales”.

En esta manifestación se alberga la defensa del rol del Estado como mega ordenador del espacio social y única institución con la capacidad de brindar las garantías de que los movimientos de lucha por la emancipación puedan sostenerse y prosperar. Sólo un Estado fuerte por detrás de los diferentes movimientos sociales podrá garantizar que estas organizaciones políticas puedan sostenerse y proyectarse.

Tal como venimos sosteniendo, nuestra preocupación al pensar los caminos de los procesos emancipatorios que se están llevando adelante en el cambio de época son caminos de articulación de proyectos políticos desde el Estado. Los proyectos políticos que conforman y dan sentido al cambio de época, lo hacen desde el Estado, anclados en el Estado como plataforma de acción política.

Sin dudas esta condición es conflictiva y problemática. Conocemos la rica y extensa tradición que entiende al Estado como mecanismo de opresión de los poderes de las clases dominantes. Al mismo tiempo, sabemos que el Estado ha sido usina de producción de relatos nacionales tendientes a perpetuar las condiciones de poder establecidas estigmatizando a quienes considera “otros” del relato nacional. Con lo cual, partimos de problematizar sobre una herramienta de

acción política que se ha constituido, en sus condiciones históricas y simbólicas, como un espacio cuyo fin último sería la opresión.

Por ende, el único proyecto factible para con el Estado sería la ejecución del plan que permitiese su destrucción, el *¿Qué hacer?* de Vladimir Lenin, escrito en 1902, será una de las máximas expresiones de esta consideración de la teoría y la política revolucionaria. Allí se planifica y redacta un plan a ejecutar que tendrá como objetivo final la revolución y como paso necesario la destrucción del Estado. Entendiendo que su sola existencia, sin importar en manos de quienes y con qué proyecto, era una garantía de opresión y, por lo tanto, debía ser destruido.

Las diferentes experiencias históricas se han ocupado de contradecir con las dinámicas del devenir social y político muchas de las afirmaciones teóricas que –de manera reducida– han afirmado planes políticos sin tener en cuenta las condiciones sociosimbólicas para su realización. Sabemos de los riesgos que implica la determinación que muchas lecturas teóricas establecen sobre los objetos e instituciones de la vida social, pero también reconocemos las múltiples maneras en las que se ha validado la tesis de Lenin anteriormente referida. Puede que aquí no encontremos más que una particularidad o una “desviación” de la relación Estado-democracia-nación que identificamos en el cambio de época de América Latina.

Como anteriormente planteamos, Laclau y Mouffe (2010), retomando a Bernstein, encuentran en el incremento del poder económico de la clase obrera y el desarrollo de ciertas legislaciones de carácter social, una cierta ‘humanización’ del capitalismo. Según los autores, esta humanización conducirá a una ‘nacionalización’, por lo cual el obrero ya no es tan sólo un proletario, será también un ciudadano.

De esta forma, el Estado se estará transformando en un Estado “de todo el pueblo”. La conclusión a la que arribarán es que será un dogmatismo inmovilizante suponer la continuidad de relaciones de exterioridad entre los

proyectos políticos emancipadores y el Estado para llevar a cabo sus fines. Los devenires históricos dan cuenta de las experiencias de movimientos políticos que, desde o a través de la órbita del Estado, han constituido reivindicaciones y restituciones de derecho de las clases populares.

Las traumáticas experiencias políticas vividas a partir del terrorismo de Estado en Argentina, han llevado –junto a otros procesos– a repensar la acción de los proyectos políticos preocupados por construir alternativas emancipadoras. Un crimen tan feroz como el que se cometió desde el Estado en la última dictadura marca una condición de desconfianza previa muy potente, pero al mismo tiempo significa la tarea de su reivindicación. Por ello, hoy en día la disputa está dada en la pelea por la posibilidad de comandar el Estado y darle un carácter de reivindicación popular.

Hemos desarrollado la articulación entre Estado y nación en apartados anteriores como una forma de pensar la relación que se da entre los proyectos de nación y su participación en el Estado. Aquí nos interesará particularmente reflexionar sobre los mecanismos de arribo de estos proyectos políticos al Estado, las formas de constitución de su legitimidad y los caminos de consolidación de los proyectos emancipatorios.

Por ello resulta central reflexionar sobre otro núcleo problemático que resultará fundamental en el andamiaje, las características y la factibilidad de este cambio de época que nos encontramos problematizando: **la democracia**. En el mismo sentido que reconstruimos de manera extremadamente acotada respecto del Estado, podemos pensar a la democracia en los mismos términos de un sistema de representación observado y señalado como un mecanismo de control y opresión, cuestión que reconstruiremos en adelante a través de diferentes autores.

¿Por qué detenernos a pensar “la democracia” o “lo democrático” como eje en nuestra problematización sobre la nación? En principio porque nuestra apuesta será plantear una serie de preguntas y problemas en torno a la idea de nación,

como una preocupación por pensar los modos de construcción hegemónica y contrahegemónica en nuestros entramados sociales. Fue ésta la motivación inicial, desde allí continuamos abriendo nuestras preguntas en relación a las transformaciones sociopolíticas por la actualidad.

8.2 Relato posmoderno y democracia consensual

Luego de la caída del muro de Berlín, el mundo se verá ante la discusión por un nuevo ordenamiento económico y político. Como hemos planteado que aquello que se ha sostenido como posmodernidad ha sido una etapa de la modernidad marcada por una crisis de los relatos, pero que de ninguna manera significará el fin de la modernidad. Del mismo modo, podremos encontrar en este momento el comienzo de esa crisis que significará (de manera inmediata) el inicio de una serie de preguntas acerca de cómo se estructurará y organizará el mundo hacia adelante.

Una pregunta surgida de la transformación de la organización del mundo dada hasta ese momento. Por ello, la crisis de la modernidad, las preguntas, la inestabilidad planteada, serán interrogantes abiertos de un modo tan tajante y abrupto que plantearán dudas sobre la posibilidad del fin de la modernidad.

Ante esta transformación profunda se pensará a la democracia como el modo imperante de la organización y la discusión política que se desarrollará en adelante. La pregunta será ¿a qué tipo de democracia nos referimos? En medio de esta crisis, de la duda y la pregunta total sobre cada una de las certezas, una de las respuestas inmediatas fue la relativización, los anuncios del fin de la historia, la derrota total y la mirada de la fragmentación absoluta. Una derrota tan profunda de los movimientos internacionales que fue puesto en duda todo gran relato posible.

En América Latina el descreimiento sobre el lugar del Estado, su capacidad de articulación de proyectos colectivos y el carácter conservador que estos adquirieron, profundizó las dudas sobre su pervivencia como institución capaz de contener a los colectivos nacionales.

Jacques Rancière (2006) sostendrá que “la democracia triunfante se declaraba simplemente como el arte de lo posible. Y esta identificación se daba un nombre: el consenso. Esta palabra no designaba solamente un humor del tiempo: la preferencia dada a los medios pacíficos del diálogo por sobre las formas violentas del enfrentamiento entre clases o del enfrentamiento entre gobernantes y gobernados”.

Para Rancière, el consenso significará el acuerdo sobre los datos sensibles de una situación, sobre las maneras de interpretar las causas y de deducir las formas de acción posibles. La democracia será asociada a una supuesta cultura de la paz civil. Esta misma cultura de la paz civil se daba como fundamento la capacidad experta de dar una descripción unívoca de las situaciones y las posibilidades que ellas ofrecían. La cultura de lo consensual reconocerá a los grupos de interés o de opinión la posibilidad de elegir entre las distintas opciones que los datos objetivos autorizaban, pero lo que negaba era la posibilidad de describir de otro modo los datos mismos. Incluso, la posibilidad de resolver las cuestiones por otros medios.

De esta forma, la democracia consensual será puesta en valor como el único modo de resolver los conflictos y de organizarla vida social. Sin dudas uno de los logros más importante del liberalismo, la imposición de sus modos de organización política, expandida como la verdad absoluta y la única solución a los conflictos políticos, a los conflictos de poder.

Ésta podrá ser una lectura, será una posibilidad para interpretar cómo la consolidación de la democracia representativa será un modo de institucionalizar, legitimar y universalizar los modos de organización política del liberalismo. Un

modo que será, al mismo tiempo, una posible garantía para evitar la consolidación de alternativas emancipadoras tomando las riendas del Estado para llevar a cabo sus proyectos políticos. De este modo, los contrapesos de los proyectos políticos serán una especie de valla para contener la institucionalización de constantes conflictos sociales que resultan contrarios a los intereses de los poderes dominantes.

La problemática de esta interpretación crítica de denuncia al establecimiento de la democracia como única alternativa de organización política será su determinismo. La consideración de que la derrota que significa la imposición de la democracia como sistema único de organización política es absoluta y que los movimientos políticos emancipatorios no tendrán la capacidad de sortear esa problemática es determinista. Presupone, y mantiene subterráneamente una misma lógica, que la derrota es absoluta y que efectivamente estamos ante el fin de la historia, aunque esto no sea enunciado de esta forma.

Sin dudas la derrota es violenta, la crisis alrededor de la factibilidad de los proyectos emancipatorios es profunda, y los retrocesos en el imaginario de lucha sufrieron el impacto de esos golpes. De todas formas, este impacto no puede derivar en el determinismo de aseverar que los proyectos nacionales, continentales y mundiales de emancipación puedan darse por derrotados y terminados de un plumazo.

Si algo hemos aprendido de la tradición marxista es que el principal elemento para pensar lo social es la historia, y la historia es escrita por los pueblos. Por ende, no hay una historia definitiva en tanto la acción del pueblo continúa escribiendo estos capítulos y contradiciendo todo intento de explicaciones deterministas que buscan relativizar el peso de la acción histórica.

8.3 La democracia y la construcción del pueblo soberano

“La etimología no resuelve todos los problemas de sustancia, pero a veces ayuda a pensar. Democracia: demos y krátos, krátos del demos. El poder del pueblo [...] ¿Dónde vemos hoy el poder del pueblo?”

(Cornelius Castoriadis, 2005:145)

Rancière (2006) asegurará que no hay pueblo sin separación con lo “real” de una población, no hay pueblo sin la construcción de una cierta ficción. Pero esta ficción no será exclusivamente la ficción jurídica que se establece en torno a las instituciones y media el poder del pueblo a través de los procedimientos electorales.

La democracia constituirá un doble sentido donde afirmará que el pueblo político será una comunidad que no podrá remitirse exclusivamente a una delimitada población definida de antemano. De esta forma, Rancière afirmará que el poder del pueblo será entendido como un “poder aberrante” respecto de la figura habitual del poder ejercido por hombres sobre otros hombres.

El temor de ese caos será resuelto a partir de una mediación regida por una supuesta capacidad específica que permite institucionalizar, organizar y consensuar modos de administración de este caos. Todo ello, por supuesto, a partir de una serie de pactos sociales que le atribuyen un valor respetado a esos pactos, lo cual los vuelve factibles, legítimos y respetables (en el sentido del cumplimiento de las reglas de juego).

David Hume (2005:41) sostiene: “Nada es más sorprendente para aquellos que se ocupan de los asuntos humanos con mirada filosófica, que ver la facilidad con la que las mayorías son gobernadas por las minorías; y observar la implícita sumisión con la que los hombres renuncian a sus propios sentimientos y pasiones a cambio de los de sus gobernantes. Cuando investigamos por qué medios se produce esta maravilla, encontraremos que así como la fuerza está siempre del lado de los gobernados, quienes gobiernan no tienen otra cosa que los apoye que la opinión. Es, por lo tanto, sólo en la opinión donde se funda el gobierno, y esta máxima se aplica a los más despóticos y más militares de los gobiernos, así como a los más libres y populares”.

La problematización de Hume afirma que todo gobierno descansa en el consentimiento, obtenido de alguna manera, de los gobernados. Por ello, debemos preguntarnos por la constitución del pueblo como colectivo político incluido y sostenido en las lógicas del funcionamiento democrático. Nos interesa esta pregunta en particular, porque la apelación al pueblo será una constante en la interpelación masiva que realicen los gobiernos del cambio de época por su carácter de enunciación colectiva, rompiendo con la tradición de la relación individualizante propuesta por el Estado liberal.

Al mismo tiempo, resulta fundamental pensar en las dimensiones políticas de esa enunciación. La dimensión ideológico-política que contiene la enunciación respecto de la idea de pueblo lo asume como un colectivo político, cuyas características sobresalientes son su cualidad en tanto colectivo que aglutina una sumatoria de voluntades políticas, las voluntades de los grandes grupos de ciudadanos que constituyen el entramado social.

Planteamos esto porque implica una diferencia fundamental respecto de todas las apelaciones al colectivo social en tanto individuos, haciendo foco en la capacidad de consumo que vuelve a los habitantes sujetos de derecho en tanto consumidores y contribuyentes. Por ello se vuelve tan reaccionaría la habitual afirmación de “yo pago mis impuestos”, como si esa acción brindase un estatus

superior que deba ser valorado y protegido respecto de aquellos que no tendrían la capacidad y la posibilidad de instituirse en tanto contribuyentes.

Pensar la noción de pueblo nos permitirá dar cuenta de la construcción de consensos, y en esos consensos de las ficciones y relatos que son moldeados para dar forma, contenido y sostenibilidad a los proyectos políticos. La perdurabilidad de estos proyectos políticos estará dada por el diálogo y la aceptación de estas ficciones, en la construcción de una relación en términos políticos –y también sentimentales– que dé lugar a la configuración de un imaginario compartido. En el cambio de época este imaginario se constituirá y consolidará, interpelando a los grandes colectivos sociales nacionales en tanto pueblo en relación a un proyecto político.

En ese diálogo, en la construcción de ese relato estará en juego una creencia, la constitución de una creencia que dé sentido a nuestras acciones y relaciones. Al mismo tiempo, esa creencia permitirá mantener la cohesión y afrontar las grietas y crisis del relato. En esa creencia radicará la perdurabilidad de cada proyecto político, en la capacidad de este proyecto de hacer creer algo a su pueblo sobre sí mismo, sobre su destino conjunto.

La construcción de esa ficción no es nombrada en términos peyorativos ni descreídos. No se trata de desacreditar ni de señalar moralmente la construcción de una ficción, ya que no creemos que el mundo se rija por realidades fehacientes en cada uno de los aspectos que la constituyen. Sino que es el resultado de una producción cultural tras otra que han sedimentado y conforman la complejidad de los entramados sociales en los que nos desplegamos.

Vale aclarar que sobre cuestiones como la desigualdad, la injusticia y la explotación no concedemos a la opción de que ello sea un mero relato más, sino que existe efectivamente e implica el sufrimiento y la muerte de millones de seres humanos como una condición naturalizada que debemos atender y sobre la cual debemos actuar.

Más allá de esto, cabe plantear que nos interesa explorar el potente hecho que implica la posibilidad de que una minoría tenga la capacidad de que una mayoría decida someterse a ella por una idea y un ideal. Ese acto de fe, guiado por una creencia nos parece absolutamente potente, ya que guía voluntades y predispone marcos de acción. Luego propondremos un nuevo balance sobre estas aseveraciones y su posible constitución desde otras relaciones entre Estado-democracia-nación-ciudadanía.

Ante la pregunta sobre la invención de la nación, Edmund Morgan (2006:39) sostiene: “la ficción que reemplazó al derecho divino de los reyes es nuestra ficción, y en consecuencia nos parece menos ficticia. Solamente un cínico entre nosotros se burlará de la dedicación de Lincoln ‘al gobierno del pueblo y para el pueblo’. Cualquier pensamiento serio podría decirnos que todos los gobiernos son del pueblo, que todos los declaran ser para el pueblo y que ninguno puede ser literalmente ejercido por el pueblo. Pero el pensamiento serio también nos dirá que la soberanía del pueblo, por ficticia que sea, ha funcionado”.

De esta forma, la conformación de una serie de espacios sociales que dieron paso a la configuración de leyes y políticas en busca de lograr marcos institucionales que permitan establecer una sociedad más amplia, significó un cambio en la consideración sobre los sujetos. Su interpelación cambió porque, en este nuevo marco, los habitantes dejaron de ser meros súbditos.

La constitución de derechos y el fin de la idea de una cohesión social lograda exclusivamente por coerción significará un cambio radical que abrirá las puertas a pensar en la conformación del pueblo como colectivo interpelado. En nuestro caso, nos interesará luego poner en relación esa constitución del pueblo con la configuración de narraciones sobre los sentidos de la nación.

Esa pregunta incorporará la dimensión política a la discusión sobre la conformación del pueblo. Nuestra preocupación inmediata, ante la afirmación de una soberanía constituida que conforma un pueblo, será comprender que aquellos

que crearon esta soberanía del pueblo para luego reclamarla para sí como un elemento del cual serían los mejores representantes, partían y respondían a un proyecto político. Un proyecto cuyo fin último no sería el mecanismo en sí, sino que el mecanismo será una herramienta, siendo el fin la dirección política del Estado y su capacidad para nombrar a la nación.

Por esto hablamos de la idea de dejar de ser “meros súbditos”, la subalternidad y las relaciones de poder no dejan de existir, sino que se transforman y cambian de actores y argumentos en la disputa por la construcción de hegemonía. Aunque, es importante destacar, la transformación del modo en que se estructuran estas relaciones de poder permitirán que en las luchas políticas se conformen proyectos políticos preocupados por otorgarle nuevos sentidos al pueblo. Esto abre un importante abanico de posibilidades para la posterior pugna de proyectos políticos en lucha por constituir relatos que tiendan a hegemonizarse.

Morgan (2006) sostiene que existirá un riesgo a partir de la instalación de un nuevo sistema de representación que ponga a la autoridad y a la sumisión en manos de los mismos actores: el pueblo y los representantes como extracción del pueblo. Desde esa discusión, se establecerá lo que conocemos hoy en día como división de poderes, una ficción institucional establecida para constituir una serie de espacios de representación diferente.

Ante esta problemática, Morgan afirma que se intentará establecer un sistema que ordene una división que sostenga al pueblo en cuanto súbdito del pueblo, en cuanto gobernante. Es decir, el establecimiento del pueblo como súbdito de sí mismo. La pregunta que se nos dispara ante esta afirmación será ¿quién nombrará lo que el pueblo es? Claramente, la lucha por el establecimiento y la asignación de los portavoces del pueblo será eje de la discusión política sobre las decisiones y los destinos de la nación.

Tal como sostiene Claude Lefort (1990), lo que surge es una nueva noción del lugar de poder como un lugar vacío. Quienes ejercen la autoridad política son

simples gobernantes que no pueden apropiarse del poder para sí, sino que estarán sometidos a un procedimiento periódico como una competencia regulada entre hombres, grupos y partidos. Este será el proceso de la institucionalización del conflicto.

Así, mientras el poder aparece nombrado como una instancia ajena que se ejerce por sobre la sociedad civil, se presume engendrado en el interior de la sociedad, mientras que –al mismo tiempo– se presenta como el órgano instaurador de su cohesión, garante de su unidad territorial y de la identidad nacional.

Encontraremos este doble juego, por un lado la instauración de un poder que se sitúa como externo (por sobre la sociedad), que al mismo tiempo se constituye en ese lugar como emanación de la sociedad, pero –en simultáneo– será el responsable de la cohesión y el sostenimiento de esa sociedad. La producción simbólica, la reelaboración de un relato nacional de unidad, serán las tareas de ese poder que emana del pueblo, pero que al mismo tiempo se posiciona por encima.

La legitimación del conflicto, encauzado por las vías institucionales fijadas, otorga el sentido a la democracia de estabilizar los múltiples intereses, conduciéndolos por una vía y un procedimiento. Por esto, según Lefort (1990), la democracia moderna instituye un nuevo polo de identidad: **el pueblo soberano**.

El pueblo soberano no logra constituir una unidad sustancial o esencial, sino que será una unidad que continúe estando latente. En el momento en que la soberanía pasará a manifestarse, el pueblo se actualizará expresando su voluntad, así el ciudadano quedará convertido en una unidad de cálculo.

8.4 La democracia, la política y lo político como matriz del conflicto

Pensar la democracia es pensar “la política”, y pensar la política es pensar “lo político”. Por ello resulta necesario dar cuenta de la distinción analítica propuesta por Chantal Mouffe (2011) entre “la política” y “lo político” como dos categorías que nos permitirán dar cuenta de dos nociones que hacen a diferentes campos del saber, pero que contienen la complejidad de la dimensión política en pugna de lo social.

En esta discusión confluyen la ciencia política como estudio de “la política” y la teoría política –perteneciente al campo de la filosofía– preocupada por la esencia de “lo político”. Ambos campos confluyen aquí bajo la premisa de dar cuenta del carácter de la disputa política con el objetivo de guiar los destinos del Estado, mediante la democracia como mecanismo legitimado de disputa por las instituciones.

Lo político es el espacio de poder, conflicto y antagonismo. “Lo político” será la dimensión de antagonismo constitutiva de las sociedades humanas, mientras “la política” es el conjunto de prácticas e instituciones a través de las cuales se crea un determinado orden, como una respuesta institucional a las condiciones histórico-sociales que “lo político” impone. Lo político estará directamente relacionado con los actos de institución hegemónica.

Así, debemos detenernos y diferenciar “lo social” de “lo político” para que nuestra herramienta analítica nos permita precisiones que den cuenta de las complejidades sociales. Como sostendrá Mouffe (2011:24) “lo social se refiere al campo de las prácticas sedimentadas, esto es, prácticas que ocultan los actos originales de su institución política contingente y que se dan por sentadas como si se fundamentaran a sí mismas. Las prácticas sociales sedimentadas son una parte constitutiva de toda sociedad posible; no todos los vínculos sociales son cuestionados al mismo tiempo. Lo social y lo político tienen entonces el estatus de

lo que Heidegger denominó ‘existenciales’, es decir, las dimensiones necesarias de toda vida social”.

Lo social y lo político tienen esta característica de existencialidad y, al mismo tiempo, son esencialmente inestables y requieren desplazamientos. Desplazamientos que se darán en función a las relaciones de poder que son también intrínsecas a la vida social. Por esto, pensar la democracia demandará pensar la política y lo político como dimensiones que atraviesan los procesos de construcción hegemónica que se ponen en juego al momento en que los proyectos políticos manifiestan sus disputas por la dirección del Estado. Es decir que la hegemonía se dirimirá y legitimará en el campo de “lo político” y permitirá posiciones diferentes al momento de la dirección de “la política”.

A partir de lo desarrollado respecto de la conformación de un pueblo, y el establecimiento de los diferentes mecanismos institucionales para establecer su representación, nos encontraremos con la articulación democracia – política. Este encuentro nos habla de una relación necesaria entre ambas dimensiones: el establecimiento del sistema democrático en sus orígenes, sumado a su consolidación posterior a la caída del muro de Berlín, establecen el marco de funcionamiento de lo que Mouffe (2011) describiese como “lo político”.

No se trata sólo de una forma de gobierno o un modo de organización, sino de la separación a partir de la cual la política existe en nuestros entramados sociales, el modo en que se establecen, construyen, configuran y dirimen los conflictos. Las marcas de la última dictadura militar (comprendida en la saga de dictaduras que sufrió nuestro país y nuestro continente) establecieron un marco de valoración a la democracia que la ha colocado como valor supremo de la vida social e institucional.

Incluso, hasta en los momentos de mayor crisis y riesgo de disolución, no se supone siquiera la posibilidad de un sistema diferente del democrático. Esto sucederá tanto en los sentidos más conservadores de la intervención militar, como

en los sentidos transgresores que sostienen la idea de la autonomía y la “atomización del poder” que plantean discusiones sobre las limitaciones de la democracia representativa más tradicional.

De esta forma, como sostiene Rancière (2006), lejos de toda banalización consensual, la democracia se posicionará en nuestras sociedades como la paradoja fundadora de la política. A partir de este marco institucional, simbólico e imaginario, los sujetos actuarán en pos de darle viabilidad y sostenibilidad a sus proyectos políticos en la búsqueda de aglutinar consensos.

Lo que aquí retomamos como aglutinación de consensos se relaciona con su opuesto que será la esencia de lo político: el disenso. Si la política se define por la existencia del disenso, como matriz problemática de lo social, la lucha política que luego se desate tendrá el sentido de construir consensos que permitan dirimir ese conflicto en el sentido que cada proyecto político quiera definir. La puerta de entrada a la consolidación del bloque histórico que permita una hegemonía capaz de lograr la acción y la transformación como meta última.

El conflicto que se dará en el mapa político será por el sentido de esa transformación, y los proyectos políticos en pugna tienen un claro objetivo y una clara definición sobre el horizonte que persigue esa transformación. En los casos del cambio de época que aquí trabajamos esto se enuncia claramente. Las premisas sobre la integración latinoamericana, la lucha por la emancipación y la consolidación de los Estados como mecanismos –también– de lucha contra la desigualdad y por el empoderamiento de los pueblos, son enunciaciones claras sobre los horizontes de estos proyectos políticos que entrarán en pugna.

La pugna es el resultado del conflicto que la organización del Estado democrático regula mediante sus mecanismos. Resulta importante señalar los estadios que marcan este funcionamiento: el conflicto será la etapa inicial, el punto de partida que al momento de la constitución de lo social se encuentra presente, luego de constituidos los proyectos políticos se pondrán en pugna por el

establecimiento de sus verdades como las verdades del pueblo entendido éste como colectivo a representar.

Las conquistas de los sentidos sobre la idea de la nación que se logren a partir de la lucha establecerán tipos particulares de pueblos y particulares sentidos que se contendrán en su constitución. Por esto, la narración sobre lo nacional es un elemento central en este cruce que aquí venimos desarrollando entre nación-pueblo-democracia. Estos tres elementos se encontraran entrelazados y en pugna, mientras que el conflicto será el motor de esa pugna. Ahora nuestra pregunta sería sobre el origen de ese conflicto.

Como planteábamos, la esencia de la política será el disenso, que no será meramente el conflicto de intereses y de opiniones, sino –como sostiene Rancière (2006:12)– “el conflicto de dos mundos sensibles”. El disenso será el conflicto sobre la configuración del mundo común por el cual un mundo común existe.

La idea de un conflicto de dos mundos sensibles resume como ninguna la complejidad de la lucha política que se desarrolla al momento de la pugna por el sentido de la nación y el pueblo.

En ese momento se estará desarrollando una discusión tendiente a construir la memoria afectiva y sus correspondientes lazos entre el pueblo y la nación, ese será uno de los ejes del sentido de la construcción masiva de relatos que interpelan desde el consenso y no sólo desde la tradición. La reconfiguración de la narración sobre la nación por parte del Estado, significará el establecimiento de ciertos lazos sensibles y afectivos entre el pueblo y la nación.

La política será la acción, no de identidades constituidas y definidas de modo estanco previamente, sino de sujetos que siempre serán separaciones entre identidades multivalentes. En la pugna política cada proyecto de nación narrará de un modo particular a su pueblo y de ese modo establecerá los lazos sensibles que sostendrán esa construcción hegemónica con mayor o menor solidez.

De este modo, la democracia será el lugar en el cual se desarrollen las disputas por la construcción de narraciones que contengan a los colectivos. Partimos de estas afirmaciones como condiciones que funcionan y operan, a partir de las características particulares de nuestras sociedades. Estas particularidades son las que plantean hoy en día a la democracia como el espacio natural que, por definición, organiza la vida política y las discusiones que hacia su interior se llevan a cabo. Esto no quiere decir que sea el único modo, ni que exista una determinación natural de esta organización, sino que responde a las lógicas y condiciones histórico-sociales de nuestro tiempo.

Ante estas afirmaciones se bifurcan diferentes caminos de aceptación, denuncia y acción estratégica. Tal como sostendrá Rancière (2006:15): “Es también para acusar más crudamente la separación entre la lógica oligárquica dominante y la idea misma de democracia. Los intelectuales que antes cantaban las virtudes del vivir juntos democrático, descubrieron desde entonces que la democracia era el reino de individuos consumidores egoístas e ignorantes cuyo frenesí amenazaba no solamente el buen funcionamiento de los gobiernos, sino la civilización misma”.

Planteamos a las alternativas de aceptación, denuncia y acción estratégica porque consideramos que las opciones políticas oscilarán en estas tres alternativas. Claramente la aceptación será la mirada liberal que considere que esta condición de organización de la vida política y social es un modo natural de organización y debe perpetuarse de este modo, adelgazando cada vez más el espacio de “lo político” a través de su interlocución en términos individuales a los ciudadanos.

Luego, la denuncia estará en la línea de la cita de Rancière que descrea de la democracia en un sentido único de la organización política y la denuncia como un modo de perpetuación del sistema capitalista imperante, sus prácticas de consumo y la constante interpelación en términos individuales y no colectivos.

En tercera instancia estará la mirada que proponemos para esta tesis. Una perspectiva que desarrollaremos en este capítulo y se encuentra en línea con lo que al comienzo recuperáramos junto a Zizek: el Estado deberá ser la garantía para avanzar y profundizar mecanismos de emancipación, nuestras sociedades contemporáneas dirimen sus discusiones políticas a través de las democracias representativas, por ello la lucha estará dada en ese territorio.

La disputa por el Estado será la disputa por la construcción de bloques históricos en los marcos democráticos, pero esto no necesariamente implica la aseveración de una automática interpelación individual para estimular el consumo. La interpelación, en tanto pueblos, de los colectivos será una transformación profunda donde la democracia adquiere nuevos sentidos, los sentidos de la democratización, muy distante de la mera forma institucional de organización de la vida política.

Según Rancière (2006), lo político es el encuentro de dos procesos heterogéneos. Por un lado la definición de las instituciones, logradas a partir de la conformación de un consenso y la aceptación de reglas institucionales que ordenan lo caótico de ese mundo. Por otro lado, el entramado social se configurará a partir de una segunda idea motora: la igualdad. Como una derivación de las premisas de la modernidad, la igualdad establecerá su plena confianza en la razón y en la posibilidad de un progreso absoluto que tendría como meta la libertad del hombre.

La creencia en la posibilidad de la igualdad establecerá las bases para que se desarrolle la disputa política en busca de cargar de sentido las significaciones que sobre el mundo se despliegan. El terreno del encuentro entre el entramado institucional y la igualdad, como valor y creencia que nos mancomuna, será lo político.

Ahora, la dimensión institucional siempre irá por detrás de los procesos sociales, por detrás –y en diálogo– con las creaciones del pueblo. Las dinámicas

sociales darán, continuamente, nuevos sentidos que estarán en diálogo y en colisión con los existentes, mientras que las instituciones irán detrás de éstos buscando contenerlos en sus estructuras. Las transacciones y traslaciones que ocurran en esa intersección hacen al terreno de “la política”.

En este sentido es que resulta importante recuperar la idea de magma en Cornelius Castoriadis (2007). Ante los intentos de determinismo de los que la mirada estructuralista se ha valido para explicar –y forzar– lo social a sus esquemas de pensamiento, la mirada de Castoriadis abre una puerta a la comprensión de las nuevas creaciones imaginarias que puedan desafiar y desestabilizar las estructuras establecidas.

Castoriadis sostendrá que lo histórico-social sólo puede pensarse como un magma, como un magma de magmas que por esta constitución diversa, productiva y en muchos casos impredecible, es un modo de representar las reconfiguraciones de lo social bajo nuevas formas y mecanismos. Esto no quiere decir que todo sea magma o un caos indefinido. Para el autor el ser histórico-social se construye a partir de la imaginación, creación e indeterminación del ser. El magma de significaciones sociales será una matriz para comprender la construcción de organizaciones y proyectos políticos diversos

La lógica de los magmas estará basada en la indeterminación o posición permanente de nuevas determinaciones. El magma provendrá de la capacidad de pensar lo existente como la base a partir de la cual se dan nuevas creaciones, de un tipo hasta este momento desconocido. Nuevas significaciones imaginarias creadas colectivamente por los sujetos, a partir de su imaginario social instituyente. Por lo tanto, para Castoriadis, y retomando en este punto a Marx y a Freud, toda realidad es social por definición.

Las significaciones imaginarias sociales definen las representaciones, deseos y actos de los sujetos. Así, la idea de democracia es una creación del colectivo, no tiene sentido en sí misma. De esta forma, la Historia no tiene sentido,

no va hacia ningún lugar en especial, ni el pasado es el resultado de determinaciones. Por lo tanto, lo político funcionará como el espacio donde se dirime la constitución del magma, es un espacio magmático por definición. Luego, el imaginario instituyente participará de las definiciones de “la política”.

Será la política la responsable de otorgar consistencia a algo que se constituye como caótico e inaprehensible. Ante una conformación instituida en la sedimentación de relatos, lo que lo liga y da consistencia será la política como el elemento que permite sostener el diálogo entre lo instituido y las producciones de sentido del pueblo. Ese encuentro, que por definición es caótico, encontrará su cohesión a partir de las prácticas e instituciones de “la política”.

Es aquí donde la democracia otorga un marco para que lo político se despliegue y encuentre cauces institucionales para dirimir la construcción de consensos. Por esto, la democracia será el instrumento de la política para sortear el riesgo del caos. La política será el poder, su adquisición y su ejercicio. La cuestión serán luego los modos y los sentidos de ese ejercicio del poder. Cuestión que será central al momento de interpretar cómo se constituyen hoy en día los relatos sobre la nación desde el Estado.

Si la lucha política sucede en aquella intersección entre las instituciones y el magma al que se refiriese Castoriadis, la resolución de esa lucha dará lugar a una relativa estabilidad en la cual el proyecto político accionará para mantener su posición hegemónica. Uno de los mecanismos de esta situación serán los relatos como un modo de sostener la argamasa conformada y atribuirle aún una mayor solidez. A la disputa política le sucederán los intentos por sostener ese poder, la práctica de su ejercicio, estabilización y continuidad.

8.5 Democracia, poder y conflicto

Si la democracia es el poder del pueblo, la pregunta que le continúa será ¿dónde se detiene ese poder? ¿Cuáles serían sus límites? Como se interroga Castoriadis (2005). La primera transformación que observaremos será que a partir de que la sociedad ya no se constituye desde un poder externo a los hombres, cuando la imposición divina ya no es un argumento sostenible, se presentará la problemática sobre el modo en que se puedan fijar los límites de este poder emanando del pueblo. Incluso, más que los límites, nuestra pregunta será por los alcances: ¿hasta dónde llegará ese poder?, ¿hasta dónde llegará esa participación? Ante ello, afirma Castoriadis, la respuesta será la autolimitación.

La democracia será el régimen de la autolimitación, de la autoinstitución. La democracia se autoinstituye constantemente para mantener la cohesión social y evitar el caos. Como refiriésemos anteriormente, los elementos con capacidad de ligar el entramado social para sostener su cohesión, tienen como principal opuesto a la idea del caos.

El cuestionamiento que realiza Castoriadis a las formas de democracia occidental será que la esfera pública en realidad se constituye en una esfera privada. Es decir que la separación entre los representantes que toman decisiones y el pueblo, que es el cuerpo esencial que la democracia representa, aparecen como separadas. Por ello, la esfera pública se acota en momentos de crisis de la modernidad, de desmovilización y de descreimiento en el sistema político. El corrimiento del pueblo respecto de la esfera pública, vuelve a ésta una esfera privada, ya que funcionará de manera separada del cuerpo social.

Aquí, la autolimitación se tornaría además de una limitación subjetiva autoimpuesta, un corrimiento respecto de la participación en la toma de decisiones y en la esfera pública. En Argentina, y en América Latina en general, a partir de las dictaduras genocidas se avanzó en un proceso que instauró este corrimiento, la

crisis de la modernidad que derivará en la crisis de las instituciones y el descreimiento de lo político, colaborará con este corrimiento.

La esfera pública se achica sensiblemente y su funcionamiento se convierte en un funcionamiento del tipo de las esferas privadas. Ante esta transformación, la esfera pública se convertirá en una propiedad de la oligarquía política que, con bajos niveles de legitimidad, tendrá la libertad de la toma de decisiones en nombre del pueblo. Fenómenos derivados de la reducción de la esfera pública a una expresión ínfima.

En el cambio de época esta relación se verá modificada, el fortalecimiento del Estado como actor protagónico, y ya no como un mero administrador de lo existente (con tendencias a administrar cada vez menos cuestiones relativas a lo público), revitalizará la esfera pública. La incorporación de miles de jóvenes a la militancia y la participación política será uno de los elementos paradigmáticos más potentes de esta transformación.

Florencia Saintout (2013) en su libro *Los jóvenes de la Argentina. Desde una epistemología de la esperanza afirma* que asistimos a un tiempo de restitución de las mayúsculas, donde se convoca a hacer Historia, a disputar el Estado, a ser Sujetos de cambio. Esta nueva relación entre los jóvenes y la política –con elementos de lo viejo, que a veces deniega de lo tradicional y no por ello rehúsa la institucionalización– es una marca de este cambio de época.

Sostiene Saintout (2013:14): “No fue sólo la cultura (es decir, unos ciertos modos de nombrar el mundo que se hacen sentido común y por lo tanto adquieren el peso de la verdad) la que sostuvo la larga década neoliberal. No fue sólo en la cultura donde se reafirmaron, pero también fue en ella. Por eso, hoy asume tanta relevancia la idea de batalla cultural, de contrahegemonía, de construcción de unas nuevas verdades”. De esta forma, encontramos en el regreso de los jóvenes a participar de las organizaciones político partidarias un gesto claro del cambio de

época que deja a las claras la revitalización de “lo político” y su impacto revitalizador en la trama de lo que entendemos por “la política”.

Entonces no hablaremos de la misma democracia. Así como no es el mismo Estado, la misma idea de nación, no será la misma democracia la que estará en juego en esta transformación histórica. El robustecimiento de la esfera pública correrá los límites de la autolimitación y establecerá nuevos parámetros de diálogo y participación de la ciudadanía en los asuntos públicos.

Por esto hablamos de una democracia diferente, si bien la dimensión institucional se mantiene bajo las mismas características, el carácter diferente de constitución de ambas esferas dará como resultado una transformación en los modos de equilibrar la relación entre ambos espacios de poder. En este cambio de época las esferas se encuentran más equilibradas y propician nuevos modos de participación. Con esferas robustecidas en su capacidad de acción, la discusión política se robustece porque se carga de sentido nuevamente la importancia de la política como espacio y mecanismo de transformación.

Castoriadis (2005) sostiene que la política no es una cuestión de episteme, sino de doxa. Siendo la *episteme* el conocimiento construido a partir de una creencia justificada en la verdad, mientras que la doxa será la creencia común, donde conviven la imaginación y la creencia. El robustecimiento de la esfera de la discusión pública será una afirmación clara de la doxa como motor de la acción, por ende de la disputa en la arena política.

Esa creencia no tendrá un único sentido, puede tratarse de una creencia en el fin de la historia y de los relatos, centrada en una serie de movimientos particulares atomizados. También puede que esa creencia movilice a la acción colectiva por un ideal que se vea materializado en un proyecto político. Más allá de las particularidades y los sentidos que luego pueda adoptar, la doxa representa el núcleo de las acciones de nuestra vida cotidiana. La nación será parte central de

la construcción de las creencias colectivas, por ello pensar la nación será también pensar las formas en las que se manifiestan las creencias.

Castoriadis (2005) afirma que “ninguna sociedad es factible (de una manera duradera) si no fabrica una adhesión mínima de la mayoría de la población a sus instituciones y a sus significaciones imaginarias”. El criterio de la construcción hegemónica y de la constitución de una narración sobre la nación que le otorgue consistencia estará directamente relacionada en nuestras sociedades con la conformación del sistema democrático como modo de representación de las heterogeneidades.

En este sentido, Castoriadis encontrará una relación directa entre liberalismo y sistema democrático, entendiendo a la democracia como el modo de mantener las desigualdades. En el mismo sentido, Lefort (1990) afirmará que en la dinámica del sistema democrático, sustraerse al poder de alguien –de un otro– contiene el riesgo de dejarse encadenar por un poder sin contornos, sin rostro, anónimo, ajeno a toda impugnación.

Nuestra pregunta inmediata será: ¿es factible pensar la sociedad sin suponer la existencia de las relaciones de poder? Nuestra matriz epistemológica nos da la certeza de que esto es imposible. El cruce de las variables sociohistóricas nos sitúa ante la conformación de tradiciones y modos de organización social que legitiman a la democracia como el sistema de gobierno que representaría del modo más ecuánime las voluntades del pueblo.

Es decir, en el magma de lo social se construyen la historia, la cultura y las significaciones imaginarias, sobre estas condiciones históricas se situarán nuestras interpretaciones. La dimensión de la lucha política por parte de los movimientos emancipadores será entonces la pugna por darle un sentido particular a la dirección del Estado al llegar a tener esa posición de poder. Pero sólo será factible a partir de comprender e interpretar el entramado cultural que lo constituye. Ese entramado se edificará sobre la base del conflicto como elemento

constitutivo de la política, como expresión de las complejidades sociales. Allí pensaremos los alcances y limitaciones de la filosofía política.

Como sostendrá Rinesi (2005), la filosofía se levanta contra el conflicto porque cuando ésta encuentra el conflicto lo hace a partir y dentro del presupuesto del orden, es decir que la filosofía no piensa el conflicto sino que lo representa y lo ordena, reduciendo el conflicto al propio orden categorial.

Afirmará Rinesi (2005:17): “La filosofía política sólo podría pensar el conflicto en el mismo movimiento en el que piensa las formas de encuadrarlo, superarlo, disolverlo, y, por esas vías, sacarlo de la escena. Ahora: si por un lado la trama categorial de la filosofía política –a diferencia de la del pensamiento trágico– está incapacitada para hacerse cargo de la centralidad e irreductibilidad del conflicto, y por otro lado éste constituye la propia materialidad de la política, la conclusión que se desprende es que, contra lo que podría pensarse, la filosofía política no es un tipo de conocimiento apto para pensar, precisamente, la política”.

Aquí proponemos una producción de conocimiento que permita el cruce entre las reflexiones analíticas y los alcances de los proyectos políticos. Tal como se presenta en los escritos de Franz Fanon, la reflexión es guiada por un proyecto político que le da un sentido y un horizonte de realización. Ese proyecto fija los caminos de la acción política por la emancipación. Pero no se trata de una afirmación analítica acerca del funcionamiento social, pensando en que el único sentido de la investigación es el de dar cuenta de lo que ocurre, sino en el sentido de aportar reflexiones que funcionen de modo colaborativo con los procesos políticos que se desenvuelven en la trama de sentidos existentes acerca de qué es lo social y cuáles son sus modos de funcionamiento.

Esta comprensión brindará herramientas que permitan pensar acciones de consolidación de los procesos políticos. En definitiva, se trata de una reflexión interesada en aportar a los procesos políticos preocupados por construir marcos de igualdad. En consonancia con esto, se parte de reflexionar sobre los marcos

sociosimbólicos e imaginarios existentes, con los cuales los proyectos políticos entrarán en diálogo. Buscando evitar las reflexiones a partir de ciertas condiciones ideales y ahistóricas que llevan a reflexionar sobre el pueblo como si a este se le pudiesen borrar sus memorias, historias, trayectorias y modos de estar juntos.

En este sentido nuestro paradigma de trabajo se parece más al de la ingeniería civil, las obras que se realizan sobre la topografía no reniegan de las características del terreno, sino que inventan los métodos, buscan las alternativas y construyen puentes, pero siempre partiendo de reconocer las características del terreno sobre el cual deben constituirse. En este caso la lógica es la misma, deberán reconocerse las condiciones histórico-sociales para construir los puentes, o las obras que sean necesarias para lograr los objetivos de unir dos puntos distantes.

En esta tesis nos proponemos pensar la nación como elemento central de la lucha por la hegemonía. Esa lucha será eminentemente política, por tanto un pensamiento y un proyecto de reflexión que se proponga pensar la política será un proyecto que se preocupe por pensar el conflicto. La política será, como la define Lefort, un campo de acción y una dimensión originaria de lo social.

8.6 La radicalización de la democracia en Laclau

La constitución de los marcos democráticos y su consolidación como sistema capaz de resolver los conflictos nos plantea la situación de que ya no hay más política sin construcción hegemónica. Desde *El Príncipe* de Nicolás Maquiavelo entendemos que todos los marcos de construcción de poder contienen en su interior procesos de constitución de legitimidad que permitan sostener la gobernabilidad y la dirección de los procesos políticos.

Particularmente desde el afianzamiento de la democracia como sistema de gobierno y forma de dirimir los conflictos, la categoría de Gramsci se vuelve aún

más trascendente a la hora de comprender los procesos políticos de nuestras sociedades, su establecimiento y perdurabilidad.

La consolidación de los marcos democráticos como el mecanismo de organización política más factible en las sociedades contemporáneas nos exige partir de la comprensión de la construcción hegemónica para pensar todos los procesos políticos que abordemos. Transitar la pregunta por la hegemonía será una variable imposible de eludir en nuestros recorridos por las preguntas sobre el poder, lo político y la democracia.

Por ello, ante este nuevo escenario de establecimiento sólido y consolidado de la democracia, será en torno al discurso democrático donde se articularan las diferentes formas de resistencia a la subordinación. Es decir que será dentro del juego democrático donde se libren las luchas por el reconocimiento del Estado y la transformación de su sentido en función de los ideales del proyecto político que lo guíe.

Un claro ejemplo de esta característica actual (pueden pensarse estas dimensiones en todas las discusiones políticas contemporáneas) está dado en la acción política por el reconocimiento de las demandas de los movimientos de derechos ciudadanos negados a las minorías, y reclamados por los movimientos LGBTI. Estos colectivos de acción canalizaron sus demandas y consiguieron su reconocimiento a través de la construcción de consensos y la discusión dentro de los marcos institucionales de la democracia.

Democracia y hegemonía, democracia y construcción de consensos serán las premisas de la época y la impronta de la lucha política que se lleve adelante en la búsqueda de consolidar cambios emancipadores. Por ello, la democracia será un foco fundamental para pensar el actual cambio de época y los avances de los movimientos políticos de carácter nacional y latinoamericano, en un sentido emancipador de esta afirmación.

Sobre esta problemática, Laclau (2010:197) afirmará (retomando a Tocqueville) la idea de “revolución democrática”, sosteniendo que “con ella designaremos el fin del tipo de sociedad jerárquica y desigualitaria, regida por una lógica teológico política en la que el orden social encontraba su fundamento en la voluntad divina”. Aquí será la democracia la vía y el espacio de disputa de los proyectos políticos, y los ciudadanos serán los partícipes de esa disputa ideológico-política.

En Ecuador el movimiento liderado por Rafael Correa, muy atento a las lecturas de Laclau, se enmarca en el nombre de “revolución ciudadana”, un claro gesto de que los movimientos políticos que busquen lograr transformaciones efectivas en los entramados sociales, deberán inscribir sus luchas en las luchas de los marcos democráticos, buscando torcer los rumbos de estas instituciones a los caminos de lo que podríamos afirmar como ampliación de derechos, fortalecimiento de las ciudadanías, procesos de emancipación y creación de marcos de justicia social.

Será en este sentido en el que Laclau sostendrá que el camino estará dado por las sendas de la hegemonía y la radicalización de la democracia. Observando sus teorías y el presente de los movimientos políticos en América Latina, consolidados en la conducción de sus Estados nacionales, comprendemos con mayor certeza el apoyo de este intelectual al cambio de época que vivimos en nuestro continente. El avance en la ampliación de derechos, a partir de la construcción de marcos de hegemonía y consenso inscriptos dentro del sistema democrático será la forma de transformación efectiva de las desigualdades con mayor alcance y sostenimiento.

Esto es lo que constituirá la fuerza subversiva profunda del discurso democrático. Laclau (2010) sostendrá que esto constituirá el marco de posibilidades para desplazar la igualdad y la libertad hacia dominios cada vez más amplios y, por tanto, será una herramienta de lucha contra la subordinación.

En este sentido, las corrientes de reflexión filosófica entran en colisión con esta mirada de Laclau. A diferencia de aquella lectura crítica que entendía a la democracia como un modo de continuar la sujeción por parte del liberalismo, la consideración de la democracia en Laclau será entendida como un campo de batalla donde se vuelve factible y necesario luchar por otorgarle un sentido específico al Estado por medio del control del gobierno.

Un modo de interpretación de matriz política que abandona la determinación per se que guiaba a Castoriadis en su crítica. Cabe destacar que Castoriadis justamente no se caracteriza por ser un teórico separado de la praxis política (en algunos pasajes nos adentraremos en su teorización sobre el autonomismo); el contrapunto se da en esta reflexión sobre los modos de comprender la democracia y la participación de los proyectos políticos emancipatorios en este marco.

La diferencia estará dada por la lectura de Gramsci y la interpretación de las posibilidades de acción en pos de la construcción de poder que la dinámica cultural contiene. En ese sentido resultan sugerentes los modos en que Laclau enuncia su inscripción en la problemática: “Hegemonía y estrategia socialista”; o “Hegemonía y radicalización de la democracia” como dos casos que dan cuenta de esta mirada sobre los procesos sociales, los márgenes de acción política y el sentido de la transformación en los marcos democráticos.

El origen de esta interpretación en Laclau tiene sus raíces en su lectura sobre los efectos del capitalismo en las relaciones de clase de nuestras sociedades contemporáneas. Sostienen Laclau y Mouffe (2010:200):

“Es hacia mediados del siglo XIX en Gran Bretaña, y a fin de siglo en el resto de Europa, donde va a surgir un movimiento obrero que puede ser estrictamente considerado como un producto del capitalismo; pero este movimiento obrero tenderá cada vez menos a poner en cuestión las relaciones de producción capitalistas en cuanto tales –que habrán logrado implantarse sólidamente– y se

concentrará en la lucha por la transformación de las relaciones en la producción: aquellas luchas que la tradición marxista habría de calificar de “reformistas” y considerar como un retroceso respecto a las luchas sociales que las habían precedido, corresponden más, en realidad, al módulo que adoptarán las movilizaciones del proletariado industrial, que las más radicales luchas anteriores. Las relaciones de subordinación entre obreros y capitalistas son así en cierta medida absorbidas como posiciones diferenciales legítimas en un espacio discursivo unificado”.

Los impactos de las transformaciones sociales que trajo aparejadas la consolidación del capitalismo, tienen su correlación en los mecanismos de lucha y las estrategias que esta pueda adoptar dentro de los marcos simbólicos actuales. Con esto queremos decir que las posibilidades, los márgenes de acción, estarán directamente relacionados con las dimensiones simbólicas, institucionales e imaginarias que las constituyen.

La crisis de la modernidad trajo aparejada la crisis sobre un determinado relato respecto de la transgresión y la transformación, lo que podríamos entender como “la muerte de los relatos y de los proyectos colectivos”. El producto de esta transformación en las condiciones sociales fue una reconfiguración de las luchas, los argumentos y los campos de batalla. En torno a estas transformaciones pensamos las reflexiones aquí volcadas como un modo de comprender los sentidos de la reconfiguración de la nación en la actualidad.

Una lectura lineal –ahistórica y atemporal– codificará estos cambios en el sentido del gatopardismo (cambia algo para que nada cambie) y de esta forma sostendrá su descreimiento sobre todos los procesos políticos y sociales que no se ajustan a los cánones preestablecidos que suponen debería tomar el curso de la historia. A diferencia de esta postura, entendemos que una interpretación sobre el curso de la historia se construye desde la historia, con la posibilidad de una sensibilidad desde la historia.

A partir de la transformación de la ideología liberal democrática en un “sentido común” de las sociedades occidentales, se dará un proceso de construcción de un imaginario que supone la igualación de las condiciones. Esto marca un escenario político-social-imaginario absolutamente diferente, ya que constituirá la base de la discusión que hacia adelante se lleve a cabo, pensando los marcos contextuales que le dan sentido a las luchas contemporáneas. Es decir que la constitución de subjetividades y significaciones imaginarias contemporáneas tendrán un marco de nuevas formas de subordinación recientes, derivadas del establecimiento del lugar del Estado y el modo de las relaciones capitalistas.

El modo en que esta constitución del entramado social se ha afianzado, establece los marcos y las condiciones de los nuevos colectivos de lucha. Como plantea Laclau, en la actualidad la extensión de las lógicas del sistema capitalista sobre la gran mayoría de nuestros espacios de socialización, en nuestra vida individual y colectiva, están cruzadas por las relaciones capitalistas.

La diferencia fundamental estará dada por el modo en que leamos esta transformación. La mirada desde la crisis de la modernidad insiste e insistió en que esto significaría el fin de la ideología, o la creación de un hombre unidimensional (en Marcuse por ejemplo). Esa es una mirada, y ha sido una interpretación con muchos adeptos que han abonado los juicios definitivos sobre la modernidad.

Distantes de estas interpretaciones, entendemos que numerosas nuevas luchas contra las formas de opresión se han edificado en estos marcos, la transformación de las condiciones sociales y de las relaciones de poder en la actualidad no significan la disolución de los conflictos, sino un cambio de escenario. La acción de los colectivos críticos y de resistencia se reconfigurará nuevamente en estos escenarios. No se trata de una mirada romántica sobre lo social, sino de una mirada situada, desde un paradigma epistemológico (que siempre es político).

Los grandes relatos organizadores de la vida juntos aún traccionan acciones y deseos de los colectivos nacionales. La identidad nacional, el relato sobre lo nacional no ha dejado de ser una significación imaginaria motora de la construcción de sentidos de pertenencia y, también, de acciones de lucha.

En este sentido, la democracia constituye el marco de legitimidad sobre el que habrá que establecer las batallas por los sentidos que se le logren atribuir a la nación. Una batalla por la capacidad legítima de nombrar al colectivo nacional, ya que la noción misma de ciudadanía y de “ser nacional” es la que estará en disputa constantemente. Como afirmara Laclau (2010:207), “los efectos son ambiguos, ya que junto a efectos incontestables de masificación y uniformización, esta cultura contiene también elementos poderosos de subversión de las desigualdades”.

La democracia cumplirá un rol fundamental, ya que constituye el marco de todas las configuraciones colectivas que estarán en disputa. La “cultura democrática” del consumo también ha sido la apertura a la denominada “tolerancia”. Sin dudas esta supuesta tolerancia actúa como un modo de neutralizar las diferencias y detener las luchas. Pero, al mismo tiempo, tendrá un sentido de aceptación y estímulo a las diferencias, con la promesa de que serán respetadas las voluntades de las mayorías.

Siempre esto pudo funcionar como una trampa para diluir las dominaciones y despolitizar las discusiones al proponer una diversidad tal que neutralice las desigualdades. Sin embargo, teniendo en cuenta estas advertencias, es necesario entender que este marco permitirá que las expresiones políticas críticas, que sostengan la necesidad de transformaciones y nuevos sentidos sobre la vida juntos puedan participar del juego de lo político y entrar en disputa con los demás proyectos políticos.

La apuesta será que se puedan materializar estos proyectos en las instituciones del Estado, a partir de reunir la legitimidad necesaria para llevar adelante las transformaciones que el proyecto se proponga. En este sentido, el

entramado democrático establece grietas –grietas que son producto de la acción política– que serán ocupadas por los gobiernos populares para instalar y acentuar sus proyectos del cambio de época.

Como sostiene Horacio González (2013:91): “De modo que, como en un ajedrez, puede tomarse una pieza al antagonista, pero en vez de comerla para descartarla, se la incorpora al seno de significaciones opuestas. ¿Y si ese fuera el destino de la política? El debilitamiento de lo óptico, de la experiencia del existir de las cosas en nombre de una estructura lógico-ontológica que cumple el papel de una estructura ‘necesaria pero imposible’, signa estas consideraciones de Laclau, dándoles mayor actualidad, aún en la presente situación argentina”.

En el sentido que venimos estableciendo las discusiones y nuestras interpretaciones, entenderemos junto a Horacio González que la democracia –y los diferentes elementos que la constituyen y sostienen– será parte de la batalla simbólica. Las críticas que resulta necesario apuntar sobre las implicancias del sistema democrático son válidas y necesarias, pero en esa reflexión estará presente el objetivo político de las acciones.

La lectura sobre lo social no puede ser absoluta, la absolutización de las miradas nos conduce al estructuralismo. El capitalismo no podrá ser visto en términos absolutos, sino en términos histórico-políticos, y la mirada de los procesos como histórico políticos es la mirada sobre/desde los conflictos. El entramado de conflictos hace emerger las contradicciones culturales del capitalismo que mencionara Laclau, esas contradicciones serán las grietas de las que anteriormente hablamos, los intersticios sobre los cuales será factible la acción colectiva de signo emancipatorio.

Por ello, en toda disputa hegemónica –que en nuestros entramados sociales es una disputa por el sentido de la democracia– la acción política no podrá considerarse como mera repetición, sino en una pluralidad de planos que implicará los avances y retrocesos constantes. Se trata de entender que el sentido

de la lucha no está dado desde el comienzo, sino que se conforma –fijándose parcialmente– en la medida en que la lucha se estructura en otras luchas que avanzarán en constituir el sentido de la acción política toda. Pero esta acción política cambiará sus acciones, metodologías y objetivos a lo largo del tiempo, en contacto directo con los marcos históricos que la contienen.

Las estrategias de los movimientos políticos emancipatorios serán las estrategias de la construcción hegemónica y, como planteamos, esto sólo podrá constituirse en el sentido de un transcurso con múltiples cambios, avances y retrocesos. Ese transcurso será el de una convergencia y construcción política en el que no podrán ser indiferentes las articulaciones hegemónicas, ya que este objetivo será el que configure las decisiones a tomar.

De todas formas, esto significa la fijación de un criterio de exterioridad de las acciones políticas. Exterioridad en el sentido de una cierta idea de que los marcos de la construcción hegemónica puedan ser fijados previa y externamente a las acciones políticas. Las condiciones de posibilidad estarán constituidas en el amasado de la historia que establece encuadres y condiciones que deben ser atendidas en el proceso de construcción hegemónica, pero esto no significa una determinación. Los movimientos emancipatorios se caracterizan por la transgresión y el desafío, estas acciones se fundan justamente en el cuestionamiento de estos órdenes, a veces a modo de afrenta, a veces a modo de diálogo, pero siempre dentro de los marcos del juego que establece “la política”.

Como afirmará Laclau (2010: 222): “No es en el abandono del terreno democrático, sino al contrario, en la extensión del campo de las luchas democráticas al conjunto de la sociedad civil y del Estado, donde reside la posibilidad de una estrategia hegemónica de la izquierda”. Partiendo de estas concepciones, la democracia será así un elemento fundamental dentro –ya no fuera, externo o a destruir como punto de partida– de la estrategia de construcción del cambio de época.

Si bien la discusión luego será sobre el destino final del sistema democrático y sus límites, la mirada inicial no podrá partir de la premisa de la destrucción de este ordenamiento político. En esos términos se tratará de un proyecto condenado al fracaso, sólo efectivo en términos de enunciación pública en términos ideales, pero con un escaso impacto en la transformación efectiva.

En múltiples expresiones políticas de “izquierda” en este momento en la Argentina los planteos radicalizados son la coartada perfecta para no inmiscuirse en los procesos de transformación. Así, la democracia podrá utilizarse como coartada para evitar la discusión sobre el signo que pueda adquirir, o como campo de batalla para materializar los proyectos políticos en disputa. Elegimos pensarlo como campo de batalla si nuestro objetivo es la transformación efectiva.

El sentido político de las demandas y luchas estará guiado por premisas que logren contener una amalgama de imaginarios sobre la emancipación. El significante compuesto con esta potencia unificadora será la unión de las ideas de la igualdad y la libertad. Ambas ideas serán los elementos que logren unificar todas las luchas por la emancipación, desde allí se desprenderán todas las demás significaciones imaginarias más particulares relacionadas con las problemáticas de cada nación.

Tal como sostiene Laclau, en el balance de la demanda de igualdad y libertad se encontrará la clave de la democracia radicalizada y plural como un modo particular de pensar el entramado democrático que propondrán los proyectos políticos emancipadores. Por ello, hablaremos de un tipo particular de democracia, no se trata de cualquier democracia o de la misma democracia con un cambio de signo, la democracia radicalizada, emancipadora y plural significará un tipo particular de interpelación Estado-sociedad-instituciones-sujetos-colectivos-derechos-imaginarios que encarnarán diferentes proyectos políticos emancipatorios del cambio de época.

Resulta fundamental comenzar a hablar de otra democracia, una democracia habilitante de cambios y reparaciones históricas, lo que en términos de Rinesi (2013) será el proceso de “democratización”. Como problematizaremos más adelante, la democratización implicará un modo de la democracia, un tipo de democracia que amplía derechos y afianza la ciudadanía. Los procesos de la democratización contendrán un tipo particular –emancipatorio– de lo que entendemos por libertad e igualdad como valores primarios de la organización democrática, y en ese sentido insistirá en una instancia de construcción de ciudadanía.

Entendemos a la democratización como una instancia superadora del orden democrático. Esto no significa la estabilización definitiva de las diferencias y las tensiones políticas que hacen a lo social. Será una sutura (en términos de Laclau), pero como toda sutura democrática no será definitiva, sino que será una organización siempre parcial y sometida a la contestación.

Por ello, la democratización será un sentido particular sobre lo democrático, pero que no se asienta sólo en esa dimensión. La construcción hegemónica estará dada por las propuestas, las acciones de gobierno y la construcción de discursos/relatos que le den sentido a este proceso de democratización (o cualquier sentido otorgado a los marcos democráticos). Al mismo tiempo, ese imaginario a constituir demandará de una alteridad, una otredad que reafirme el sentido del proyecto de construcción hegemónico.

Los proyectos de la democratización en Rinesi, o de la democracia radical en Laclau, serán proyectos constituidos en un marco histórico que no pueden explicarse sólo por su propia especificidad y sus características, sino que se ratificarán y solidificarán a partir de sus negaciones y diferencias respecto de aquellos proyectos que se niegan al constituir una alternativa. La democracia meramente formal, que funciona sólo como procedimiento, será el foco de las críticas de los proyectos emancipadores.

Con esto queremos ratificar el carácter histórico-social de estos procesos políticos, nunca se da un proceso de suma cero en la política, por esto no podemos homologar procesos en diferentes marcos históricos como si todos fuesen lo mismo. Aunque, sin dudas, todos tienen puntos de contacto en términos de políticas macroestructurales, y en relación a la alteridad respecto de la cual se edifican. Dentro de esos marcos históricos, y de los proyectos políticos que los encauzan, la hegemonía será la clave para el sostenimiento y profundización de los mecanismos de democratización.

Sólo la legitimidad construida a través de la hegemonía hará posible el avance en los sentidos que el proyecto político propone. Como sabemos, la consolidación de la hegemonía se funda en las transformaciones efectivas y en los relatos que sobre ellas se logren establecer. Por esto debemos pensar en profundizar esto que llamamos democratización, entendiendo aquí a la democratización como un modo de lo que Laclau llama “democracia radicalizada”.

8.7 La democracia en Argentina: hacia un proceso de democratización

“Su tarea iba a ser, no la de establecer unas verdades eternas, sino la de pensar lo real. Este real, lo real por excelencia: la historia, era pensable por cuanto era, no racional en sí o por construcción divina, sino el producto de nuestra propia actividad, esta actividad misma bajo la infinita variedad de sus formas. Pero que la historia fuese pensable, que no estuviésemos cogidos en una trampa oscura (maléfica o benéfica, poco importa en este sentido) no significa que todo estuviese ya pensado. A partir del momento en que hemos comprendido... Que la tarea así planteada a la filosofía no es otra que ésta, a saber, que un filósofo particular debe realizar lo que pueda hacer solamente toda la humanidad en su desarrollo progresivo, a partir del momento en que comprendemos esto, se acabó con toda la filosofía en el sentido dado hasta aquí en esta palabra”

(Castoriadis, 2007:104)

Las lecturas sobre el sistema democrático generalmente tienden a centrarse en la mirada sobre el procedimiento, sobre los modos de organización política y de dirimir las diferencias. Tal como planteamos anteriormente, la consideración sobre la democracia no encuentra como única interpretación la de observar los modos de organización, sino también la mirada puesta en dar cuenta de los mecanismos de construcción de hegemonía que permitan comprender la constitución y sostenimiento del entramado que le da sustento a la democracia.

La democracia no es un único fenómeno, con un único sentido, con una única forma, que constituye un único tipo de ciudadanos. Como hemos planteado aquí, el proyecto político que contiene a cada marco democrático, dará como resultado una configuración diferente del entramado democrático. Por ende, de cuál será el modo de presencia del Estado y qué tipo de construcción de ciudadanos se propicie en el marco de estas estructuras democráticas. Cada tipo

de relación, cada tipo de interpelación y diálogo que se proponga desde el proyecto político, actuará articulando un tipo de democracia que, por ende, significa un tipo particular de ciudadanía construida.

Un proceso de historización de este fenómeno nos dará respuestas concretas y contundentes acerca de estas transformaciones y los modos en que estas se han dado en la Argentina. Pensar los diferentes tipos de democracia impulsadas desde cada proyecto político que, con el control de la cosa pública, han marcado y discutido desde las complejidades de los entramados sociales, implica pensar los procesos históricos y la democracia como tal. De esta forma, abandonaremos la insistencia de que la democracia se define sólo de un modo: un procedimiento para dirimir las disputas.

Eduardo Rinesi (2013), al realizar un recorrido sobre la pregunta por el tipo de democracia en sus últimos 30 años ininterrumpidos nos brinda algunas pistas. La celebración en el año 2013 del aniversario de 30 años de democracia significó un estímulo para analizar detenidamente las transformaciones, continuidades y discontinuidades en torno a estas tres décadas de democracia. El ejercicio será esclarecedor en tanto permitirá pensar a la democracia como fenómeno social, constituido a partir del diálogo entre las estructuras del Estado y las significaciones imaginarias sobre estas instituciones.

En esta línea, sostiene Rinesi que en los años 80 se pensó a la democracia como utopía, en los 90 como una rutina, en los acontecimientos de 2001 la democracia tomó las características de un espasmo y desde el año 2003 asistimos a un momento en el que la democracia tiene las características de la democratización. Cuatro momentos históricos donde la democracia tomó nuevos modos de articulación y de relación con la ciudadanía.

Sostiene Rinesi que luego del fin de la dictadura la democracia se avizoró como una especie de contrafigura del régimen, como una transformación política y cultural que tuviese la forma de una democracia representativa, dejando de lado la

posibilidad de una democracia participativa como opción. Sin dudas las marcas de la dictadura y el genocidio, los traumas colectivos derivados de esa situación de violencia extrema, solidificaron un imaginario de desconfianza de la política y una comprensión vertical del lazo entre ciudadanos y representantes.

No se trataba de asegurar a los ciudadanos la posibilidad de su involucramiento activo en la cosa pública, sino aquello que les había sido arrebatado durante la dictadura: su libertad. Por ello, podremos observar que la utopía democrática de los ochentas era una utopía liberal. Sostiene Rinesi (2013:21) que esto se agudizó después de semana santa de 1987 “sobre todo después de aquel pedido del Presidente Alfonsín, formulado desde el balcón de la Casa de Gobierno, de que los ciudadanos abandonaran la plaza a la que habían sido convocados y dejaran el manejo de la crisis política, militar e institucional que los había movilizado en manos de sus representantes, la idea de una democracia popular terminó de ceder su lugar a la idea de que ‘democracia’ era –vaya– sinónimo de representación”. La representación será una idea aceptada y naturalizada, manteniéndose estable y establecida durante las décadas subsiguientes. El impacto de estos acontecimientos marcará el camino de esa democracia que se erigía como utopía luego de la dictadura militar.

Esos sentidos podrían ser los de la democracia participativa, los de la democratización, pero sin embargo tomaron un signo absolutamente contrario, el del desmembramiento, el de la representación y el de la democracia como procedimiento. Aquí estará el factor central de la comprensión de la democracia a lo largo de estos años, la democracia entendida como un mero procedimiento a cumplir para formalizar la elección de representantes, sin que esto se entienda conectado con otras funciones y responsabilidades de la participación ciudadana.

El corrimiento de los ciudadanos respecto de la cosa pública será un signo de lo que ocurrirá hasta el año 2001. Allí las protestas masivas ante las medidas de ajuste y la represión significarán un quiebre, poniendo en tensión el modelo que desde el regreso de la democracia había impuesto una escisión tajante entre la

ciudadanía y sus representantes. Rinesi da cuenta de otro episodio que profundiza esa escisión iniciada (o continuada) en 1983, el pacto de Olivos será otro ícono de la escisión: un pacto secreto, un secreto de un acuerdo político realizado a espaldas del pueblo –al cual se suponía los dirigentes se deben– significará la forma última de la separación entre dirigentes y dirigidos.

Esta transformación, la profundización de la escisión, de la separación entre los representantes y los representados, ratificará la idea de la democracia como procedimiento. Sostendrá Rinesi que la democracia se tornará un hábito, una costumbre, una rutina. Sabemos bien que los hábitos y las rutinas aquietan, achatan, aplacan, adormecen y sosiegan las acciones. Esa calma abrió paso a lo que se conoce como el desguace del Estado, el remate de todos los bienes de carácter público acumulados que, junto al endeudamiento astronómico, permitieron sostener un nivel de consumo de las clases medias a costa de desempleo y endeudamiento.

Como sostendrá Castoriadis (2005:179) respecto de la crisis de la modernidad: “las raíces de la situación que vivimos se encuentran en la derrota de aquello que, luego de haber suplantado al cristianismo en la sociedad, luego de su secularización y del rechazo de toda orientación según normas trascendentes, ocupó el lugar de ellas: el imaginario del progreso, fuese bajo su forma capitalista liberal o bajo su forma marxista, que ya no sobrevive sino como cáscara vaciada de todo su contenido valorativo, de todo contenido que la gente podría valorar incondicionalmente. Este imaginario y las ideologías que lo han representado construían la historia humana como una marcha hacia cada vez más libertad, cada vez más certeza, cada vez más felicidad”.

Pero, como sabemos, tras la supuesta calma y pasividad se alberga y acumula una potencia que de algún modo puede manifestarse tomando la forma de una acción política. Ante la continuidad de un modelo de exclusión y de anulación de la participación popular se dio paso a una aparición de diferentes

sectores de la ciudadanía en la escena pública, que de manera disruptiva se presentó en el año 2001.

Allí, aquel modelo representativo evidenció precipitadamente su pérdida de los niveles de legitimidad, dando paso a lo que Rinesi entenderá como un tipo de democracia como irrupción intempestiva en la escena pública. Por fuera de los procedimientos que la democracia representativa supone y regula, se configuraran experiencias políticas como expresión e intento de construcción de un nuevo tipo de legitimidad contrahegemónica. Aquí podemos hablar nuevamente de un quiebre, una ruptura abrupta y profunda que puso en crisis el ordenamiento previo que suponía una distancia “higiénica” entre los modos de participación popular y las estructuras de toma de decisiones.

Este momento dio paso a una serie de modos de participación diversos que demostraron la avidez de espacios de articulación política, dando cuenta de la devastación de estos espacios por parte de la dirigencia política responsable de las macroestructuras que había abandonado la articulación territorial. Esta transformación significó un momento de ebullición que instaló un Estado de deliberación permanente, instaló nuevamente la idea de una democracia participativa y luego comenzó a entrar en crisis producto de la imposibilidad que tienen las sociedades modernas de sostener instancias de deliberación continua.

Sin embargo, podemos pensar los alcances de este momento de la democracia como espasmo, como un modo de explicación del paso abierto allí hacia lo que conoceremos a partir de 2003 como el proceso de democratización. La democracia como espasmo volvió a poner sobre el tapete la necesidad de la participación y la finitud del modelo procedimental de la democracia representativa llevada a un extremo como ocurría en Argentina desde 1983.

Así llegamos a la configuración de un tipo de democracia que contiene el periodo que nos preocupa en esta tesis. Resultará fundamental pensar esta nueva

configuración de la democracia en relación con la reconfiguración de la nación narrada desde el Estado.

Desde el año 2003 asistimos a un tipo de democracia con la primacía de la democratización como signo fundamental. Particularmente nos interesará pensar esta reconfiguración para avanzar en la problematización sobre los nuevos relatos de la nación, entendiendo que se tratará de fenómenos en contacto. Es nuestra hipótesis que la democratización y la revalidación de la idea de nación asociada en su narración al Estado, son procesos homólogos que se sostienen y se explican mutuamente.

La democratización es el abandono de la democracia como procedimiento. Será un punto de partida, no un punto de llegada. Es decir que la democratización nombra el proceso de una transformación continua y constante, es una denominación que contiene un nuevo tipo de articulación entre el Estado, el marco democrático y la participación ciudadana. Como sostendrá Rinesi (2013:24), será “como si ahora esa democracia no fuera otra cosa que el proceso de su propia reafirmación, de su propia realización, de su propia profundización. ¿Y en qué consiste ese proceso de profundización de la democracia? Pues en un movimiento de expansión –de ampliación, de universalización–, no ya de libertades (y está es sin duda una buena noticia: si en Argentina hoy no estamos obsesionados por las libertades es porque las libertades rigen plenamente), sino de derechos. De universalización de derechos; es decir; de su plena realización”.

La clave de la transformación será esta reconfiguración que asocia a la democracia con los derechos que constituye y garantiza, no ya como la herramienta que garantiza las libertades individuales. El fuerte cuestionamiento a las lógicas del liberalismo que funciona como trampa para correr de la discusión la verdadera problemática de los derechos y el Estado en su rol de garantizarlos.

La democratización será la garantía y ampliación de derechos, transformación que vuelve efectivamente más democrática a una sociedad. La

concepción de la democratización tendrá su principal apoyatura en la consolidación de una ciudadanía cada vez más activa que participe en la defensa de sus derechos y se involucre en el corrimiento y ampliación de los mismos. El énfasis estará puesto en la afirmación de derechos, podemos pensar así la conexión existente entre derechos y empoderamiento como un modo de tejido reticular que nos permite pensar el carácter extendido del poder.

Sabemos que los relatos no son meras enunciaciones, declaraciones vacías sin un anclaje en lo real. Una articulación que se enuncia claramente cuando Cristina Fernández de Kirchner dice “Con nuestro relato, los chicos tienen un título, progreso y esperanzas de futuro”¹². Las narraciones no son narraciones vacías, enuncian de algún modo los tipos de Estado que están en juego, pero ven su anclaje material en acciones y políticas concretas (fenómeno que ocurre tanto en las posiciones más liberales con los correspondientes corrimientos del Estado respecto de las problemáticas de la vida pública, como en las más emancipatorias). La democratización será este proceso de correlato entre una narración, la acción de restitución de derechos, junto al fortalecimiento y ensanchamiento de la ciudadanía.

Para pensar la democratización resulta fundamental detenerse sobre la idea de los derechos en este nuevo entramado político, en este cambio de época. Uno de los casos más paradigmáticos, por su carácter histórico y performativo, será el juzgamiento a los responsables civiles y militares de la última dictadura cívico-militar. Allí encontramos un correlato absoluto entre la enunciación pública del Estado (Néstor Kirchner pidiendo perdón en nombre del Estado Nacional a las víctimas y familiares de víctimas) y, al mismo tiempo, el avance con los procesos penales y las correspondientes condenas a los perpetradores y sus cómplices.

Consideramos que resulta fundamental abordar el carácter performativo de este fenómeno, ya que establece un marco de acción política y de correspondencia entre el discurso público, la acción política concreta y la

¹² En un discurso pronunciado el 21 de febrero de 2014.

interpelación de los sectores de la ciudadanía movilizados que encuentran en este hecho una respuesta a sus reclamos. La democratización funcionará en esta cadena de equivalencias, y en el impacto sociohistórico que significa la constitución y estabilización de derechos como responsabilidades y obligaciones a garantizar por el Estado.

La democratización no actuará como una instancia, únicamente, de reparación sobre lo ocurrido, como un intento de reparación. La acción sobre lo ocurrido implica un nuevo marco que interpela lo histórico, pero al mismo tiempo fija ejes para el porvenir. Con esto queremos decir que la democratización implica una experiencia histórica que, en sus afirmaciones y acciones concretas, se constituye en argumento de futuras luchas. Así se materializa lo que Rinesi resume como la obligación que tenemos los vivos de hacer justicia, también, por los que todavía no nacieron.

La democratización actúa y repara el pasado desde un presente, fijando derechos hacia un futuro. La consolidación de la democratización será un proceso de consolidación ciudadana. Ciudadanía entendida como sujetos activos con conciencia de un rol del Estado que garantice marcos democráticos de respeto a los derechos. Esta transformación fija una experiencia de un Estado que efectivamente puede cumplir con las exigencias de garantizar y ampliar derechos, lo cual redundará en repertorios e imaginarios de derechos que deben respetarse. Un fenómeno que significará un empoderamiento de la ciudadanía antes entendida e interpelada por el Estado como sujetos individuales, ahora interpelada a su acción en tanto sujeto colectivo que ratifica y amplía sus derechos en tanto se garanticen los derechos de los demás.

En otros términos, contra el axioma de la democracia liberal que afirma que los derechos de uno comienzan donde terminan los derechos del otro (siempre en términos individuales), en un marco de democratización, los derechos de unos se reafirman si se garantizan los derechos de los otros. No existe una separación individual de los derechos. La efectivización de esos derechos puede que luego

sea individual, pero los derechos se constituyen e instituyen en términos colectivos.

Aquí la reconfiguración de la nación en términos colectivos será fundamental, ya que la nación es una enunciación contenedora de todas las heterogeneidades que habitan el entramado social del territorio nacional (incluso en el cambio de época esto se amplía a escalas continentales). La vuelta a la narración de la nación será la piedra fundamental del proceso de democratización, porque –siguiendo el ejemplo que tomamos de manera paradigmática anteriormente– la acción del juzgamiento es una reparación desde el Estado para las víctimas y sus familiares, pero al mismo tiempo habla de un intento de reparación hacia todo el tejido social, entiende a toda la población como víctima de la última dictadura cívico militar y actúa en ese sentido.

Por ello los festejos del bicentenario le dan un importante lugar al reconocimiento de esa trágica historia, porque la pone en el lugar de una historia de violación a los derechos de todos, no sólo de las víctimas. Un crimen que se prolongó en el tiempo a toda la sociedad con el sostenimiento de la impunidad de los responsables. Por esto el juzgamiento es un acto de reparación para la población toda, no sólo para quienes se vieron afectados de manera directa.

La nación será el gran significante que contiene una reparación de estas magnitudes, y que proyecta esa reparación a las generaciones futuras, constituyendo nuevas ciudadanías. Un Estado democrático que establece un marco de democratización será una condición y un garante de los derechos que se expanden y universalizan. La nación se asienta en el Estado, y viceversa, como una relación simbiótica, y hay derechos porque hay Estado. Por ende, nación, Estado y derechos serán las bases de la democratización que venimos describiendo.

Al mismo tiempo, esta transformación se relaciona con un cambio en el modo de comprender la libertad, de aquella premisa liberal que insistía en que la

libertad era la sumatoria de libertades individuales, se pasará a una idea y una experiencia de una libertad obtenida por medio del Estado. El Estado será el metaorganizador capaz de garantizar las condiciones de libertad colectiva.

La transformación estará dada en el orden del relato colectivo, a diferencia de las constantes interpelaciones individuales que generalmente abundan en la vida política (dirigentes políticos que se refieren a su electorado en términos individuales), el cambio de época se encuentra signado por interpelaciones desde el Estado, en términos nacionales, a amplios colectivos sociales entendidos como sujetos de derecho. La relación entre Estado y sociedad en este plano será en términos de Estado-colectivos sociales, Estado-ciudadanos de derechos, ya no en términos de Estado-individuos.

Por esto Carl Schmitt, en un temprano 1932 al escribir “el concepto de lo político”, sostiene que el principio puro y riguroso del liberalismo es negar lo político, todo individualismo parte de la base de la negación de “lo político” porque entiende al individuo como punto de referencia fundamental. El liberalismo niega lo político porque niega lo colectivo, lo intenta anular con sus constantes referencias en términos individuales a la sociedad. El juego de lo político se constituye a partir de la oposición un “nosotros” y un “ellos”, y estas formaciones son siempre formas colectivas de identificación.

Sin embargo, el propósito liberal de aniquilar lo político está siempre destinado al fracaso. Lo político no puede ser erradicado porque es la razón misma de la existencia de lo social, y su energía proviene de las complejidades de la vida compartida, del estar juntos.

Como sostendrá Chantal Mouffe (2011:21), “la especificidad de la política democrática no es la superación de la oposición nosotros/ellos, sino el modo diferente en el que se establece. Lo que requiere la democracia es trazar la distinción nosotros/ellos de modo que sea compatible con el reconocimiento del pluralismo, que es constitutivo de la democracia moderna”.

De esta forma, la democratización amplía la democracia cuando amplía el universo de ciudadanos, incorpora sujetos al colectivo de ciudadanos de derecho, que son interpelados como tales y son movilizados a defender estos derechos. Colabora para pensar sobre este eje lo que en Argentina ocurre con los denominados “precios cuidados”. Ante el aumento de precios, la acción estatal fijó precios parámetro de algunos productos. La acción pública siguiente del ejecutivo fue una insistencia a la ciudadanía para controlar los precios establecidos en el acuerdo. Sin dudas esta acción parte de la concepción de un nuevo ciudadano activo y participe en la defensa de los intereses colectivos.

Este caso evidencia un aprendizaje respecto de la experiencia inflacionaria durante el gobierno de Ricardo Alfonsín. Allí se dio una pérdida de parámetro sobre los precios de los productos hasta el punto tal de que en determinados momentos el desconcierto generaba la idea de que los productos dejaban de tener precios. En este caso el instrumento mencionado fija un parámetro y evita una escalada que se vuelva incontrolable. Pero más allá del instrumento técnico, resulta interesante pensar en el dispositivo político que insistió en el empoderamiento de la ciudadanía para realizar esos controles.

Como resultado de este proceso nos encontraremos con una sociedad que en estas acciones se ve contenida e interpelada como ciudadanía, lo cual otorga derechos e instituye marcos de reconocimiento ampliados. Con esto queremos decir que la cualidad de la ciudadanía hasta iniciada y profundizada la instancia de la democratización, pertenecían sólo a ciertos sectores acomodados de la sociedad que se asumían como ciudadanos en términos individuales y su capacidad de consumo.

Como ejemplificamos anteriormente, “yo pago mis impuestos” es una expresión clásica de protesta de estos sectores para diferenciarse de todos aquellos que no tienen capacidad, o no tienen propiedades por las cuales cumplir con esos impuestos (será una expresión más clásicamente vinculada a sectores propietarios).

Este proceso de “ciudadanización” será un factor clave que explicará las réplicas de sectores que ocupaban ese lugar y esa catalogación como grupos de privilegio, estableciendo una diferenciación respecto de “los otros”. El proceso de democratización dará paso a una crisis de esos parámetros de diferenciación, con lo cual se desatará un descontento expresado en múltiples expresiones de odio por parte de aquellos sectores que ven peligrar sus capitales simbólicos de diferenciación, tales como la “efectiva” condición de ciudadanos.

Rinesi (2013:33) encuentra una arista que nos resulta interesante para pensar este fenómeno. “En ese ‘haber ganado todos’, en ese estar –todos– ganando en bienestar, en riqueza, en oportunidades y en derechos, lo que va desapareciendo es algo que a los sectores les resulta más importante todavía que la propia riqueza o el propio éxito económico: lo que va desapareciendo es su distinción respecto de los demás. La transformación de los privilegios en derechos es desesperante para los privilegiados, porque diluye su propia condición de tales, sin la cual ya no saben bien qué son”.

El desplazamiento se dará desde la idea de la libertad como libertad individual a otra idea mucho más potente en los discursos y las políticas públicas de tipo universal de la democratización: la igualdad como meta, una insistencia en la idea del “para todos” como potente enunciación de la oposición a los privilegios y las marcadas zonas establecidas entre ciudadanos y no ciudadanos. Un cambio en las significaciones imaginarias sobre el lugar, las funciones y las responsabilidades del Estado.

La pregunta por la democracia será una pregunta por el Estado y, al mismo tiempo, una pregunta por la nación. Por ende, ante los procesos de democratización es sumamente importante reflexionar detenidamente sobre nuestro abordaje del Estado, la democracia y la nación.

Como hemos desarrollado anteriormente, ante las miradas de sospecha constante y de denuncia sobre cada uno de estos elementos como mecanismos

custodios de las diferencias y las relaciones de subalternización, debemos interponer una mirada atenta y compleja sobre la simplificación que estos paradigmas implican al reducir ahistóricamente las funciones y el comportamiento de estas instituciones.

Como hemos visto aquí, estas instituciones en los casos de los gobiernos del cambio de época estarían funcionando en términos opuestos, lejos de separar y excluir llevan a cabo políticas de inclusión y afirmación de derechos, estableciendo un cambio simbólico respecto de la idea del Estado y la democracia potente e inclusivo.

Por esto, como venimos insistiendo, no podemos pensar a la democracia, el Estado y la nación en los mismos términos, sino en términos histórico-sociales. Una mirada que se funda en los aportes iniciáticos del marxismo. Entre los aportes fundamentales que Marx realiza al pensamiento universal debemos destacar su incorporación de la mirada histórica para pensar la sociedad. Luego, desde allí, proyecta su proyecto político. Incluso debemos recordar como en Lenin y su “¿qué hacer?” se piensa la conquista del Estado y su andamiaje como un momento del proyecto político que pone en marcha.

A diferencia del pensamiento clásico que ha insistido en que las condiciones de opresión se atacaban mediante la destrucción de las instituciones, donde la emancipación sería conquistada a expensas del Estado. Como retoma Rinesi (2013) de Jorge Alemán, hoy en día en América tenemos la novedosa posibilidad de pensar que el Estado puede ser un instrumento positivo en las luchas por la transformación de la sociedad y la ampliación de derechos.

El Estado dejará de ser instrumento de sujeción, o un medio para su destrucción, en este cambio de época el Estado se convierte en un medio para las luchas de la igualdad, pero esto no se agota allí. Los gobiernos populares apuestan al empoderamiento de sus pueblos y a la incorporación de vastos sectores a la órbita de la ciudadanía, desde donde se los constituye en actores

políticos participes y pujantes dentro de los escenarios de disputa simbólica. Allí, la democratización será una instancia clave en la constitución de nuevos sujetos y ciudadanos activos.

De este modo podremos pensar en una instancia de constitución de derechos como “otorgamiento” de “arriba hacia abajo”. Pero en la línea de nuestra reflexión, la acción de ese “arriba” es empoderar para que el “abajo” tenga cada vez más herramientas para su defensa y expansión. Este es el factor clave por el cual no puede pensarse que aquí se está defendiendo un estatismo acrítico y negando toda una tradición del Estado como garante de la reproducción de las desigualdades. Sino que podemos entender que el proceso de democratización implica un fortalecimiento y ampliación de la ciudadanía que podrá redundar en una mayor capacidad de acción ciudadana en defensa y ampliación de derechos, incluso ante un Estado que en un futuro cercano pueda intentar avanzar sobre los derechos consagrados.

Transformaciones sociales que entendemos ponen en primer plano a la igualdad ya no como una expresión de deseo, o como un factor que se logra en las transacciones de mercado. La igualdad como horizonte político, y el Estado como mecanismo capaz de accionar activamente en pos de ese objetivo. Pero no pensado en términos estructuralistas de una verticalidad tal que nos lleve a sostener que la nación puede pensarse sólo en sus estructuras, sino que se podrá, y se deberá comprender en la fortaleza y el Estado de movilización de una ciudadanía ampliada. Será esta ciudadanía ampliada la que pueda accionar para lograr una radicalización de la democracia en la lucha por el sentido de los mundos sensibles en pugna, dentro de una batalla contrahegemónica.

9 CONCLUSIONES

9.1 La nación en el cambio de época

Hasta el momento hemos reflexionado a partir de una consideración inicial respecto de la nación: la nación sería una institución nacida de la producción simbólica, material e institucional de la modernidad, creada por la clase burguesa para llevar a cabo su proyecto liberal sin los impedimentos que significaba el orden feudal. En ese movimiento histórico-político, la nación, el Estado, el Estado-nación surgen como el resultado de una puja por la dirección y su sentido político.

En términos de una acotación extrema, podemos pensar que un instrumento para llevar a cabo este proyecto fue la instauración y consolidación del sistema democrático que, con sus tiempos de implementación diferentes para cada caso, se constituyó en la herramienta de construcción de legitimidad a partir de la promesa de contener las voluntades colectivas.

Partiendo de esta lectura, dimos cuenta de la transformación de los procesos políticos populares en América Latina, haciendo foco en el caso argentino, para pensar las instancias de articulación simbólica que, desde estos nuevos Estados, trabajaban en una nueva articulación entre Estado-nación-pueblo. Un encadenamiento elaborado con un sentido emancipatorio. La clave

estará en esa condición que será la característica con la capacidad de unir y mancomunar a los diversos procesos políticos en marcha.

El carácter emancipatorio de los gobiernos del cambio de época es, justamente, la marca de época que permite establecer líneas de contacto y puntos de desarrollo político estratégico entre las diferentes experiencias. La característica de política continental es, sin dudas, uno de los elementos nodales de la articulación latinoamericana, pero también un modo de explicación de un proyecto común que articulaba a todos los países del bloque.

Estas transformaciones pueden leerse en experiencias como el cambio de signo del Mercosur constituyéndose en un bloque subregional. Un mismo mecanismo plurinacional que en tiempos de neoliberalismo planteaba una política liberal para el intercambio de producciones de los países integrantes. Acción que entendemos iba contra toda expectativa de constituir un bloque económico-político en defensa de la región, sino que podría leerse como la semilla de lo que luego se intentaría instaurar con el ALCA (Área de Libre Comercio de las Américas).

La cumbre de las Américas de Mar del Plata será, sin dudas, un punto clave de esta política nacional e internacional en términos emancipatorios. La afirmación de Néstor Kirchner diciendo “no nos servirá cualquier integración”, pidiendo a George Bush que asuma su responsabilidad como potencia imperial, y la firme ratificación de esta línea por parte de Hugo Chávez con su “ALCA, al carajo” marcan un hito político-histórico-simbólico de envergadura en su definición latinoamericanista y emancipadora.

Con esto queremos referirnos a un tipo de movimiento continental que significa una comunión heterogénea de movimientos y líderes políticos diversos, que se encontrarán unidos en términos de política regional, constituyendo un proyecto político de escala regional. En cada país las expresiones políticas tendrán características disímiles, desde la “Revolución Bolivariana” en Venezuela, la “Revolución Ciudadana” en Ecuador, el “Movimiento al Socialismo” en Bolivia, el “Frente Amplio” en Uruguay, el “Partido de los Trabajadores” en Brasil, la

“Concertación” en Chile y el “Frente para la Victoria” en Argentina, se han constituido como proyectos políticos diversos, expresando los entramados sociales en los cuales se gestan.

Pero, al mismo tiempo, se trata de expresiones y agrupaciones políticas que comparten proyectos continentales en común. A lo largo de este escrito desarrollamos la tesis de que todos estos procesos políticos se encontraban conectados por un hilo conductor que los hilvanaba. Se tratará de una tradición latinoamericana (que por supuesto también es internacionalista) de lucha en dos planos: contra la opresión y por la emancipación.

En esta construcción política narrativa, simbólica e imaginaria se encadenan una serie de sentidos que unen toda una tradición de lucha latinoamericana, y eso abre la puerta a la construcción de un relato que incorpora incluso las luchas de los pueblos originarios contra la colonización. Inscribe al continente en una tradición de invasiones, colonizaciones, explotación y vejaciones por parte de las potencias imperiales, ante cada una de las cuales las clases populares han construido alternativas contestatarias, con mayor o menor éxito.

A partir de la construcción de ese relato se propondrá un tipo de nacionalismo latinoamericanista. Si el nacionalismo que había signado a América Latina hasta el momento había sido un nacionalismo fascista, excluyente y tradicionalista, el nuevo nacionalismo latinoamericanista será una expresión que, desde los Estados-nación, propondrá la creación de nuevos sentidos sobre lo nacional: la nación como expresión y narración popular, como expresión de los pueblos se construirá un relato nacional inscripto en el Estado, pero invirtiéndole la carga simbólica, cargando con un sentido de lucha, un sentido heroico, un sentido de colectivo popular a las ideas de nación y pueblo. Ese será el cambio de época que, de manera incipiente, balbuceamos al comenzar este proyecto.

El nacionalismo latinoamericanista nace también del alejamiento de aquella idea de las izquierdas tradicionales de denuncia y nada más, denuncia sin

construcción de consensos y legitimidades, con lo cual se volvieron cómplices del proyecto de destrucción del Estado. Estos nuevos movimientos políticos progresistas, nacidos y parte de las expresiones de izquierda latinoamericana, propondrán un nuevo paradigma de conducción de las políticas emancipatorias.

Estamos hablando de un tipo de reconfiguración que se basará en un principio elemental: la transformación de las condiciones de vida efectiva de los sectores populares. Con avances relativos –diferentes en cada país– sobre las clases altas, el nacionalismo latinoamericanista ha avanzado en políticas de reparación y asignación de derechos a los sectores populares, mejorando las condiciones de vida, reduciendo los niveles de desigualdad y ampliando los derechos ciudadanos desde la acción del Estado.

Estamos ante un proceso de transformación efectiva, transformación real y profunda sobre las condiciones de vida que significa un proceso de ciudadanización. Ciudadanización en términos de creación y garantización de derechos, lo cual constituye un entramado político-cultural extendido. Los intentos de golpe y desestabilización sufridos en la región durante todo este tiempo han marcado las debilidades y fortalezas de estos gobiernos latinoamericanos de corte popular. Pero, y esta es la transformación más profunda, sobre todo han marcado un estado de movilización, conciencia e interpelación política que significa una malla de contención contra los intentos desestabilizadores.

Sin dudas, una de las principales oposiciones se ha dado desde las estructuras de medios concentrados que han actuado con saña sistemática sobre todos estos procesos emancipatorios de democratización. No resulta casual que en todos los procesos políticos latinoamericanos los gobiernos se hayan encontrado en un enfrentamiento frontal (en la mayoría de los casos con mayor disputa que con la propia oposición política partidaria) con los medios de comunicación hegemónicos.

Este sería otro de los elementos comunes de la época. La hiperconcentración que transformó a estos medios en sistemas profundos y

extendidos de intereses múltiples (mediáticos, financieros, productivos, de servicios, etc.), los cuales reaccionan ante nuevos tejidos sociales que no les garantizan mantener sus posiciones de privilegio y capacidades de extorsión.

Resulta interesante pensar que la explicación de la disminución de la credibilidad mediática no es sólo a través de la legislación (cuéntense aquí las múltiples legislaciones de medios impulsadas por los países latinoamericanos que han desatado batallas inconmensurables). Sino que uno de los elementos centrales de esa batalla ha sido el proceso de deslegitimación de los medios que, erigidos en un altar de custodios de la verdad y la objetividad, habían construido sus imperios afirmando una apoliticidad que sólo rendía tributo a sus consumidores (expresión máxima de su liberalismo político y sus argumentos de maniobras de poder).

Aquí se darán una serie de elementos que confluyen: por un lado los enfrentamientos con los gobiernos populares han sido un eje de visibilización de sus intenciones, intereses y posiciones políticas puestas en escena, lo cual desnudó ese supuesto ropaje de objetividad e imparcialidad. Las campañas empecinadas en estigmatizar y horadar la legitimidad de los gobiernos populares de América Latina responden a lógicas globales más amplias que los intereses sectoriales puestos en juego. Se tratará de entramados de intereses mucho más extendidos que los infocomunicacionales, ya que estos medios han actuado históricamente en complicidad con los poderes concentrados, respondiendo al modelo liberal-saqueador que ha tenido preponderancia en nuestro continente.

A partir de este diagnóstico inicial, nuestro desarrollo posterior sobre la idea de la radicalización de la democracia tomada de Laclau entenderá la democracia como un camino posible para llevar adelante un proceso de dirección emancipatoria del Estado-nación. La democracia, como forma de organización política y modo de dirimir los conflictos desde la construcción de legitimidades, será el marco de disputa a partir del cual se vuelve factible que los gobiernos populares lleven adelante sus transformaciones.

Transformaciones que, como sostuvimos anteriormente, tienen que ver con la consolidación de la democratización. La democratización como instancia de participación que amplía derechos y constituye ciudadanos. Los ciudadanos serán entendidos como sujetos de derecho empoderados por ese reconocimiento colectivo que los vuelve sujetos de la historia, ciudadanos que deben ser reconocidos y protegidos por el Estado. Allí radicará la democratización, en un proceso de empoderamiento de los pueblos, de las masas populares que son interpeladas como sujetos históricos e invitados a forjar los destinos de la nación.

Por ello, entendemos que el proceso emancipador debe observar los innumerables logros económicos, sociales y ciudadanos como un punto de partida para pensar los procesos de construcción de nuevas subjetividades politizadas y empoderadas que surgirán de estos nuevos marcos de relación entre ciudadanía-Estado-nación-política. Un tipo de ciudadanía forjada en torno al **nacionalismo latinoamericanista**. Transformación que se verá constantemente en conflicto ya que colisiona con el odio de clase de los sectores tradicionales que no toleran los procesos de transformación emancipadora y actúan en consecuencia.

9.2 Nacionalismo burgués y nacionalismo revolucionario

Ricardo Carpani escribió en 1972 *Nacionalismo burgués y nacionalismo revolucionario*, un contrapunto que resitúa la pregunta por la nación, su origen y su sentido en los movimientos políticos emancipatorios. Sus reflexiones, enunciadas en medio del candor político de aquellos momentos en América Latina, nos resultan un gran aporte para esta tesis.

Si bien nuestras reflexiones se desarrollan en un contexto muy diferente, la actualidad de América Latina continúa expresando los conflictos del antagonismo de clase, la opresión, la lucha popular por quebrar esas estructuras, la resistencia de los sectores concentrados y la persistencia de imaginarios que entienden a la nación como el proyecto liberal la diseñara y nombrara. En estos puntos nos

encontramos ante un mismo escenario que Carpani respecto de quienes serían “los otros”.

El autor sostendrá allí que la construcción de una idea de igualdad fue la antesala para la construcción de una idea de patria frente a la cual todos se sentirán mancomunados. Carpani (1987:12) afirmará que este nuevo sentimiento comunitario, extendido geográficamente será llamado **sentimiento nacional**. En cambio, la **conciencia nacional** será: “la conciencia –ligada a ese sentimiento y que lo encauza– que adquieren los habitantes de un territorio común propio y distinto en el cual se reconocen y, especialmente, con un presente y un porvenir que deben ser autónomamente determinados por los propios integrantes de esa comunidad, y sólo por ellos”.

La conciencia nacional sería homologable a lo que aquí hemos recuperado como proceso de democratización que anteriormente desarrollamos como un tiempo histórico que implica un proceso de ciudadanización y empoderamiento expandido, empoderamiento del pueblo. De esta forma, la conciencia nacional se construiría como un sistema de ideas y de derechos que se expresa a nivel teórico y político, canalizándose a través un proyecto político que dialoga con esa conciencia nacional.

Para Carpani, la presencia del sentimiento nacional será un elemento central para pensar la movilización de las masas en pos de un proyecto político común. En este sentido, el autor recuperará una tradición negada por la mirada marxista que ha partido de la afirmación de que la nación y el nacionalismo, de por sí, son sinónimos de opresión. El nacionalismo, afirmará, puede ser un instrumento emocional al servicio de los explotadores o, por el contrario, una bandera de lucha de los oprimidos contra todas las formas de opresión. Allí se permite la posibilidad de transformar el sentido de la idea de lo nacional en relación con un proyecto emancipador.

Reflexiones que partirán de pensar la indudable potencia de la nación como significación imaginaria constitutiva de nuestras sociedades y fuerza motora de

acciones colectivas transformadoras. Como sostendrá Cornelius Castoriadis (2007:239): “La nación (de la que nos gustaría que un marxista, que no fuese Stalin, nos explicara, más allá de los accidentes de su constitución histórica, las funciones reales desde el triunfo del capitalismo industrial) desempeña hoy en día este papel, cumple esta función de identificación, mediante esa referencia triplemente imaginaria a una ‘historia común’ –triplamente, ya que esta historia no es más que pasado, que no es tan común y que, finalmente, lo que de ella se sabe y lo que sirve de soporte a esta identificación colectivizante en la conciencia de las gentes es en gran parte mítico. Este imaginario de la nación se muestra, sin embargo, más sólido que todas las realidades, como lo mostraron dos guerras mundiales y la supervivencia de los nacionalismos”.

La mirada esencialista de ciertos marxismos que piensan la realidad social a partir de sus deseos, y no a partir de lo que las características de los entramados sociales verdaderamente contienen, imposibilita las acciones políticas concretas de transformación a gran escala.

En otros términos, la mirada desde el deseo que sostiene este tipo de marxismo sueña con conducir procesos políticos con poblaciones que funcionen como hojas en blanco, de manera que puedan escribir esas historias partiendo de la nada. Por ello, en esta tesis, la caracterización del fenómeno nacional responde a una necesidad de problematización profunda sobre lo social, pero principalmente es una tarea militante que intenta dar cuenta de ello para pensar las formas de articulación política.

Digo “ciertos marxismos” porque sin dudas todos los cambios históricos sobre los que aquí nos encontramos dando cuenta tienen sus raíces arraigadas en la mirada marxista y humanista. El caso de los procesos políticos latinoamericanos en marcha demuestra un reconocimiento de las condiciones históricas de explotación y subordinación sobre las cuales, se entiende, la acción de los movimientos políticos desde el Estado deben actuar. En ese sentido, se tratará de una lectura no secular de Marx que lo piense como un manual de acción y el principio de todas las respuestas. Sabemos que Marx edifica una teoría para

cumplir con un objetivo político concreto e histórico, continuar intentando hacer encajar esos planes delineados con otra realidad es una negación al propio aporte fundamental de Marx: la incorporación de la mirada histórica.

En esta línea, Carpani sostendrá que si bien la constitución de la nación está dada por la acción de la clase burguesa en su esfuerzo por consolidar y ampliar su poder, de esta gestación participaron las grandes masas populares que pugnaron por el fin del feudalismo. Una lucha bajo las consignas de justicia, libertad, igualdad y fraternidad. Más allá de que luego todas estas consignas se hayan transformado en consignas del liberalismo, asociando cada uno de esos términos con la denominada libertad de mercado y libertad de realizar sus intercambios comerciales, este movimiento tendrá un origen comunitario que luego se constituirá en sentimiento nacional.

Por esto, Carpani afirmará que la nación ha sido y es una creación de las masas, siendo su origen una creación de anclaje popular, no sólo como el resultado de los objetivos de la burguesía. En ese sentido el autor afirmará: “Puede decirse que la nación en su cabal acepción no es otra cosa que las masas trabajadoras autoasumidas como comunidad diferenciada nacionalmente” (Carpani, 1987:20).

Si bien la nación se constituyó política y jurídicamente como nación burguesa, donde el predominio económico, político y cultural de la propia burguesía le dio las características que respondiesen al modelo liberal, su origen también se encuentra vinculado con las masas populares y con un sentido contestatario. Sin dudas se trató de una revolución aquello que sucedió dejando atrás el orden feudal, aunque la posterior experiencia de nacionalismo burgueses imprimió un signo particular muy marcado, que desvirtuó el carácter popular y revolucionario inicial, volviéndolo clasista, burgués y reaccionario.

Por esto, Carpani afirmará que a partir de las características que le dio la burguesía al nacionalismo, este se volvió profundamente antinacional, ya que lejos de dirigir sus luchas hacia una liberación y humanización de los pueblos, acentuó

su explotación para sus propios beneficios. De esta forma, Carpani invierte el sentido de lo nacional. De aquella afirmación absoluta que entendía al sentimiento nacional y al nacionalismo como el mero producto e instrumento de las burguesías para oprimir a sus pueblos, tal afirmación se convertirá en la expresión de la deformación que sobre el nacionalismo hizo la burguesía.

Por ello, como hemos afirmado previamente, no podemos hablar de un valor intrínseco de la nación en un único sentido, sino que la nación cumplirá la función de aquello que Laclau afirmase como *significante vacío*. La nación será un *significante vacío* que los proyectos políticos deberán llenar con sus ideas, y la discusión será sobre esos modos de completar aquel *significante*.

Ante esta situación de cooptación por parte de la burguesía sobre la idea de la nación, se conformó a la clase obrera combativa en oposición a la conciencia nacional burguesa, proponiendo lo que aparecerá como máxima expresión en la teorización leninista: un plan para destruir al Estado y al sentimiento nacional por ser “instrumentos para la dominación”.

Por ello, Carpani sostendrá que habrá dos formas de manifestación del nacionalismo: a) como nacionalismo agresivo, conquistador, sojuzgante y explotador de otros pueblos y naciones, o b) como nacionalismo defensivo, buscando liberarse de la explotación colonialista e imperialista, buscando construir una nación independiente, libre y soberana.

Esta caracterización será la base de la diferencia fundamental entre nacionalismo burgués como el nacionalismo ejercido en tanto política de dominio imperialista. Mientras que el nacionalismo revolucionario será el nacionalismo de los pueblos que luchan por liberarse de ese dominio. En palabras de Carpani (1987:29): “Este último nacionalismo tiene, por lo tanto, un carácter liberador, representa fundamentalmente los intereses de los trabajadores de los países dependientes y se define, así, como nacionalismo revolucionario. El sentimiento y la conciencia que él expresa han desempeñado y desempeñan un papel de

primera línea en todas las revoluciones triunfantes o en curso en el mundo colonial y semicolonial de nuestra época”.

En estos términos, lo que Carpani define como nacionalismo revolucionario sería un tipo de vinculación entre nación-pueblo-Estado que cambia el signo de las consideraciones tradicionales sobre la nación. Si la nación era entendida –per se– como un instrumento de dominación y sojuzgamiento, desde esta perspectiva se le invertirá el orden de aquellas consideraciones. De manera tal que Carpani afirmará que el sentido real de la nación será su carácter de construcción y representación de las clases populares, entendiendo que cuando esto no sucede se está traicionando a lo que la nación sería en realidad.

Como hemos planteado anteriormente, la condición de la nación como significante vacío es su condición de significante histórico. Las luchas históricas, y las correspondientes batallas simbólicas que los proyectos políticos en pugna lleven adelante, constituirán el campo de tensiones en torno a lo nacional. La operación discursiva y simbólica que allí se despliega, será la de constituir un entramado de sentidos que dé como resultado una afirmación de que la nación es expresada y representada en su sentido más original por un determinado sector.

Esta reflexión quita de plano la discusión sobre el objetivo y sentido de la nación, admitiendo las tergiversaciones que señalara Carpani: si la nación nace como una matriz dispuesta a amalgamar a los integrantes de un determinado territorio respetando sus diferencias y garantizando condiciones de igualdad – incluso liberal–, cuando la nación se constituye en un argumento de segregación esencialista, los elementos del origen de la nación como proyecto se diluyen y – inevitablemente– entran en crisis.

De todas formas, no es nuestro objetivo identificar un origen que pueda y deba ser respetado como tal. Sabemos que la nación sólo podrá definirse por una condición que no le es exclusiva y tampoco depende de ella: su condición histórica. La nación, en primera instancia, es un fenómeno histórico y, como tal, debe ser pensado y abordado en esos términos, como el producto de un devenir

sociohistórico, con lo cual sus sentidos pueden cambiar de manera continua y profunda.

La problemática de esa consideración será si asumimos la reflexión de Carpani sobre una dimensión originaria del nacionalismo revolucionario de manera pura o, a la inversa, si asumimos el argumento de los sectores dominantes y conservadores de que la nación sólo es terreno y potestad de las fuerzas conservadoras, con lo cual se pensará siempre en la nación un gesto de opresión y dominación.

Lo que aquí nos preocupa es recuperar esa tradición histórica, que no es monolítica, que tiene contradicciones y tiene sentidos diferentes. Esos sentidos diferentes son una forma de resignificar las significaciones sobre lo nacional por parte de los gobiernos emancipadores que hoy en día marcan lo que denominamos el cambio de época. Aquí radica el elemento central que explica el sentido de la realización de este trabajo: el profundo arraigo de las significaciones imaginarias de la nación en los imaginarios de nuestras sociedades.

El sentido sobre la nación, que emerge como la garantía última ante el riesgo de la disolución, continúa siendo una idea motora de gran potencia en nuestras sociedades. Aún más que la democracia y la libertad que en todo caso aparecerán como subsidiarias de esta idea de la nación. La nación será una idea central a la hora de pensar los niveles de cohesión e integración, y el sentido colectivo de las acciones políticas llevadas a cabo por los diferentes proyectos políticos.

La nación real no será un ente autónomo que se constituya y funcione por fuera de los hombres, esa es la condición sobre la que insistirá el conservadurismo. La nación es una creación de los sujetos históricos que existe por ellos, por sus acciones, por sus actos y sus relatos. Por ende, es un significante móvil, que tiene sus estructuras arraigadas, pero esas estructuras no son fijas y ahistóricas, sino que serán parte de la puja histórica que los sujetos sociales puedan llevar adelante para atribuir sentido a ese significante. La mirada

conservadora y liberal supone una existencia de lo nacional como un ente abstracto que se encuentra separado de los intereses concretos de los pueblos, una especie de sentido supremo que pervive a pesar de la historia y se mantiene inamovible más allá de las transformaciones sociales.

Un concepto de la nación transformador y emancipador será la apertura de esa idea a la acción política e imaginante de los colectivos, porque de este modo se logrará la recuperación de la nación por y para las mayorías. Como afirmamos anteriormente, las instituciones y los imaginarios se constituyen en torno a una serie de mitos y relatos originarios, pero luego estarán sujetos a los procesos históricos, y en ese sentido a la acción política de los hombres por interpretarlo, darle nuevos sentidos y reelaborarlo. Esa es y será la tarea de los gobiernos emancipadores de América Latina. En esto será claro Carpani (1987) cuando afirme que se debe rescatar a la nación para quienes la han constituido como proyecto emancipatorio.

Como afirmáramos anteriormente, el actual tiempo de cambio que se encuentra en proceso en América Latina implica la posibilidad de la construcción de un relato nacional que se constituye a partir de una historización y unificación de luchas contrahegemónicas. El relato épico de los gobiernos populares latinoamericanos se construirá a partir de un encadenamiento de procesos políticos históricos diversos, de diferentes signos, que logran relatarse en un sentido unificado.

Desde el Cruce de los Andes, pasando por las hazañas de Belgrano, la acción libertadora de Simón Bolívar, la resistencia de Juana Azurduy, el yrigoyenismo, la acción revolucionaria del Che Guevara, el proyecto político de la revolución cubana, el peronismo y todas sus magnitudes, la lucha de la década del 70 y la levantada popular de protesta del 2001, la llegada del kirchnerismo a la escena nacional, entre otros acontecimientos, son elementos históricos que la nueva reconfiguración de la narración de la nación desde el Estado logra narrar como un único gran proceso de luchas populares contra la opresión.

Todos los presidentes latinoamericanos del cambio de época están atravesados por estos procesos históricos que los han encontrado como protagonistas de esas luchas, y hoy los tienen como máximos mandatarios de sus países. Las metodologías de acción política se han transformado, pero el sentido colectivo de lucha contrahegemónica se mantiene como una constante.

En la actualidad, los tiempos de este cambio de época se ven historizados a partir del anudamiento que ya hemos descrito, de esta forma la experiencia histórica no puede ser narrada y entendida como un hecho esporádico que emerge en un momento determinado y sólo puede entenderse en ese contexto particular, sino que aparecerá como un nuevo capítulo de una larga lucha histórica de batalla contra la opresión. Allí encontraremos nuevamente la constante de la nación como metaorganizador de la vida social y espacio de producción de sentidos colectivos y acciones de lucha. Allí se encontrará funcionando el nacionalismo revolucionario como el sentido atribuido a la nación en las diferentes luchas históricas.

En 1985, Ricardo Carpani plantea una reflexión de su libro escrito en 1972, luego de la derrota atroz, seguida de la más sanguinaria dictadura militar que se ocupó de proyectar y ejecutar un genocidio, Carpani (1985:102) sostiene:

“Hasta tanto la historia no determine un nuevo cauce por el que vuelva a discurrir un nacionalismo revolucionario cada vez más depurado de lastres burgueses, ese referente constituirá el nexo insoslayable entre dos épocas.

El peronismo de los aparatos, de las patotas y el manoseo nacionalista burgués pertenece al pasado y seguramente recibirá de los trabajadores y el pueblo argentino la respuesta que se merece.

Mientras tanto trabajemos para la reconstrucción de ese nuevo cauce en el que confluya, en forma sintética y superadora, sin sectarismos ni dogmatismos, lo mejor de nuestra experiencia, transformando la derrota reciente en el punto de partida hacia superiores niveles de conciencia generalizada, que permitan una nueva encarnación del nacionalismo revolucionario en formas políticas igualmente superadoras”.

9.3 Cambio de época, democracia, ciudadanía y Estado Integral

La reconfiguración de la nación desde la idea del nacionalismo revolucionario, como término que engloba a todos los momentos de lucha histórica contrahegemónica de América Latina, no será un proceso de transformación meramente estructural. Con esto queremos decir que no puede ser comprendida como una serie de reformas cerradas sólo sobre los cambios ideológicos de sus dirigentes, y la articulación regional como una acción macropolítica. La dimensión inmediata y de correspondencia directa con esta transformación será el cambio cultural como matriz simbólica, imaginaria y material. Las tres dimensiones actuando de manera mancomunada como proceso de transformación de lo que en Marx sería la infraestructura.

Es decir que tendremos un proceso de transformación que no aísla a la política separándola de los devenires históricos de la vida cotidiana. La política partidaria, la acción política inscripta institucionalmente, la política como disputa de los diferentes proyectos en pugna, será un fenómeno presente de manera preponderante en la vida cotidiana. La política y la nación serán campos de disputa cultural en la cotidianeidad, produciendo una ampliación de la esfera de la política y lo político a terrenos amplios de acción común.

Esto nos lleva a arriesgar otras de las consideraciones que abordamos a partir de la reflexión de la tesis: un proceso creciente de ciudadanía, por ende de empoderamiento y de participación de un número cada vez mayor de actores sociales en la vida política.

La transformación histórica de lo que denominamos cambio de época significará una ampliación de los márgenes de participación, generando nuevos sentidos sobre la política y la acción ciudadana. Al respecto, nuestra tesis será que la reconfiguración del Estado como institución organizadora de la vida social, reconfigurará los márgenes de la construcción de ciudadanía, accionando sobre la definición de nuevas subjetividades, todo esto a través de dos vías:

- a) **La experiencia directa** de acciones a través de políticas públicas concretas que impactan en términos de inclusión y mejoramiento en las condiciones materiales de vida de los sectores populares. Sectores que hasta ese momento habían sido ignorados, estigmatizados y perseguidos por el propio Estado, un fenómeno que abonó la constitución de imaginarios de la exclusión como sentido inamovible de la historia, condenando a millones de seres humanos por fuera de los márgenes de una vida digna. Hoy, la experiencia cotidiana y concreta indica que el Estado tiene responsabilidades que hacen a su propia matriz: la capacidad de acción transformadora y la obligación de llevar adelante esta acción. Por ende, el Estado se convierte en una institución a la cual interpelar por la garantización de todos derechos (los ya conquistados y los que están por conquistarse).
- b) **Un relato de integración:** a través de la interpelación política cotidiana que, desde lo discursivo constituye relatos que se enlazan con las acciones concretas de inclusión materializadas en las políticas públicas. La presencia de una discursividad por parte de los máximos representantes del Estado, sus diferentes funcionarios y sus acciones comunicacionales (como hemos visto en el caso de los festejos del bicentenario) hacen a la consolidación de significaciones imaginarias que reconfiguran el lugar del Estado, pero principalmente el reconocimiento de las condiciones ciudadanas de las clases populares. Como sabemos, el reconocimiento en tanto ciudadanos es un acto de restitución que dará como resultado la adquisición de derechos. A partir de esta transformación, millones de latinoamericanos que eran interpelados como meros excluidos del sistema pasaron a ser comprendidos como sujetos de derecho, como ciudadanos, en definitiva como sujetos políticos. Sin dudas esta transformación dará como resultado un cambio en la cosmovisión imaginaria que

sobre la nación, el Estado, la democracia y los derechos ciudadanos se configuran en la actualidad.

A partir de estas dos dimensiones: una discursiva que contiene a las heterogeneidades y multiplicidades; otra que incluye la transformación efectiva de las condiciones de vida que ha impactado sobre la realidad y la lucha de los sectores populares, entendemos que nos encontramos ante nuevos marcos de constitución de subjetividades. Un tiempo histórico que edifica nuevos derechos, que amplía la garantización de los mismos, y que instituye al Estado como gran responsable de hacer efectivas estas conquistas, implica la generación de nuevos sentidos y significaciones imaginarias que nos permiten hablar de un cambio de época.

Es tiempo de que comencemos a pensar el cambio de época en un sentido más extendido. La mirada puesta en la transformación de los procesos políticos macroestructurales que marcan un cambio profundo respecto del signo de la dirección política latinoamericana, la relación de la región con las potencias imperiales, la relación conflictiva con las oligarquías y los sectores medios que ven con rechazo la ruptura de sus mecanismos de diferenciación simbólica respecto de las clases populares, entre otros muchos procesos políticos, económicos y sociales, son parte de una transformación superestructural necesaria y válida.

Ante la consolidación del cambio de época es necesario que esa mirada dé paso a pensar los procesos de construcción de nuevas subjetividades e imaginarios sobre la nación y los derechos. La nación fue para nosotros una puerta de entrada para comenzar a recorrer una pregunta que nos derivara y permitiese pensar procesos políticos, sociales, subjetivos e imaginarios de largo alcance en la actualidad latinoamericana.

La nueva puerta, que a esta altura de los procesos avanzados de transformación debemos abrir, es la mirada atenta sobre los marcos de ciudadanización. Es decir que tenemos que enfocar esfuerzos en mirar de qué

modo están impactando, en los imaginarios y en las acciones ciudadanas concretas de nuestras sociedades, las transformaciones que se efectivizaron a partir del cambio de época. Una mirada atenta sobre estas dimensiones nos permitirá pensar en los nuevos marcos sociohistóricos de América Latina que hacen a las factibilidades de las condiciones políticas de mantener los derechos conseguidos y profundizar las conquistas ampliando ciudadanías.

Álvaro García Linera comienza su libro “Las tensiones creativas de la revolución: la quinta fase del proceso de cambio en Bolivia” diciendo: “A un año de la primera gestión de gobierno del Estado Plurinacional, partimos de una constatación primordial: hoy, el pueblo boliviano ha consolidado su unidad histórica en torno a un único proyecto de Estado, economía y sociedad” (García Linera, 2012:15).

Este sentido de empoderamiento y de protagonismo histórico del pueblo en las democracias latinoamericanas será la puerta de entrada a un proceso de ciudadanización. Tal como hemos reflexionado en este recorrido, nuestra preocupación central ha sido la pregunta por la reconfiguración de la idea de nación en relación a los Estados del cambio de época, los Estados de los gobiernos populares. Esa reconfiguración se dio en una multiplicidad de sentidos, que nosotros podemos resumir en dos núcleos centrales como enumeramos anteriormente.

Aquí nos referimos al resultado de los procesos que han resituado a la nación como la expresión de las tradiciones populares latinoamericanas. Al mismo tiempo, se ha desatado una etapa de empoderamiento de la ciudadanía. Nos referimos a las infraestructuras que brindan una base social de avanzada –en términos progresistas– las cuales a su vez otorgan sustento a los proyectos políticos. Porque, como pensamos a lo largo de la tesis, si los proyectos políticos son los que deberán cargar de sentido a la idea de nación, ese movimiento no ocurrirá sólo como una transformación en un plano macroestructural, sin relacionarse con los imaginarios y las creaciones de los pueblos que vuelven a ser llamados protagonistas de la historia.

Allí toman sentido las últimas acciones públicas (durante 2014) de Cristina Fernández de Kirchner que luego de cada acto se dirige exclusivamente a la militancia con un discurso de apertura y ciudadanización extendida. En estas enunciaciones, la Presidenta pide explícitamente a los militantes que se multipliquen, que acerquen el relato sobre las transformaciones a cada uno de los ciudadanos, que discutan y convenzan. Esta acción es una acción comunicacional radical, se deja de pensar al dispositivo mediático como el único modo de articulación con la población, para restituir a la política y las relaciones interpersonales como mecanismo de comunicación. La respuesta dejará de ser sólo la de los publicistas hacedores de relatos, para ampliar los mecanismos de ciudadanización.

Hablamos de una transformación que no puede ser explicada de una manera lineal que interprete causas y efectos, sino que será parte de un magma de sentidos que establecen un escenario diferente, un escenario de empoderamiento de grandes sectores sociales que asumen un rol protagónico. Lo que se explicaría como un movimiento ascendente y envolvente de la unidad movilizadora del pueblo como modo de interpretar los logros y victorias.

Por ello, podemos arriesgarnos a sostener que si bien entendemos que los protagonismos presidenciales sin dudas se mantendrán, ese rol transformador puede tender a equilibrarse. En un proceso creciente de empoderamiento popular, las bases de creación de oportunidades históricas y decisiones transformadoras no estarán sólo bajo la responsabilidad de la estructura del Estado. Sino que el escenario que explique parte del futuro porvenir de naciones del cambio de época, será de acciones con apoyatura en la vida cotidiana y en los sectores empoderados.

En este sentido nos parece interesante volver sobre las reflexiones de García Linera (2012:18) quien sostiene que “No se tiene otra opción de democratización superior del Estado que no sea la del reconocimiento de múltiples formas plurales de democracia (directa, representativa, comunitaria) y de desconcentración territorial del poder a través de las autonomías. Están sentadas

las raíces y posibilidades históricas de un proceso civilizatorio que a la larga tiende a diluir el Estado en la sociedad, en lo que se ha denominado la perspectiva socialista y comunitaria de un Estado Integral”.

Sabemos que las particularidades de cada caso latinoamericano deben ser sometidas a discusiones específicas muy profundas. Aquí nos esforzamos por pensar un proceso macro estructural que tiene en algunos países un avance mayor y en otros un avance menor, todo ello relacionado con sus historias particulares. Sin embargo, asumimos el riesgo de poner en diálogo aquí diferentes casos y particularidades porque entendemos que más allá de las especificidades, existen una serie de elementos comunes que permiten explicar procesos similares en diferentes grados de avance, y permiten imaginar cuáles deberían ser los caminos para profundizar los estados de situación actuales de los países del cambio de época.

En ese sentido, la propuesta de un frente de avance de disolución del Estado en la sociedad que plantea Linera aparece como una utopía, pero también puede ser interpretado como un horizonte. Sabemos que el Estado es la herramienta fundamental para sostener los procesos de transformación, pero la experiencia histórica ha demostrado con contundencia que con la dirección del Estado no es suficiente. Por ello, es fundamental la participación ciudadana y en ese sentido se da la disolución del Estado en y con el pueblo. Fenómeno que puede ser leído también como la ampliación del Estado a quienes realmente son el Estado, por ello arribamos a la idea del Estado Integral como horizonte de transformación.

Se tratará de una instancia más del proceso de democratización que hemos planteado como central, la democratización del Estado. De un Estado monocultural y centralista, a un Estado diverso, amplio y contenedor de las diferencias, ya no como su verdugo a favor de los intereses corporativos.

García Linera da cuenta de la tensión existente entre el Estado y los movimientos sociales como una tensión creativa. Si el Estado es por definición

concentración de decisiones, monopolio sobre la coerción, la administración de lo público y la custodia de las ideas fuerzas que articulan a la sociedad. Los movimientos sociales serán por definición la democratización de decisiones y la tendencia hacia la descentralización del poder. En ese cruce se dará una tensión creativa, dialéctica, productiva y necesaria entre concentración y descentralización de las decisiones.

La superación dialéctica del conflicto que planteara Linera, será el Estado Integral como una máquina que tienda a desconcentrar y democratizar las decisiones. Aunque, más importante aún que la descentralización, resulta el empoderamiento, la ciudadanización que amplía derechos y construye nuevas significaciones imaginarias sobre lo social y sobre la vida juntos. Este será el envés de la democratización, lo cual funcionará –al mismo tiempo– como la ampliación del margen de posibilidades de profundizar el cambio de época, siguiendo la vía democrática como hemos reflexionado anteriormente.

Las transformaciones sociales progresivas no tienen un único sentido o una línea predeterminada a la cual seguir. Tienen el carácter de flujos de un magma social que se despiertan y se mueven hacia todas partes, en las que cada nuevo paso es un referéndum. Si el curso de los procesos sociales estuviese delineado previamente, el cambio de época sería un mero procedimiento burocrático de un poder que le expropie su alma al pueblo, algo que de ninguna manera está ocurriendo en este momento histórico. No podemos saber bien hacia que nuevos lugares puedan ir los actuales procesos de democratización y ciudadanización latinoamericanos, solo sabemos que este proceso será transformador en tanto y en cuanto se proponga continuar ampliando derechos e incluyendo ciudadanos.

Como sostiene Álvaro García Linera (2012:43): “Las revoluciones sólo existen si avanzan, si luchan, si arriesgan, si saltan a veces por encima del vacío sin la seguridad de que del otro lado exista tierra firme. No hacerlo implica ya dejar de ser revolución”.

La historia no está escrita por el hombre o los hombres en general como los sujetos que hacen la historia, sino que a la historia la hacen las masas, las fuerzas sociales comprometidas con la emancipación. La respuesta a la pregunta por la nación será que debemos devolver la idea de la nación a su carácter contestatario originario y luchar con esa herramienta las transformaciones culturales que quedan por delante.

En la última conferencia pronunciada por Arturo Jauretche antes de su muerte, un 25 de mayo de 1974, propuso el siguiente ejercicio:

“Estamos acostumbrados a ubicarnos, para ver el mundo, en un suburbio del mundo. Le pedí al auditorio, como le pido ahora, que piense, imagine un planisferio, el más divulgado, –que es el mercator– y una vez con el pensamiento puesto en el planisferio que ubique Buenos Aires –en este caso Bahía Blanca– dentro del mundo. Pregunté al auditorio si ya habían pensado en el planisferio y algunas voces me contestaron que sí. Entonces les dije: ¿han ubicado Buenos Aires –ahora– Bahía Blanca? Abajo y a la izquierda del mar ¿Por qué? Vamos a imaginar en un lugar del planisferio un globo terráqueo. Van a ubicar a Buenos Aires en la parte de abajo del globo y también a la izquierda pero, ¿por qué? Simplemente porque los planos, los mapas y los planisferios han sido ideados en el hemisferio norte. Entonces el hemisferio norte está arriba y el hemisferio sur, abajo. En el infinito estelar en que este planeta navega no hay arriba ni abajo, son los espectadores de la navegación los que resuelven qué es arriba y qué es abajo. Es lógico que los países del hemisferio norte, con mayor historia y sobre todo con mayor población, se ubiquen ellos al norte, arriba y nos ubiquen a nosotros abajo” (Jauretche 2013:16)

Al momento de pensar la nación nos encontramos afectados por la misma operación. La crítica a la idea de nación por su asociación con un instrumento de dominación nos alejará de una herramienta fundamental para llevar a cabo la construcción de legitimidades que funden hegemonías capaces de ampliar derechos y constituir sociedades más justas.

Bibliografía

- AA.VV “Hinchadas”. Buenos Aires, Prometeo, 2006.
- Alabarces, Pablo, “Fútbol y patria”. Buenos Aires, Prometeo, 2008.
- Althusser, Louis (1988) “Ideología y aparatos ideológicos del Estado. Freud y Lacan” Buenos Aires, editorial Nueva Visión
- Anderson, Benedict (2007) “Comunidades imaginadas: reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo” México, Fondo de Cultura Económica.
- Archetti, Eduardo (1995): “Estilo y virtudes masculinas en El Gráfico: la creación del imaginario del fútbol argentino”, en Desarrollo Económico, vol. 35 N° 39, 10-12.
- Archetti, Eduardo (1998), “El potrero y el pibe: Territorio y pertenencia en el imaginario del fútbol argentino”, en Nueva Sociedad, N° 154, Caracas, marzo-abril.
- Archetti, Eduardo (2001), El potrero, la pista y el ring. Las patrias del deporte argentino, Buenos Aires, FCE.
- Archetti, Eduardo (2003), Masculinidades, fútbol, tango y polo en la Argentina, Buenos Aires, Antropofagia.
- Balsey, Andrew (2008) en Payne, Michael (2008) “Diccionario de teoría crítica y estudios culturales”. Buenos Aires, Paidós.
- Barbero, Jesús (1987) “De los medios a las mediaciones”. México: Gustavo Gili.
- Benjamin, Walter (2008) “Sobre el concepto de historia” Madrid, Abada.
- Berardi, Franco (2013) “Felix: narración del encuentro con el pensamiento de Guattari: cartografía visionaria del tiempo que viene. Editorial Cactus. Buenos Aires.
- Bhabha, Homi (2010) “Nación y narración”. Buenos Aires, Siglo XXI editores.
- Bourdieu, Pierre; Chaboredon, J.; Passeron, J. (2004) “El oficio de sociólogo”. Presupuestos epistemológicos. Siglo XXI editores. Argentina.
- Bourdieu, Pierre, Estrategias de la reproducción social. Buenos Aires, Siglo XXI editores, 2011.

- Bourdieu, Pierre, *La distinción. Criterio y bases sociales del gusto*. Madrid, Taurus, 1988.
- Bourdieu, Pierre. “El sentido práctico”. Siglo XXI editores. Buenos Aires, Argentina.
- Bourdieu, Pierre; Wacquant, Loïc (2008) “Una invitación a la sociología reflexiva”. Siglo XXI editores. Argentina.
- Brohm, Jean-Marie (1982). “Sociología política del deporte”, Fondo de Cultura Económico. México.
- Butler, Judith; Spivak, Gayatri Chakravorty (2009) “Quién le canta al Estado-nación?: lenguaje, política, pertenencia” Buenos Aires, Editorial Paidós.
- Caggiano, Sergio (2007). “Lecturas desviadas sobre cultura y comunicación”. Editorial de la Universidad Nacional de La Plata. La Plata – Buenos Aires.
- Carpani, Ricardo (1987) “Nacionalismo burgués y nacionalismo revolucionario”. Buenos Aires, Editorial Contrapunto.
- Castoriadis, Cornelius (2005) “Figuras de lo pensable. (las encrucijadas del laberinto VI)”. Buenos Aires, Fondo de cultura económica.
- Castoriadis, Cornelius (2006) “Una sociedad a la deriva: entrevistas y debates 1974-1997. Editorial Katz, Buenos Aires.
- Castoriadis, Cornelius (2007) “La institución imaginaria de la sociedad” Buenos Aires, Tusquets editores.
- Ciappina, Carlos María (2009) “Los que pensaron la nación: dos centenarios de búsqueda para un proyecto nacional argentino”. La Plata, Editorial de la Universidad Nacional de La Plata.
- Chatterjee, Partha (2008) “La nación en tiempo heterogéneo: y otros estudios subalternos”. Buenos Aires, Siglo XXI editores.
- Dunning, Eric (1994): “Reflexiones sociológicas sobre el deporte, la violencia y la civilización”, en aa.vv.: *Materiales de sociología del deporte*, Madrid: Ediciones de la Piqueta, *Genealogía del Poder/23*.
- Elías N. y Dunning, E. (1992): *Deporte y Ocio en el proceso de la civilización*, México, FCE.
- Elias, Norbert (2010) “El proceso de la civilización. Investigaciones sociogenéticas y psicogenéticas”. Fondo de cultura económica. México DF.
- Fanon, Frantz (2009). “Los condenados de la tierra” Argentina, Fondo de cultura Económica.
- Fernández Bravo, Álvaro (2000) “La invención de la nación. Lecturas de la identidad de Herder a Homi Bhabba”. Buenos Aires, ediciones Manantial.

- Finchelstein, Federico (2008). “La Argentina fascista. Los orígenes ideológicos de la dictadura”. Editorial Sudamericana, Buenos Aires.
- Foucault, Michel (1979) “Microfísica del poder” España, Ediciones de la piqueta.
- Foucault, Michel (1996) “La vida de los hombres infames”. La Plata, Caronte ensayos.
- Frydenberg, Julio (1991): “La fundación de los clubes de fútbol: ¿fenómeno de la cultura popular?”, ponencia ante el Simposio de Cultura y Política, 3ras Jornadas de Historia, Buenos Aires: Facultad de Filosofía y Letras, UBA, septiembre.
- García Linera. Álvaro (2012) “Las tensiones creativas de la revolución: la quinta fase del proceso de cambio en Bolivia”. Buenos Aires, Ediciones Luxemburgo.
- Garriga, José (2007): “Haciendo amigos a las piñas” Violencia y redes sociales de una hinchada de fútbol, Buenos Aires, Prometeo.
- Garriga, José y Moreira María (2006) “El aguante. Hinchadas de fútbol entre la pasión y la violencia” en Míguez, Daniel y Semán Pablo: Entre santos, cumbias y piquetes. Las culturas populares en la Argentina reciente. Buenos Aires, Editorial Biblos.
- Geertz, Clifford (1994) “Conocimiento local. Ensayos sobre la interpretación de las culturas”. España, ediciones Paidós.
- Geertz, Clifford (2003) “La interpretación de las culturas”. España, editorial Gedisa.
- Gellner, Ernest (1988) “Naciones y nacionalismo”. Madrid: Alianza Editorial.
- Goffman, Erving (1981) La presentación de la persona en la vida cotidiana. Buenos Aires, Amorrortu.
- González, Horacio (2013) en revista “Debates y Combates” (2013) nº 5, año 3. Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.
- González, Jorge (1987). “Los frentes culturales: mapas, poderes y luchas por las definiciones legítimas de los sentidos sociales de la vida”. Estudios sobre las culturas contemporáneas Época I, núm. 3, Programa Cultura, Universidad de Colima. México.
- González, Jorge (1994). “Más (+) cultura (s). ensayo sobre realidades plurales”. Colección “Pensar la cultura”. Consejo Nacional para la Cultura y las Artes. México D.F.
- Gramsci, Antonio (1948) “El materialismo Histórico y la filosofía de Benedetto Croce”
- Guber, Rosana (2004) “El salvaje metropolitano” Paidós. Buenos Aires.

- GUBER, Rosana(2011)“La etnografía. Método, campo, reflexividad” Buenos Aires, Norma.
- Ginzburg, Carlo (1999) “El queso y los gusanos. El cosmos según un molinero del siglo XVI” Muchnik Editores, S.A. Barcelona,
- Ginzburg, Carlo (2013) “Mitos, emblemas e indicios: morfología e historia”. Editorial Prometeo Libros, Buenos Aires.
- Halperin Donghi, Tulio (1995) “Una nación para el desierto argentino”. Buenos Aires, Centro Editor de América Latina.
- Hammersley, Martyn y Atkinson, Paul (1994) “Etnografía, métodos de investigación”. Editorial Paidós. Barcelona.
- Hobbes, Tomás (1980), “Leviatán”, Fondo de Cultura Económica, México,
- Hobsbawm, Eric (2000) “Etnicidad y nacionalismo en Europa hoy” en Fernández Bravo, Álvaro (2000) “La invención de la nación. Lecturas de la identidad de Herder a Homi Bhabba”. Buenos Aires, ediciones Manantial.
- Hobsbawm, Eric (2007) “La era de la revolución. 1789-1848”. Editorial Crítica. Buenos Aires,.
- Hume, David (2005) “Ensayos políticos” Madrid, Unión editorial.
- Jauretche, Arturo (2013) “Enfoques para el estudio de la realidad nacional”. Buenos Aires, Ediciones Corregidor.
- Kautsky, Karl (1978) “La revolución social”, México DF, Ediciones de Pasado y presente, Siglo Veintiuno Editores.
- Laclau, Ernesto y Mouffe, Chantal (2010) “Hegemonía y estrategia socialista: hacia una radicalización de la democracia” Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.
- Lefort, Claude (1990) “La invención democrática” Buenos Aires, Nueva visión.
- Lenin, Vladimir Ilich (1960) “Qué hacer”. Buenos Aires, Editorial Anteo.
- Lvovich, Daniel (2008) “El nacionalismo de derecha desde sus orígenes a Tacuara”. Capital Intelectual, Buenos Aires.
- Morgan, Edmund (2006) “La invención del pueblo: surgimiento de la soberanía popular en Inglaterra y Estados Unidos”. Buenos Aires, Siglo XXI editores.
- Morín, Edgar (1997): En Gómez Vargas, Héctor, La configuración de la mirada cultural en “Generación Mc Luhan”. Primera Edición. <http://www.razonypalabra.org.mx/mcluhan/confi.htm>
- Mouffe, Chantal (2011) “En torno a lo político”. Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.

- Payne, Michael (2008) “Diccionario de teoría crítica y estudios culturales”. Buenos Aires, Paidós.
- Perrot y Preiswerk (1979) “Etnocentrismo e Historia”. Editorial Nueva Imagen, Buenos Aires.
- Rancière, Jacques (2006) “Política, policía, democracia”. Chile, LOM ediciones.
- Rinesi, Eduardo (2005) “Política y tragedia: Hamlet entre Maquiavelo y Hobbes”. Buenos Aires, Ediciones Colihue.
- Rinesi, Eduardo (2013) en revista “Debates y Combates” (2013) n° 5, año 3. Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.
- Said, Edward (2004) “El mundo, el texto y el crítico”. Buenos Aires, Debate.
- Saintout, Florencia (2003). “Abrir la comunicación. Tradición y movimiento en el campo académico”. Editorial de la Universidad Nacional de La Plata. La Plata - Bs. As.
- Saintout, Florencia (2013) “Los jóvenes de la Argentina. Desde una epistemología de la esperanza”. Buenos Aires, Editorial de la Universidad Nacional de Quilmes.
- Schmitt, Carl (1998) “El concepto de lo político”. Madrid, Alianza Editorial.
- Schmucler, Héctor (1997). “Memoria de la comunicación”. Editorial Biblos. Buenos Aires.
- Serres, Michel (1988) “Doce lecciones de filosofía” Buenos Aires: ediciones Granica.
- Svampa, Maristella (2005): “La sociedad excluyente. La Argentina bajo el signo del neoliberalismo”. Buenos Aires, Taurus.
- Svampa, Maristella (2008) “Cambio de época; movimientos sociales y poder político”. Buenos Aires, Siglo XXI editores.
- Thompson, E.P, Tradición, revuelta y conciencia de clase. Barcelona, Critica, 1984.
- Wacquant, Loïc (2006) Entre las cuerdas. Cuadernos de un aprendiz de boxeador. Buenos Aires, Siglo XXI.
- Williams, Raymond (2011) El campo y la ciudad. Buenos Aires, Paidós.